

DANIEL BELMAR

COIRÓN



C O I R Ó N

por *Daniel Belmar*

Daniel Belmar se reveló como novelista con el libro "Roble Huacho", en el que pintaba la vida en una aldea perdida en las ásperas regiones del Sur chileno. Esta obra fué muy elogiada por la crítica nacional, y alguien dijo que era "la mejor novela que en los últimos diez años se haya escrito en el terreno de una madura técnica descriptiva". Después publicó otra novela, también breve, titulada "Oleaje". Ahora se nos presenta con una obra narrativa de mayor envergadura, seguramente la más lograda y definitiva de las suyas: "Coirón". El prólogo de Mariano Latorre que la precede demuestra, con la autoridad reconocida del maestro de la novela campesina, que este libro es uno de los que han de perdurar en el género novelesco. Por su fuerza descriptiva, la realidad vivaz de los personajes, el estilo ágil, recio y claro, esta novela reúne méritos extraordinarios. Daniel Belmar nació en Neuquén, de padres chilenos. Estudió humanidades en el Liceo de Temuco y recibió su título de farmacéutico en la Universidad de Chile, el año 1927. Actualmente es profesor de la Universidad de Concepción, y comparte sus labores científicas y pedagógicas con el cultivo de las letras.

Empresa Editora Zig-Zag

Portada de Lorenzo Villalón.

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N° 13540. Copyright by Empresa Editora Zig-Zag. S. A. Santiago de Chile. 1950.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

Santiago de Chile 1950

DANIEL BELMAR

COIRON

(Tierra de los horizontes sumergidos)



Z I G — Z A G

"A la memoria de Antonio y Clemencia, mis padres; y de mis hermanos. Luis Alberto, Rómulo, y Antonio Segundo. Chilenos que dejaron en la llanura inmensa, unos la juventud, otros la vida".

PROLOGO

CARTA A DANIEL BELMAR, NOVELISTA DE CHILE

Compañero y amigo: debo pedir a usted, antes que nada, mil perdones por el atraso con que respondo a su mensaje de chilenidad de hace dos años.

No ha sido, desde luego, porque no lo recuerde y menos porque desestime su labor literaria, ya tan importante en la evolución de nuestra prosa narrativa.

Recuerdo siempre mi primer contacto con usted en la plaza de Temuco y luego nuestras conversaciones sobre literatura y sobre historia de Chile, en la provechosa compañía de Julio César Jobet, tan erudito y agudo conocedor de nuestros problemas políticos y sociales.

Fué entonces cuando leí "Roble Huacho" en viaje a Lumaco, a casa de Hernán Jaramillo, autor de "La buenamoza y el toro", haz de espléndidas novelas que se publicarán dentro de poco.

Saboreé su áspera pintura de una aldea sureña, aspirando a todo pulmón la tierra mojada y observando el blanco rodar de las nubes por encima de las lomas recién aradas.

Áspera, por la acritud de la sátira, pero sabrosa por la realidad humana de la observación y por la gracia de su arte de narrar. ¡Que así son las paradojas de la creación artística!

Volví a leer "Roble Huacho" en Lumaco, y la aldea primitiva me recordó, como es lógico, el pueblo que usted tan hondamente ha hecho vivir.

Le confieso que la primera lectura, y en parte la

segunda, dejó en mi ánimo un amargo sedimento, una angustia pesimista.

Me resistía a creer que una vida tan mísera, de tintas tan sombrías, se desarrollase en un paisaje de riente verdor, de dorados campos de trigo y de armoniosas aguas de cordillera.

Decíame: ¿cómo un pueblo recién nacido, en una tierra de promisión, ha degenerado en tal forma? Era el fracaso de una colonización que acababa de iniciarse.

Como un chispazo del subconsciente, intuí de improviso el oculto móvil de su libro, el hálito viril que se desprendía de la cruda observación, de los abusos de terratenientes ávidos y de autoridades venales, de indios vencidos y de gentes humildes, amedrentadas por la trágica amenaza del hambre, en la crisis económica que azotó a Chile el año 30.

Pensé en la respuesta de Zola, durante el proceso Dreyfus, a los que lo acusaron de corruptor de Francia.

“Describo, —dicé poco más o menos—, los vicios de mi pueblo como son, para que se corrijan. Señalo a los culpables y los acuso”.

Así he entendido “Roble Huacho” y así creo que lo deben entender los que amen sinceramente a Chile y deseen su regeneración moral y económica.

Recuerdo que en una carta suya, refiriéndose a su primera novela, me habla usted de la técnica literaria como de “un concepto algo difuso”.

No pretendo, mi querido amigo, dárme las de maestro, pero, admirándolo como lo admiro, quiero teorizar sobre sus probables antecedentes y detenerme en esa técnica que usted califica de difusa y que, en mi con-

cepto, constituye uno de los aspectos originales de su temperamento de escritor.

No quiero decir que su realización artística sea únicamente técnica. Hay, además, sobre la técnica, pero muy ligada a ella, un arte de componer o sea el de ajustar las observaciones recogidas, que en usted alcanza una maestría poco común.

Un agudo instinto artístico consigue el milagro de la armonía, el justo equilibrio del fondo y de la forma, algo insólito en una literatura que comienza. Y esta cristalización o "efecto" literario es lo que me ha determinado a fantasear sobre las posibles "causas" étnicas o estéticas de Daniel Belmar, escritor de Chile.

He pensado, primero en su apellido, Belmar, mar bello o bello mar, que no me recuerda a Castilla, trágica e improvisadora, sino a las costas levantinas o atlánticas, tocadas por la gracia de Grecia y de Roma.

No he querido preguntarle sobre sus antepasados hispánicos. A lo mejor, toda mi teorización etnológica podría derrumbarse ante una sola observación contraria. Por eso, he preferido preguntarme y responderme yo mismo. Si fuese usted, como supongo, descendiente de un español atlántico o mediterráneo, estaría explicado, en gran parte, la magia de su arte de novelar, el hechizo de su prosa, fundida en tan nobles metales idiomáticos.

Así hubo y hay poetas y novelistas en Galicia y Cataluña, donde retozan las duenderías celtas o rumorean los pinos del Mediterráneo.

En el Neuquén —entiendo que ahí nació usted— no pudo tener a su alcance muchos libros, pero escuchó los cuentos de Chile y de Argentina, de labios de arrieros y

gauchos, y este aleteo de leyenda es el que le da tal emoción a su novela.

Tanto "Roble Huacho" como "Coirón", pasando, ahora, a posibles influencias literarias, por la desgarrada sinceridad, por el clamor conminatorio de su estilo, los relaciono con los novelistas rusos anteriores y posteriores a la revolución.

A los rusos, más que a nadie en Europa, se les debe este acento de confesión, de veraz elocuencia, único recurso de un pueblo que intentaba sólo decir la verdad y no se fijaba en artificios literarios, aunque la sinceridad puede ser a veces la técnica más perfecta en un escritor verdadero.

Esta literatura asombró a Europa por eso mismo. Ni siquiera llamaron novelas a sus relatos, sino poemas. "Las almas muertas" de Gogol, prodigioso fresco de la tierra cosaca, es así calificada por su autor.

Y esta Rusia que evocaron Gogol, Tolstoi, Chejov y Gorki recuerda a nuestra América Hispana y también, a América del Norte, en la lucha constante por el reajustamiento de su nacionalidad. No existe en Rusia y no existe en América aún ese apozamiento social, cuaje de un alma colectiva, como en los viejos países de Europa. Y a causa de esto, su novelística tiene tan marcado carácter épico y la lógica fluctuación entre novela y poema, anotada por Gogol.

Masas, colectividades que se mueven por sí solas, alejándose del héroe representativo (ésta es su diferencia con la epopeya primitiva) y tiende a convertir el campamento o la aldea en el motivo fundamental de la acción.

Es el caso de Puchkin y de su "Historia de la al-

dea de Goriújino"; de Dostoyevski y "Stepanchekovo", y sobre todo el de Tolstoi en "La Guerra y la Paz".

Y más tarde, los novelistas de la revolución como Cholokov, Nevierov, Zamiatin, Leonov y otros.

En América, y sólo quiero referirme a Chile, acertaron en esta interpretación Januario Espinosa ("Cecilia"), Luis Durand ("Mercedes Urizar"), González Vera ("Alhué") y González Labbé, ("Chépica, aldea de nombres propios").

A menudo al observar este aspecto épico tardío de la novela de América, he pensado en "La Araucana" y en el debate algo tonto de los críticos preceptistas que buscaban un héroe o protagonista al poema de Ercilla.

Recuerdo, a propósito de este problema, el comentario de Arnold J. Toynbee, en un estudio histórico, refiriéndose a "La Ilíada".

"El que intente leer "La Ilíada" como historia encuentra la ficción, y al contrario, el que la lea como leyenda, se halla con la historia".

Yo aplico esta aguda observación a "La Araucana", que, para mí, es una novela crónica o una crónica novelada, que tuvo el acierto de ver a los araucanos como un tumulto bélico, "haces de gente común", según la vieja expresión caballeresca, en infatigable lucha por la independencia de su pequeño rincón, como en la guerra del Pacífico el empuje colectivo de los chilenos, los hizo triunfar sobre el Perú y Bolivia.

Escribir hoy novelas en que un hombre, un héroe, digámoslo así, simbolice a un pueblo entero es una fórmula falsa, una mistificación técnica.

En Chile, sobre todo, los héroes son muchos, como son muchos los rincones. Y tanto Ercilla, al destacar la

multitud sobre el individuo, como Blest Gana, uniendo todas las clases sociales del país contra el enemigo común en "Durante la Reconquista", intuyeron la verdad psicológica del pueblo chileno.

Me imagino y no creo equivocarme, que sus dos relatos son la historia novelada de su vida y de sus reacciones de hombre de sensibilidad, frente al medio en que le tocó vivir.

Supongo que "Roble Huacho" se escribió primero que "Coirón", aunque éste, cronológicamente, corresponda a su infancia.

Y debido a esto, sin duda, posee "Coirón" tan penetrante aroma poético, sin que la realidad se deforme con un exceso de lirismo.

Cómo decía Flaubert de Turguenev, es usted un realista que nunca se ha olvidado de ser poeta.

Aunque no sea un mérito esencial, ya que su novela es, ante todo, una obra de arte, debo consignar que es la primera interpretación literaria de esa anónima emigración chilena a los territorios argentinos, en busca de nuevos medios de vida, desde Mendoza al Chubut. Allí permanecieron esos colonos durante años. Afortunados o infelices, crearon en aquellas regiones desérticas vida y riqueza. Fueron hábiles arrieros y temibles bandidos. Argentina les debe la colonización de los coironales ríspidos y de los suaves mallines, que sólo conocían los indios, las avestruces y los guanacos.

Decididos y laboriosos, pacientes y al mismo tiempo agresivos, escribieron con sudor y sangre una heroica epopeya al esfuerzo de una raza.

"Era la tierra salvaje y olvidada, monótona y agria como el mar —así la recuerda usted—, absorbiendo como

él, la alegría del hombre, reduciendo su anhelo, paralizando su sentido humano, transformándolo desde la cuna en tumultuoso torrente de instintos desatados, contenidos sólo acaso por la infinita soledad”.

“Era la tierra sin árboles ni montañas, llana, enorme, propiciando el nomadismo, la tierra de horizontes sumergidos, invitando al viaje incesante, a la marcha sin regreso, a la inestabilidad, la tierra despoblada, silenciosa, continua, apenas solevantada a lo lejos por ligeros lomajes desnudos que formaban arrugas estériles, angostos cañadones, donde el hombre, cansado de vagar, asentaba su vivienda para preservarla de la furia del viento, de la cellisca, de la nevazón”.

“Eran las llanuras ilimitadas, las sabanas sin término, las pampas argentinas del Neuquén, holladas sólo por cascos y pezuñas salvajes, por el paso silencioso del puma o la carrera fulgurante del avestruz y en donde la presencia del hombre era un elemento sobrepuesto, ajeno, extraño, desconectado de su especie”.

“Y era, también, mi infancia, naciendo como un fruto agreste, sin otras limitaciones que las transparencias de la lejanía”.

Fija, al aguafuerte, el escenario de su libro el trozo que acabo de citar. Es como la acotación de un drama, que luego se ramifica en mil variados incidentes, trágicos o poéticos, pero siempre reales.

Veo la pampa y sus jorobas pardas y las colinas, que cierran colronales y mallines, con sus raros remates de granito, semejantes a castillos o fortalezas en ruinas y a un niño, que abre sus ojos vírgenes en una tierra hostil, tan diversa a la tierra de Chile.

Inviernos fríos, mojados de lluvias o dormidos es-

pectralmente bajo la nieve. Alegría de pájaros al llegar la primavera. Polvosa transhumancia de vacas y de ovejas en los estíos, agrio gritar de arrieros, peleas en los boliches ante el moreno vaso de caña, zumbiar de boleadoras tras el trote de las avestruces y el bufido de los baguales, y sobre todo galopar incesante de caballos que, con sus cascos incansables, van midiendo día y noche la amplitud de las llanuras.

Y en torno al fogón, bajo el techo de tablas del rancho, la vida bárbara, insegura, unicolora.

"Carne, carne, —dice usted—, único fruto de esa tierra dura, carne asada, churrasco, carne cocida con coles y trigo, ése y no otro era nuestro alimento. Mi madre me hacía tragar, a veces, un poco de leche. Pero el instinto me llevaba hacia la carne, hacia el mate, hacia la pétrea galleta marinera, que traíamos en grandes bolsos desde el boliche de Fernando Mirandá, el misántropo gallego, afincado tenazmente, como un liquen, en las lejanas márgenes del hosco Limay".

En "Coirón" como en "Roble Huacho" no ha variado su visión de la tierra de conquista. Predomina el medio sobre los personajes aunque éstos se distinguen claramente en su eterno deambular del Neuquén a Chile y de Chile al Neuquén, tras la ola sudorosa de los baños.

Es difícil, por esto, precisar al héroe en "Coirón". En mi sentir, el héroe no existe.

No es el padre, a pesar de que su figura, hecha de galope, polvo y lejanía, podría constituir un símbolo del chileno que, por andariegismo o por necesidad, abandonó el risueño verdor de los valles regados, por la vida ruda, pero promisoría del tropero.

Si está lejos, se le espera como a un libertador. En el pequeño puesto, que él creó en la vasta soledad del Neuquén; la vida se apoya en la ansiedad de todos por su vuelta. Y si ha retornado, la vida entera de esa familia emigrada, gira en torno suyo.

La madre, los hijos, los servidores integran esa vida.

En este sentido, su novela tiene algo del "Don Segundo Sombra", de Güiraldes, pero con una radical diferenciación.

Don Segundo es el gaucha desaparecido, la evocación heroica de un pasado ya muerto, mientras don Leandro de "Coirón" es un contemporáneo, un chileno del sur, llegado al Neuquén y pleno de porvenir.

También es arriero o resero, empleando el término gauchesco, como don Segundo Sombra, pero no es una sombra, sino una realidad.

Es, como él, un hidalgo castellano de gesto altivo y de resoluciones caballerescas.

Un episodio de su novela demuestra muy bien la raíz hispana de don Leandro. Me refiero a su reacción psicológica al enterarse de la muerte de su hijo Adrián.

Se ha aislado en la pequeña casa. No pronuncia una palabra. Bebe amargos, unos tras otros.

El indio Carvajal, que lo respeta y lo quiere, comenta en su lengua primaria:

"—Patrón callao... No habla ná... Tener gualicho quién sabe, pena quién sabe..."

Pero un día esta soledad se quebranta. Don Leandro se ha incorporado a la vida familiar. Permanece aún en su lecho. Como un trarilonco mapuche, ciñe su frente un pañuelo rojo. En el suelo, al pie de la cama, ama-

rillea una piel de huemul. Junto a la ventana, una carabina dibuja en la pared un ángulo de abiertos lados.

Oye la versión del asesinato de labios de su hijo menor; luego, la de Adolfo, el mayor.

El hijo mayor ha entendido al padre.

“—Frente al cadáver de mi hermano, —dice—, juré vengar su muerte, señor”.

Y agrega:

“—Sólo tres años pido. Si al cabo de ellos no logro encontrar al asesino, disponga de mi voluntad, señor”.

Y el padre responde sobriamente:

“—Bueno. Es justo”.

Y se torna épica la figura de don Leandro, sin que a él se le ocurra que es un héroe, un colonizador, un forjador de civilización. Y a su alrededor, aureolada de suavidad y de abnegación, la madre, el vigor viril de los hijos y el de los pastores y arrieros que con él comparten la dureza de esa vida. Y para complacer a los retóricos, hay también un antagonista, un antihéroe, en la figura del “Mochó”, el colorín abyecto, violador de ovejas y de ancianas, cuya dramática fuga remata su novela.

Cuadros de costumbres, de estilizadas síntesis, manchas de color, imágenes visuales y auditivas que realzan el medio descrito, abundan en su narración. Quiero mencionar sólo dos: la lucha entre un novillo y un puma y la invasión de la langosta voladora que, en mi concepto, es más dramática que la de Pearl Buck en “La Buena Tierra”.

El éxodo de esos animales que atraviesan una zona estéril, en dirección a Chile, enflaquecidos por la fatiga y quemados por la sed, es quizá la mejor descripción de un arreo en nuestra novelística y pone un fin épico a su

relato. La persecución del Mocho por Adolfo y su muerte, tiene así un marco grandioso de animales agonizantes y de cordilleras azules.

"Coirón" es, como ya lo dije, la conquista de un tema y también la de una manera personal de contar, una historia.

Antes de que usted descubriese el Neuquén, en creador, en artista, algunos escritores hablaron de él. El cronista, antes que nadie; el Padre Rosales. Estuvo en el Neuquén a mediados del siglo XVII.

Félix San Martín, el gaucho San Martín, melenas grises, bombachas terrosas, color de llanura, que vivió a orillas del Aluminé y a quien conocí en Zapala en el verano de 1927, había escrito una monografía de la región y algunos relatos muy típicos sobre las costumbres de los gauchos y chilenos allí establecidos, con el título de "Entre mate y mate".

Luis Durand, en su novela "La noche en el camino", incluye un relato sobre la vida de los chilenos en Picún Leufu, río afluente del Limay; pero, vuelvo a repetirlo, "Coirón" es la primera novela de calidad de la emigración de los chilenos al Neuquén.

Si descontamos algunos cuentos de Payró sobre la pampa de Bahía Blanca y la novela de Goyanarte "Lago Argentino", que interpretó vigorosamente la Patagonia, sólo hay dos libros señeros por su realización artística y la profundidad de su visión americana: "Don Segundo Sombra", romance de la pampa de Buenos Aires, y "Coirón", novela del Neuquén.

Interesa, pues, su libro por esta razón, tanto a Chile como a Argentina.

Y quiero poner término a esta larga conversación,

hecha carta por no estar presente, analizando algunas observaciones estilísticas, sugeridas por la novedad de su arte de narrar.

Alguien aseguró, no recuerdo el nombre, que al leer ciertos autores, entre ellos Proust, adquieren su exacto valor humano sólo si son leídos por tercera y cuarta vez.

Eso me ha ocurrido con su novela.

Primero, fué una autosugestión. Se fundieron las añoranzas con la ficción novelesca. Me parecía haber presenciado los hechos y conocido a los hombres. Y como si despertase de un sueño, recordé que yo conocía el medio y la humanidad descrita por usted.

Recorrí a caballo el Neuquén desde Zapala a San Martín de los Andes. Alojé en ranchos de puesteros chilenos, vi pasar los mugidores vacunos, bordeando los mallines y atravesando los colronales. Y sobrecogido, presencié una noche una disparada, en las cercanías del Tromen.

Pero hablemos de su estilo que es lo que me interesa.

Es ya vivo, novedoso, en "Roble Huacho". En "Colrón" está más depurado, casi perfecto. Ágil la trama de la sintaxis, inagotable la riqueza de las imágenes, variada la acción.

Pirandello dijo una vez que sólo existían dos clases de estilos: el estilo de ideas, predominio de lo racional sobre lo sensitivo y el estilo de cosas, que es la visión directa del mundo real, de las innúmeras variaciones de la naturaleza.

Su estilo participa de ambas características.

Capta usted la realidad, sin falsificarla. Al mismo tiempo, su instinto de artista suprime lo accesorio y muestra, a toda luz, la imagen creada.

Es precisamente lo que valoriza desde el punto de vista estético el estilo de Güiraldes en "Don Segundo Sombra".

Al decir, por ejemplo, que don Segundo "tenía alma de resero, que es tener alma de horizonte", identifica al hombre y al paisaje, mediante una imagen sencilla que empequeñece al llano y al cielo ilímite para hacerlo palpitación humana, dionisiaco goce de vivir en el corazón del gaucho aventurero.

No difiere mucho "Coirón" de "Don Segundo Sombra" en este aspecto.

Al observar usted que "una golondrina pasó nerviosa, vivaz, cortando el viento como una tijera agilísima" da usted, de inmediato, la sensación de la livianura del aire, de las corrientes azules del viento.

Con una simple onomatopeya "tararán, tararán, tararán", y su glosa: "El golpe seco, isócrono, del galope. Y la llanura resbalando bajo la granizada de los cascos", comunica al que lo lee la consistencia de la tierra de los coirones y de "sus horizontes sumergidos", como usted tan plásticamente los define.

Y bien, mi querido Belmar, leer su libro ha sido, para mí, un goce estético y un alto honor presentarlo a los chilenos, a los hispanoamericanos y a los yanquis, porque un rincón de América, el Neuquén, se ha hecho universal, por el genio de un hijo de Chile.

Lo saluda fraternalmente y le desea todo el éxito que su libro merece, su admirador y amigo,

MARIANO LATORRE

Santiago, Mayo de 1950.

I

Miré los ojos de mi madre. Estaban húmedos, velados por un cendal extraño. Había en ellos como un leve desencanto, como una expresión de asombro y de tristeza a la vez. Contemplaban la lejanía, el remoto horizonte, donde el cielo se apretaba a la pampa infinita.

—Mamá...

No me oyó. Sentí un levé temor. Era como si se hubiera dormido con los ojos abiertos. Le tironeé las faldas.

—¡Mamá!...

Bajó los ojos lentamente, como si despertara. Me sentí sumergido bajo una ola de ternura: su mirada profunda.

—¿Qué quiere, mi hijo?

—Mamá..., ¿dónde fué mi papá?

Mi madre suspiró.

—Se fué.

—¿Lejos?

—Sí..., lejos.

—Pero... ¿dónde?

—Muy lejos..., a Chile.

—Pero... ¿volverá?

Miré el rostro de mi madre, su dulce rostro agareno mordido por el tiempo y la vida. Sus finos labios se apretaron en una sonrisa imperceptible. Se me alivió el corazón.

—Sí, Patito..., volverá... dentro de tres o cuatro meses.

Y se afirmó en el palenque tendido delante del pabellón en que dormíamos.

Allá, enfrente, el vasto corral extendía su pista circundada por alta cerca de gruesas ramas entretejidas. Acá, distante, el fogón, prolongándose hacia atrás en un cobertizo acopiado de aperos, monturas, rendajes, alfalfa y, hacia adelante, en una ramada en que se hacinaban, los toneles de cuajar el queso. Cubriendo todo, un techo de totoras, amarillento por los años, cayéndose en un alero desflecado donde anidaban las golondrinas.

Aquí y allá se desperdigaban unas cuantas taperas en que dormía el peonaje. Más lejos, un pedazo de tierra labrantía fertilizada por el estero brotado de los "menucos" cercanos, rompía el seco paisaje con la tonalidad oscura de sus coles y su denso alfalfal. En torno, la pampa, la inmensa, la desolada pampa, verde, amarilla, gris, negra, aplastada por un cielo turquí. Y sobre la ilimitada extensión de la tierra, el viento incesante, agitando los finos coirones de los mallines, rompiéndose en agudos silbidos contra las redondas matas de los espinosos neños, desgajando su fuerza entre las adustas ramas de los chacayes de púas traidoras y bayas oscuras de amargo dulzor.

Era la tierra salvaje y olvidada, monótona y agria como el mar, absorbiendo, como él, la alegría del hombre, reduciendo su anhelo, paralizando su sentido humano, transformándolo desde la cuna en un tumultuoso torrente de instintos desatados, contenidos sólo, acaso, por la infinita soledad.

Era la tierra sin árboles ni montañas, llana, enor-

me, propiciando el nomadismo; la tierra de horizontes sumergidos, invitando al viaje incesante, a la marcha sin regreso, a la inestabilidad; la tierra despoblada, silenciosa, continua, apenas solevantada a lo lejos por ligeros lomajes desnudos que formaban arrugas estériles, angostos cañadones donde el hombre, cansado de vagar, asentaba su vivienda para preservarla de la furia del viento, de la cellisca, de la nevazón.

Eran las llanuras ilimitadas, las sabanas sin término, las pampas argentinas del Neuquén, holladas sólo por cascos y pezuñas salvajes, por el paso silencioso del puma o la carrera fulgurante del avestruz, y en donde la presencia del hombre era un elemento sobrepuesto, ajeno, extraño, desconectado de su especie.

Y era, también, mi infancia creciendo como una fruta agreste, sin otras limitaciones que la transparencia de las lejanías. Mi pequeña y dulce infancia, henchida de maravillas y penas fugaces como toda infancia. Mi niñez tranquila y confiada, fluyendo con sus lentas aguas claras hacia el misterioso porvenir indeseado, hacia los años desconocidos, hacia el tiempo distante e impenetrable.

Un llanto de niño hizo entrar de pronto, precipitadamente, a mi madre. Salió al cabo de un instante con Anita en los brazos: era mi hermana menor, de tres años de edad. En las obscuras pupilas de la niña temblaban aún las lágrimas; la sacudió un último sollozo; aletearon suavemente las espesas pestañas, y una brillante gota resbaló hacia abajo dejando en pos como un rastro de vidrio.

Volví a tironear las faldas de mi madre:

—Mamá...

Ella dejó la criatura en el suelo. Sobre la frente de la pequeña se apretaba una guedeja de cabellos apelmazada por la transpiración de la siesta reciente. Anita se tambaleó, adormilada aún. Luego, a cortos pasitos, se dirigió resueltamente hacia el apartado fogón, obedeciendo a la cariñosa llamada de doña Carmen, nuestra cocinera.

Mi madre se inclinó:

—¿Qué cosa, mi hijo?

—Mamá..., ¿dónde está Chile?

Alzó las manos sin responderme, como tratando de aprisionar en un abrazo el horizonte bruñido por el sol.

Una leve racha de viento agitó suavemente un mechón de su cabellera cenicienta. Las hebras plateadas brillaron un instante. Luego, el fulgor de los negros ojos se adelgazó hasta apagarse en una noche de melancolía y de añoranza.

—¿Dónde está?... Allá está..., muy lejos, más allá de estas llanuras..., al otro lado de la cordillera...

Señaló su corazón.

—Y también aquí...

Me quedé extático. Sus ojos volvieron a animarse. Se inclinó para abrazarme. Me levantó hasta sentarme sobre el palenque. Palpó mi cabeza; mi boina roja cayó al suelo. Sentí cómo el viento sacudía mi pelo.

Me oprimió las sienes.

“Y también aquí”.

Me abracé a mi madre, henchido.

Madre, madre mía... ¡Qué lejano está aquel instante, pero cómo ha persistido en mi corazón a través de la vida! Nunca te había mirado, hasta entonces. Sabía que existías, es cierto. Sabía que algo me circun-

daba, una presencia invisible y poderosa que me protegía tenazmente. Pero sólo entonces, al mediar mis ocho años, pude descubrir tu dulce belleza fatigada, tu alma triste y valerosa, tus pupilas estoicas que algún día habrían de cerrarse para siempre bajo los cielos quietos de la patria lejana...

Sentí en los ojos la quemadura del sol. Volví la cabeza. Allá lejos, en la altura, una bandada de caranchos batía el aire con aspas lentas y desmayadas, subiendo y bajando, rodando en amplios espirales sin objeto aparente.

La voz de mi madre siguió sonando en mis oídos como si temblara en el viento.

—Tú..., tus hermanos, tu padre, yo..., la vieja Carmen, todos somos chilenos. Sólo Anita nació en estas soledades. Pero algún día volveremos...

—Mamá..., ¿y por qué nos vinimos?

—La mala suerte, mi hijo. Cuando nos casamos, tu padre tenía un terrenito en Quino, cerca de Traiguén. Criaba ovejitas, sembraba... había un manzanar. No necesitábamos más. Eramos felices. Pero un día llegó el rico insolente... y nos echó... apoyado por los gendarmes y los tinterillos. Tu padre no tenía escrituras. Trató de oponerse. Y nos quemaron la casa... Tu padre era joven. No dijo nada. Unció la yunta de novillos a la vieja carreta. Metí en ella mis tres criaturas, tus hermanos mayores, y salimos a rodar por los caminos...

Algo caliente cayó sobre mi rostro. Alcé los ojos. Mi madre lloraba. Pero su gesto se había endurecido, helándose en un extraño estoicismo.

Apreté los párpados, y solté el pensamiento.

Yo conocía los carros pamperos. Más de una vez los vi cruzar por el horizonte, escoltados por salvajes jinetes de chiripá que gritaban en la tarde, mientras los grandes toldos blancos temblaban sacudidos por los baches y las altas ruedas giraban lentamente por la huella infinita. ¿Dónde iban? Yo no lo sabía. Eran, quizás, gentes que huían de un destino obscuro hacia la esperanza, hacia otras tierras, en busca de un milagroso Canaán, dejando en pos, apenas, un leve surco fugitivo borrado por el viento.

Así, tal vez, mi madre rodó por los caminos de ese desconocido Chile, llorando, mientras tres criaturas temerosas contemplaban el lento paisaje, y un hombre angustiado agujoneaba unos pequeños bueyes cerriles.

Me apreté a mi madre. Mis brazos se enlazaron en torno a su cuello. Sentí cómo las lágrimas corrieron por mis mejillas. Sollocé.

—¿Y qué más?

—Tu padre nos llevó por aquí y por allá, tratando de contratarse como mediero o inquilino... o lo que fuera. Inútilmente. No hubo nada para nosotros. Después de vagar sin rumbo, durante muchas semanas, llegamos a Temuco, a casa de tus abuelos paternos. Allí, tu padre vendió la carreta. Me entregó todo el dinero que le dieron, y se enganchó en un arreo para la Argentina... en busca del pan que le negaba el suelo en que nació... Se perdió durante un año entero. Nada supe de él. Por aquel tiempo naciste... Nunca podrás imaginar cómo sufrí, cuántas privaciones y amarguras. Yo era una allegada en casa de tus abuelos. Tus tías no me querían. No sé por qué. Eran muy orgullosas, señoritas de la ciudad. Yo era una huasa... venía de la tierra. Me miraron en me-

nos. Pero..., en fin, nos dieron de comer. Y eso era ya algo... Estiré todo lo que pude los veinte pesos que me dejó tu padre. Pero llegó el día en que se acabaron. Lo más penoso era la noche..., sin una moneda con qué comprar velas. Hasta que un día..., me parece ayer... Era la primavera de 1905...

La voz de mi madre adquirió de pronto una extraña y jubilosa tonalidad. Se asomó en sus palabras una alegre evocación.

Sonreí, con las pupilas empañadas aún.

—Esa mañana había llovido. Por la ventana embarrotada de la mediagua en que vivíamos, se veía la calle, solitaria, llena de charcas, convertida en barri-zal... El zapatero de enfrente clavaba sus estaquillas, cantando... Dormías en tu cuna. Tus tres hermanos, acostados, se quemaban bajo las garras ardientes de la alfombrilla... Recuerdo como si fuera ayer..., en ese momento raspaba unos palitos de natri para calmar la fiebre de los niños, cuando, de pronto, sentí un tropel de caballos, recias y ágiles patas chapoteando en el barro. Se me apretó el corazón. Volé hacia la ventana... y me afirmé en el marco, llorando de alegría. Tu padre regresaba. Ahí estaba, junto a los barrotes, mirándome desde lo alto de su cabalgadura, joven como siempre, pero con el rostro más curtido... y las sienes encanecidas. Me olvidé de todo, de la larga espera, de los días interminables, de las astillitas de saúco con que inútilmente trataba de espantar, en las noches, la pavorosa oscuridad...

En la puerta del distante fogón, apareció doña Carmen con Anita en brazos. Y tras ella, desperezándose, "Moscardón", nuestro enorme gato.

Una golondrina pasó rozándonos, nerviosa, vivaz, cortando el viento como una tijera agilísima. Rei. Y también rieron los ojos de mi madre.

—Eso fué todo. Nos vinimos poco tiempo después. Cruzamos la cordillera por el Esprel, frente a Pucón, un desfiladero labrado en la roca viva. Por un lado, el abismo; por el otro, la escarpa prodigiosa... Pero me vine contenta. En las noches, cuando armaba las tiendas, tu padre cantaba. Hace ya más de siete años. Nos ha ido bien. Nada nos falta. Pero no es ésta mi tierra. Quiero volver a Chile. Allá hay ciudades... y escuelas. Aquí la vida es demasiado fácil, se vive casi sin esfuerzo, cualquiera se corrompe. Temo por tu hermano Adolfo. El mayor no me inquieta; siempre fué tranquilo... Pero Adolfo, aquí ha crecido; ya no concibe la vida de otra manera; es puro instinto; la pampa se le ha metido hasta el corazón. Sí..., tengo que irme..., siquiera debo salvar a los más chicos. ¡Ay!... ¡Cuándo volveré a ver los manzanos floridos de mi Quino!...

La tarde caía, lentamente. Sacudí la cabeza. Era extraño; no podía comprender lo que decía mi madre. Vida fácil..., corromperse..., ¿qué era esto?, ¿de qué nos quería salvar? Anita era tan pequeña; Rubén apenas tenía dos años más que yo. Adrián, mi hermano mayor, tan sereno siempre, tan hombre, me impresionaba casi tanto como mi padre. Pero Adolfo me maravillaba. Jinete magnífico, cazador admirable, era como un torrente de vitalidad y juventud cuando, montado en alguno de sus overos, volaba por los mallines persiguiendo avestruces mientras el viento se partía, silbando, en las tensas y vibrantes cuerdas de las boleadoras. ¿Puro instinto? Tal vez. Había demasiada vida en él. Tenía que gastar-

la de alguna manera, cazando, corriendo o, a veces, de tarde en tarde, en sus raros accesos de melancolía, rasgueando las bordonas apasionadas.

Yo sólo conocía las ciudades a través de las escasas revistas que nos dejaban los "faltés" árabes en sus espaciadas visitas. Me asomaba, entonces, a un mundo de maravilla. Mi madre me había enseñado a leer en una vieja Historia Sagrada; por lo tanto, aquellas páginas en que se apretaba un universo reconstruido, ya no guardaban su secreto para mi ávida curiosidad. Y presentía obscuramente que Adolfo no podría vivir en el estrecho límite de las ciudades. ¿Cómo podrían contener la necesidad de espacio de un cazador de avestruces? Claro, en cierto modo mi madre tenía razón; Adolfo llevaba la pampa metida en las raíces del alma. Si sus años decisivos hubieran logrado moldearse en las rígidas matrices de la civilización; si sus tenaces impulsos, chocando contra las limitaciones impuestas por la convivencia, hubieran podido adquirir el sentido de esas mismas limitaciones, ¿cuál fuera el destino de mi hermano? No sé. Tal vez el de un artista. O de un soldado. O de un bandido.

En la cima de sus dieciocho años, habiendo franqueado de un salto la adolescencia despojada de los conflictos que le hubieran entregado la presencia constante de la mujer —apenas si algunas indias jóvenes lograban crear en esa tierra de hombres solos un mínimo clima de amor, elemental, sin refinamiento ni alegría, preñado de codicia—, Adolfo era en aquel entonces un animal sano y fuerte, acicateado quizás por un obscuro designio que calmaba desgastándose, aturdiéndose

en correrías tumultuosas de las cuales emergía tan cansado como sus propios caballos.

Así era mi hermano Adolfo. Yo lo admiraba. Cuando fuera grande, querría ser como él. Mi madre no podía comprenderlo, pues había huido más allá de las fronteras de su ternura.

Con un leve sentimiento de desdén me resbalé desde el palénque hacia el suelo. Recogí mi boina, y me alejé lentamente de mi madre que seguía afirmada en la vara lustrosa, los ojos perdidos en la dorada lejanía.

Aquella mañana había partido mi padre.

¿Por qué, de pronto, todas las cosas cobraban para mí una importancia extraña, un prestigio ignorado, como si las viera por primera vez, como si las descubriera de repente?

No era aquélla la primera ocasión, seguramente, en que mi padre viajaba. Pero, hasta entonces, nunca había reparado en sus ausencias. Bastaba para llenar mi vida el mundo de fantasía que me habían creado los cuentos y relatos de la vieja Carmen. Los acontecimientos exteriores que no golpearan mi imaginación, resbalaban por sobre mi mente sin dejar huella alguna.

Pero todo cambió, de súbito. Mi memoria empezó a registrar recuerdos, imágenes persistentes y sobrepuestas como una placa fotográfica impresionada incesantemente.

Rumiando estos confusos pensamientos crucé la explanada, rumbo al fogón desierto. Antes de tenderme bajo la enramada, alcancé a divisar a la vieja Carmen, un cubo en la mano, bajando hacia la pequeña represa que mi padre nos hizo construir para acoplar las delgadas aguas del arroyuelo. Anita la seguía, lentamente,

tropezando en los guijarros de la rampa que cortaba el barranco por cuyo fondo se escurría el estero.

Nuestra vivienda se asentaba entre dos lomajes, a la salida del cañadón del Cerro Redondo, amparada del viento por los filos arenosos que morían allí cerca, suaves lomos que descendían suavemente hasta enterrarse en la pampa devoradora de colinas.

Un ramalazo del viento me hizo cerrar los ojos.

"Moscardón" apareció súbitamente en el ancho patio recalentado por el sol, deslizándose solapadamente, en actitud de acecho, el vientre aplastado contra el suelo, alertísimo, haciendo jugar armoniosamente los músculos bajo la brillante piel leonada.

Había tal tensión, tal fuerza contenida en la traza del gato, que el espectáculo, pese a no ser nuevo para mí, volvió a aprisionarme en su extraña fascinación.

El animal se arrastró algunos metros más. Se detuvo entonces, contrayéndose, inmovilizándose, fijas las crueles pupilas en las veloces golondrinas que cruzaban y recruzaban por sobre su cabeza en rápido vuelo razante.

Contuve la respiración.

De súbito, como un resorte soltado bruscamente, el cuerpo poderoso latigueó en el aire para atrapar la flecha oscura que venía, recta, a clavarse en las garras codiciosas. Pero la golondrina paró el vuelo en seco, como si hubiera chocado contra un muro invisible, y un giro vertiginoso la alejó del peligro mientras el felino caía ágilmente sobre sus cuatro patas.

Respiré aliviado.

El gato repitió el asalto tres o cuatro veces, infructuosamente. Luego, tras breves momentos de indecisión,

vino hacia donde yo estaba, pausadamente, majestuosamente, como un gran señor vencido. Se tendió por ahí, a descansar, revelando la magnitud del esfuerzo por el silencioso y lento latido de los flancos relucientes.

Allá, lejos, pastaban algunos caballos. Distinguí entre ellos mi malacara, arrastrando lentamente el largo cabestro de crin. Contemplé durante largo rato, con orgullo, la cabeza pequeña, los finos remos, las ancas relucientes del esbelto animal, caro a mi corazón por sus ojos casi humanos, por su veloz carrera, por su docilidad.

Más allá, el Mallín del Rodeo, bordeado de traidores menucos, extendía la ancha alfombra de sus lisos coironales. Circundando todo, la abierta e infinita pampa.

La vieja Carmen apareció bajo la enramada, cargando penosamente el cubo lleno de agua. En el valvén del andar, la masa líquida oscilaba con violencia dentro del tiesto, volcándose en cortas ráfagas compactas. Una de ellas mojó mis bombachas. Me levanté de un salto. Mi cabeza chocó contra algo fofo e inerte: el costillar de la oveja carneada en la mañana, que colgaba de las vigas flojamente, pesadamente.

Carne, carne, único fruto de esa tierra dura. Carne asada, churrascos, carne cocida con coles y trigo, ése y no otro era nuestro alimento. Mi madre me hacía tragar, a veces, un poco de leche. Pero el instinto me llevaba hacia la carne, hacia el mate, hacia la pétrea galleta marinera que traíamos en grandes bolsas desde el boliche de Fernando Miranda, el misántropo gallego afincado tenazmente, como un liquen, en las lejanas márgenes del hosco Limay.

Me fui hacia los cierros del alfalfal, y trepé por la basta cerca que lo defendía del animalaje eternamente

atraído por el frondoso manto verde. Dos o tres inquietas lagartijas, asustadas, escabulleron los vivaces cuerpecillos tornasolados. En la huida presurosa, una de ellas cayó al suelo. Se perdió al instante bajo las espesas olas de la alfalfa que ondulaba dulcemente batida por el viento.

Tendí la mirada. Fuera de la presencia de los caballos inmovilizados en la distancia, nada rompía la soledad de ese paisaje detenido.

Pensé en mis hermanos: en el silencioso y sonriente Rubén, en el tumultuoso Adolfo, en el sentimental Adrián. Y pensé en mi padre, blanco en canas, pequeño, erguido, a ratos adusto, a ratos malicioso, inmune al cansancio y a la emoción, conteniendo sin esfuerzo el sentimiento, rudo, bondadoso, estoico. Pensé en su gesto al partir esa mañana: una tal sobriedad en la expresión que casi rayaba en dureza.

Después que Rubén, arrodillado en el suelo, le calzara las espuelas plateadas, mi padre montó tranquilamente en su lento zaino, acomodándose con parsimonia en la ancha montura de bastos.

Temblaba en el aire una vibración moribunda: el cencerro de la yegua madrina de la tropilla, encerrada en el corral con las mulas cargueras.

Había una actitud de silenciosa expectación en los circunstantes. Allí se estrechaba todo el pequeño núcleo humano que la tenacidad de mi padre enraizara en la desolación del panorama circundante. Allí estaban mis tres hermanos, desmontados, sujetando por las riendas las inquietas cabalgaduras; allí estaba don Pedro, el domador; los tres ovejeros; Bernardo Carvajal, el fiel pe-

huenche, único compañero de mi padre en sus largos viajes; allí estaba la vieja Carmen, tapándose la boca desdentada con una punta del delantal. Y afirmada en el palenque, mi madre, pensativa y callada, teniéndome de la mano.

Mi padre nos miró un instante. El barboquejo del pequeño sombrero le aplastaba la corta barba blanca. Sus cejas formaban un solo matorral nevado.

Sonrió fugazmente. Luego, volteó por sobre su cabeza la sedosa manta de vicuña. La prenda aleteó pesadamente en el aire como un ave clara y triste, aventando las tres áridas palabras de despedida:

—¡Hasta la vuelta!...

Eso fué todo. Ni un abrazo. Ni una caricia. Mi madre musitó suavemente:

—Si Dios quiere...

Y como hablando para sí:

—...¡Felicidad!...

Se cubrió los ojos con las manos. Todos montaron. Adolfo gritó:

—¡Patito..., suelta las trancas!...

Corrí hacia la puerta del corral. Empujé las varas que se deslizaron con suavidad a través de los gastados y pulidos anillos, y trepé velozmente la empinada cerca. El largo arreador de Adolfo restalló como un disparo por encima de las altas bardas. Los zainos se agitaron, indecisos. Luego, la yegua madrina vislumbró las trancas volteadas, y por allí escapó, seguida de la inquieta tropilla. Detrás, nuestros seis perros pastores taladraron el claro cristal del aire con sus jubilosos ladridos.

Pero fué el lento paso de las mulas, y sus ceñidos cargueros, lo que dejó en mi ánimo una indefinible sensación de viaje, de alejamiento, como si una leve trizadura

hubiera agrietado, de repente, mi infancia. Sólo mucho después pude comprender que allí, bajo la tela de buque que envolvía la carga y que serviría de tienda en las noches de intemperie, junto a las "trolas" de charqui y al saco de dura galleta, algo de mí emprendía un viaje sin retorno: la facultad de olvidar, de no recordar, que, hasta entonces, salvara mi niñez del sufrimiento.

La nutrida cabalgata se puso en marcha. Don Pedro y los ovejeros irían hasta por allí cerca. Mis tres hermanos alcanzarían hasta la planicie de Quinquimetreo, vasta y desolada estepa lejana. Allí se separarían de mi padre. Allí volverían a escuchar, en silencio, sus palabras:

—¡Hasta la vuelta!...

Y luego, el regreso.

Toda la tarde esperé, en vano, su llegada.

Y, como tantas otras veces, el día apagó lentamente sus faros en un largo y persistente crepúsculo. Era la hora incierta, la hora indecisa, en que los animales se acercaban instintivamente a los puestos persiguiendo la cercanía del hombre, temerosos de la noche y su obscuro peligro, arrastrados por el dominio ancestral que los impedía a buscar el amparo y la protección del conquistador indiferente y despreciativo.

Mi madre trajinaba, incansable, por aquí y por allá; recogiendo el tendido de charqui que en el día se secaba al sol y en la noche se guardaba en arcones de cuero endurecido para preservarlo de perros y ratas.

La vieja Carmen preparaba el churrasco de la noche, sumergida en la densa masa de humo que llenaba el fogón y que se escapaba en flotantes penachos hilados por

el tamiz de las totoras del techo, dando la impresión de que pronto todo aquello ardería como una antorcha.

Entré en la cocina cuando el humo se hubo desvanecido. La noche abría ya en el horizonte sus sombrías ventanas, derramando sobre la tierra su río oscuro y constelado. Y adentro era también la noche, una noche de muros ahumados y negras hilachas de hollín colgando de las vigas, con informes fantasmas brotando de los tenebrosos rincones.

Sobre las ascuas vivas de la fogata, la vieja Carmen hacía girar el largo asador apoyado en dos horquillas de fierro. Media oveja se asaba lentamente, dando vueltas, mientras la vieja, de rato en rato, la rociaba con salmuera. El líquido resbalaba en rápidos hilillos hirvientes, y caía en las brasas donde se apagaba instantáneamente, chirriando.

Una gran pava empezó a roncar, soltando intermitentes chorros de vapor por el tiznado pico.

Afuera, de pronto, unos ladridos. Luego, dos silenciosas sombras en el hueco de la puerta.

La vieja se dió vuelta. Graznó:

—Buenas noches,... "Arraigás"...

Y una respuesta desabrida:

—Buenas,... doña.

Y nada más.

Eran los dos Arriagadas, ovejeros de mi padre, que regresaban al puesto después de atender la diaria labor. Los dos tenían el mismo nombre: Francisco Arriagada. Para distinguirlos, Adolfo les puso mote: a uno, el Petiso; al otro, el Zorro.

El Petiso era un hombrecillo asustadizo y melancólico, retaco, deslavado, de un rubio sucio, con ojos saltones en un cráneo de pájaro. El Zorro, rubio también, era

robusto y arrogante, desdeñoso, mordaz. Tocaba la guitarra. Y era de ver cómo el instrumento lloraba vidalitas bajo el influjo de aquellos gruesos, curtidos y torpes dedos.

Me senté junto a ellos, en torno al fuego. El fulgor de las ascuas iluminaba extrañamente sus rostros, tocándolos con movedizos destellos de cobre, cambiantes, siniestros.

Habló el Zorro, y su voz estaba preñada de insultante cortesía:

—Che Petiso..., no seas “bueno”... Haz el favor... enciende el candil.

Se agitó el aludido. Chirrió una cerilla raspada contra la áspera lija. Y una pequeña llama aleteó en el aire, subiendo hasta el lugar del muro en que pendía el candil de sebo. Luego, un tenue parpadeo. Enseguida, una llama vacilante, humosa, haciendo surgir a la realidad cosas inanimadas, bultos deformes, trastos diseminados a lo largo de las paredes de barro.

Y nuevamente la voz despreciativa:

—Che Petiso... No te molestes... pero un amargo no vendría mal.

El mate, cebado por el paciente Petiso, empezó la ronda de todas las noches. Iba y venía de las manos del Petiso a las del Zorro y a las de la vieja, hirviendo casi, áspero, aromático, estimulante.

Mi madre entró. Tendió la mirada.

—Vaya... Es curioso que aun no llegue don Pedro... ni el Mocho. Bueno... No esperen más..., sírvanse.

Simultáneamente ambos hombres llevaron la mano a la cintura. Brillaron las hojas de los facones. Y empezó el churrasqueo. Yo también desenvainé mi “cabo blanco”, regalo de Adolfo. Y comí hasta hartarme.

Súbitamente apareció en la puerta la furtiva silueta del Mocho, el otro ovejero. Sentí un estremecimiento al mirar esa greñuda cabeza, ese rostro atrozmente deteriorado por la viruela, amargo, ingrato. Uno de los ojos, sin vida, mostraba la enjutez de la cuenca. Los párpados del otro, apretados en una estrecha arruga, apenas velaban el frío brillo de la pupila solitaria. En aquellas partes del rostro que dejara intacta la granizada de la peste le brotaba una corta pelambre, hirsuta, rala. Y esa oreja ausente, ese muñón retorcido, rugoso, de negros rebordes, que el Mocho se esforzaba en cubrir con el ancho barboquejo.

Para explicar la pérdida de su oreja, el Mocho contaba una historia que nadie creía. Nadie, sino yo. Era el relato de un suceso ocurrido en otro tiempo, en otras tierras, hacia el sur remoto, en una estancia del Chubut. Era la historia de un caballo que mordía a cuantos se le acercaban, un caballo-perro, en cuyos dientes quedó un día la oreja del Mocho como un pingajo sanguinolento y repugnante. ¿Por qué no creer? ¿Acaso, en las señaladas, no había visto montones de orejas rotas, resumando sangre, incrustadas en gelatinosos coágulos, mientras los ágiles facones cortaban y cortaban, incansablemente, perforando los velludos cartílagos en extrañas muescas, triángulos, medias lunas, colas de paloma, barnizando de rojo manos, antebrazos, bombachas, y hasta los cuerpos absurdos de las ovejas recién esquiladas?

El Mocho tomó colocación en torno a la lumbre. Comió, en silencio, triturando la carne entre los dientes poderosos. Luego, se incorporó a la ronda del mate, callado. Después de un largo silencio, murmuró sin mirar a nadie:

—Mi majada se “mesturó” con la de don José Muerza... Son muchas... Difícil veo la aparta...

Saltó el Zorro, burlón:

—Caray, Mocho... Te están jodiendo las novias.

El Mocho se contrajo, iracundo. Una llamarada le encendió, fugazmente, el rostro oscuro. Brilló un relámpago de furia en la pupila huérfana. Masculló en voz baja, ronco de cólera:

—Desgraciado... ¡Hijo de la gran... siete!

Lo contuvo la silenciosa presencia de mi madre. Se levantó, pálido. Salió.

Vi cómo el mate temblaba en las manos del Zorro.

No pude comprender, entonces, el furioso estallido del Mocho ante la pulla de su compañero. En aquel tiempo, mi instinto dormía el espeso sueño de la niñez y la curiosidad por el sexo aún no golpeaba mi sangre con sus ásperos látigos. Pero ya algo sabía de estas cosas. Rubén me había trascendido conversaciones oídas a mis hermanos mayores, conceptos fragmentarios de algo que no me interesaba y que olvidé fácilmente. De esta manera supe que los hombres necesitaban mujeres para satisfacer una necesidad que no podía comprender. Sabía perfectamente que cada ser venía del vientre de su madre. En más de una ocasión había visto parir vacas y yeguas, contemplando lleno de angustia cómo los animalillos surgían viscosos y frágiles de las entrañas sangrantes. Pero lo otro, el acicate oscuro, la atracción sexual, aun no inquietaba mis nervios con su turbio designio. Por lo tanto, ignoraba la tortura del sexo, la avidez por la hembra, que sacudía, brutal, el deseo eternamente insatisfecho de esos hombres atormentados por la obligada continencia, y que, para aplacar los desenfrenados potros de la sangre, recurrían al monstruoso apareamiento, fornicando con ovejas y yeguas nuevas.

El fuego se apagaba, desvaneciéndose su fulgor bajo

una, espesa y frágil capa de ceniza. La vieja retiró el asador en el que aun quedaba una gruesa pella de carne. Luego, quebró en pequeños trozos un haz de ramas secas que echó encima de las brazas moribundas. Sopló sobre ellas. La ceniza voló en livianas partículas. Se alzaron las ágiles lenguas del fuego. La carne volvió a chirriar.

Los Arriagadas salieron. Mi madre hilaba junto al fuego. Sin levantar el rostro murmuró sordamente:

—¡Salvajes!...

Salí un momento. Afuera, la noche de la pampa, alta, prodigiosa, infinita. Una marejada obscura y silenciosa, punteada de peces de plata. Y las constelaciones cayéndose en los horizontes hundidos, desplomándose en lenta derrota. Entre el cielo y la tierra, el silencio. El silencio y la profunda soledad. Ni un sonido, ni un rumor. Sólo él frío y apagado aletazo del viento.

Los perros dormían, apretujados, bajo un rincón de la enramada. En otro, alcancé a divisar una bola de plumas, esponjosa, inmovilizada por el sueño. Eran las tres "charas" domesticadas por Rubén. Durante el día, los pequeños avestruces erraban por la pampa. En la noche, se cobijaban junto a los perros, sin temor, en una extraña camaradería.

El viento me trajo, súbitamente, un eco leve, un rumor sordo y apagado, inconfundible, un redoble acompasado y lento, creciente en resonancia. Me sacudió un ramalazo de alegría. Sentí un lejano relincho, y, al instante, los perros se perdieron en las sombras ladrando jubilosamente.

Sí. Eran ellos, mis hermanos, galopando en la noche, escogiéndolo por instinto entre los mil falaces caminos de la pampa, el verdadero.

De pronto, ante mis pupilas alertas, un trozo de noche empezó a condensarse en una masa oscura que rodaba, fragorosa, acercándose hasta detenerse frente a la enramada. Miré con asombro el grupo de caballos que emergía de la oscuridad en una revuelta confusión de patas y pescuezos palpitantes. ¿Por qué eran cuatro los jinetes? Me acerqué un poco más. Pero ya don Pedro, el domador, desmontaba junto a mis tres hermanos.

El caballo de Adolfo semejaba un ave fabulosa. La grupa del animal desaparecía bajo dos fantásticas alas, estremecidas levemente por el soplo del viento. Ya conocía aquello. No podía admirarme. Eran dos enormes avestruces amarrados por las patas al arzón trasero de la montura, colgando hacia cada lado en un tembloroso desmayo de plumas caídas, abanicando los flancos de la cabalgadura.

Adolfo descabalgó de un salto. Cogió la pareja de aves y la lanzó junto a los muros del fogón. Las grandes alas flamearon briosamente; pero se derrumbaron al instante en un desplome trémulo, en la temblorosa caída de un vuelo que se rompiera de repente.

Los caballos fueron desensillados con rapidez y soltados hacia el pasto y el reposo de la pampa. Ahí, bajo la enramada, quedaron los peleros humeantes, los frenos salvivos, las suaves caronas.

Y el grupo hambriento irrumpió en la cocina. Mate y churrasco. Churrasco y mate. Sin cesar. Hasta que el asador quedó pelado y la pava, vacía.

Adolfo se estiró, satisfecho. Soltó un sonoro eructo.

Todos reímos, menos Adrián. Se oyó la voz de mi madre:

—Oiga, don... Ataje la chancha... Y... ¿cómo les fué?

—A nosotros, bien... El viejo partió tranquilo, como siempre... Pero a don Pedro le ha ocurrido una desgracia..., perdió el monedero...

El domador suspiró, entristecido:

—Y con doscientos nacionales, señora... ¡Un año de trabajo!

Y volvió a contar su historia.

Don Pedro era un hombretón de ojos azules y tupida barba rizada, un gigante bondadoso, calmado y avaro. Daba vuelta los años rodando por el vasto territorio del Neuquén, domando la arisca caballada nueva de los puesteros pobres. Cada cierto tiempo caía en el rancho de mi padre, ejerciendo su oficio. Tenía una extraña manera de domar. Solo. En plena pampa. Cazaba a lazo los potros nuevos y los enfrenaba sin ayuda de nadie. Saltaba sobre ellos, en pelo, como un tigre, dominándolos con sus brazos de acero, con sus piernas de tenazas, y un peso que doblaba como cañas los esbeltos y salvajes sementales. Inútil el corcovo, los botes, el encabritamiento. Don Pedro era el demonio, la maldición caía sobre los lomos rebeldes, el poder fatal al que había que someterse o morir, rindiéndole el goce vegetativo de la bestia libre, la carrera alborozada por los mallines abiertos, relinchando de placer mientras el viento desflecaba las crines aleantes.

Pero...

—...El morillo parecía guanaco, tan fino era..., ¡hijuna..., y qué hocico de piedra tenía!... Cuando le salté encima, creí que lo quebraba... Se dobló como un arco. Durante largo rato se mantuvo quieto..., quietecito..., como asombrado. De repente..., ¡paf!..., el corcovo, y disparó como una flecha, a saltos. Acorté rienda hasta que se me acalambraron las muñecas... Y no pu-

de sujetarlo. Me obligó a "charquear"... de las crines. Si no, me voltea... Figúrese... ¡a mí!... En la disparada perdí la petaquita. Siempre la llevaba en la vuelta de la bcina. Y hoy se me ocurrió meterla en el bolsillo trasero de la bombacha... La busqué hasta que anocheció... Un año perdido... sin provecho para nadie...

—No se aflija, don Pedro... Mañana damos una batida, con los ovejeros... Seguro que la encontramos.

Un destello de esperanza avivó el gesto abatido del domador:

—¿De veras, mozo?... Lindo, no más... Seguro que la encontramos... ¿Y sabe una cosa, mozo?... Cinco nacionales para el que la encuentre..., ¿de acuerdo?...

II

Tararán... tararán... tararán... tararán...

El golpe seco, isócrono, del galope. Y la llanura resbalando bajo la granizada de los ágiles cascos.

A mi lado, Rubén. Delante, envueltos en nubes de polvo, Adolfo y Adrián. Y en cada arzón, un atado de gruesas totoras.

Tararán... tararán...

Galopar... Galopar...

Galopar por la pampa sin límites mientras el día se apagaba, y el crepúsculo colgaba en el cielo sus primeras estrellas. Galopar sin descanso hasta que, al fin, brotó de la azulada bruma de la tarde el techo humoso del fogón familiar. Y en él, la vida, el cariño, el reposo.

Aquella mañana, de madrugada, remontamos el cañadón del Cerro Redondo en busca del paraje en que don Pedro extraviara el dinero. Una vegetación mezquina brotaba de ese suelo magro. Duros coirones, hoscos nenes, coronaban los bordes de los secos zanjones arenosos que no permitían acelerar la marcha con la sacudida del galope.

El paso vivo de los caballos lanzaba pequeñas rachas de arena en todas direcciones. En cierto momento caminamos por una leve hondonada, lecho tal vez de alguna desaparecida corriente de agua. En las paredes desmorono-

nadas del suave talud, secas y negras raíces asomaban sus hilachas retorcidas y quemadas.

Dos escuadras formaban la cabalgata. Delante, mis hermanos y yo. Atrás, don Pedro y los tres ovejeros.

Los tábanos zumbaban, rondando los caballos, atormentados por un sol que ascendía lentamente. Los pertinaces insectos caían a cada instante sobre las grupas indefensas, y el lancetazo implacable sólo se anunciaba por la violenta sacudida y el ramalazo de las largas colas castigando los flancos.

Yo cabalgaba junto a Adolfo. Vi de pronto cómo un gesto de malicia retozó fugazmente en sus ojos pardos. Me hizo un guiño y, torciéndose en la montura, desgajó una espinosa rama de neneo que crecía en el borde del talud. Sonrei alegremente, soliviantado por la perspectiva de la travesura inminente. Imitándolo, detuve mi caballo. Los ovejeros se nos adelantaron. Seguimos desde atrás, apurando el paso hasta colocarnos a su zaga inmediata.

El caballo que montaba el Zorro irguió súbitamente la cola en un alto torbellino de crines sacudidas. El grueso tábano escapó apenas, zumbando. Y en el mismo instante en que el animal abatía el recio penacho, Adolfo estiró el brazo y enganchó, cauteloso y disimulado, el espinoso gajo en el negro ano descubierto. El caballo apretó bruscamente la cola, y se enterró las espinas en la sensible y delicada epidermis.

El súbito corcovo encontró totalmente desprevenido al ovejero. El primer envión lo hizo perder los estribos y el segundo lo sacó desmontado por el pescuezo en hilariante pirueta. El Zorro batió en el aire las amplias bombachas y se clavó de cabeza en un montículo de arena.

mientras el caballo huía dando coces, encogiéndose y estirándose, hasta desprenderse de las torturantes espinas.

Rodeamos al Zorro, riéndonos. El ovejero se levantó tambaleando, escupiendo arena, los ojos desorbitados por la sorpresa y el susto. El Mocho afirmó las dos manos en el talero apoyado en los bastos, y murmuró sarcásticamente:

—¡Ríete ahora, Zorro..., ríete ahora!...

Y crispó los labios mordaces en una mueca que trajo instantáneamente a mi memoria el recuerdo de "Ojeta", uno de nuestros perros, muerto por la mordedura de una víbora. Sí. La risa taimada del Mocho tenía la misma expresión que el hocico entreabierto del perro envenenado, mostrando a medias los puntiagudos dientes en una escalofriante risa estereotipada.

Circundamos lentamente, al paso de los caballos, el Cerro Redondo. El agrio cono aparecía desprovisto de vegetación. Una detenida cascada de grandes piedras, arrastradas por los rodados invernales, se engastaba en las abruptas laderas. Ahora, el sol quemaba sus superficies rugosas, ásperas, recubiertas de musgo seco, azotadas sin piedad por el viento incesante.

Las lomas de los cañadones partían desde la base del cerro como los rayos de un abanico, ondulando el terreno en inmóviles pliegues. En el fondo de uno de ellos brotaban los únicos árboles que conociera hasta entonces. Eran cuatro manzanos silvestres, ácidos frutales raquítricos, eternamente desgrefñados por el soplo del sur. ¿De dónde vinieron esas duras semillas? ¿Qué viento las trajo hasta ese negro surco que las amparó? Nunca lo supe.

Pero era la vida creciendo, incontenible, tenaz, en esa tierra sin jugos.

Mientras remontábamos penosamente la huella que el desfile de innúmeros cascos grabara en el hosco declive, Rubén se desprendió del grupo, y bajó hacia el fondo del cañadón. Por un instante vi sus brazos agitándose entremedio del menguado follaje. Trepó luego. Las patas delanteras del caballo se afincaban en los resquicios de la tierra endurecida, haciendo rodar las piedras sueltas.

Una alegre arruga levantó los pómulos curtidos de mi hermano. En sus manos aparecía una pequeña flor rosada. La guardó delicadamente en la vuelta de la boina. Sonrió:

—Para mi mamá...

Y seguimos.

Nos dispersamos por el ancho mallín. Era un espectáculo extraño el ver esos jinetes sembrándose por la pampa al paso de las cabalgaduras, inclinados hacia el suelo, buscando, buscando. Hasta los perros, contagiados por la actitud de los hombres, husmeaban cada repliegue, cada cueva, cada escondrijo.

Desmonté junto a un menuco. La superficie del arteiro pantano se mostraba apenas humedecida, cubierta de espesa capa de césped de tentadora y fatal frescura. En el borde del tremedal, como descarnada advertencia al animalaje atiborrado de seco coirón, el esqueleto de un caballo se calcinaba lentamente bajo la mordedura del sol y del viento.

Allá, lejos, los hombres proseguían la búsqueda, aden-

trándose cada vez más en el corazón de la llanura interminable. Seguí atentamente con la mirada, los movimientos de los jinetes. Vi cómo, de pronto, uno de ellos desmontó de un salto. Se inclinó hacia el suelo y recogió algo que examinó con detención. Montó, luego, y galopó hacia el compañero más próximo. Resonó un grito:

¡Aaaaah!...

La dispersa tropa volvió a reunirse. Rebulleron grupos y patas de caballos, brazos y torsos de hombres, jubilosos. Monté en mi malacara y me les junté de un galope.

Fué el mismo don Pedro quien encontrara el monedero perdido. El domador exultaba, doblemente contento por haber recuperado su fortuna y porque, siendo suyo el hallazgo, ya no tendría que desprenderse de los cinco nacionales ofrecidos.

El grueso gigante reía solo. Se sacó la boina y guardó en la vuelta el sebiento y desgastado monedero. El Zorro lo miró, burlón.

—Don Pedro..., ¿me presta la petaquita?

—Y... ¿para qué?

—Y... para verla.

El domador volvió a sacar la andrajosá bolsa. El Zorro la tomó con la punta de los dedos como si se tratara de una sabandija.

—¡La gran sieté, don Pedro,... y qué suerte la suya!...

Miró en torno y hacia lo lejos, ostentosamente.

—...Y ni siquiera avestruces hay por acá... Digo yo... si una chara distraída acierta ver la petaca... se la traga..., confundiéndola con un sapo, digo yo.

Risas juveniles celebraron la ocurrencia del ovejero. Don Pedro se amoscó.

—Déjate de cachadas, Zorro. A ti... lo que te gusta es la caña... Nunca tendrás un peso... Además, creo que los amargos te han pelado la lengua.

Se volvió hacia Adrián:

—Gracias, mozo.

Y torció riendas.

—Pero don Pedro... ¿no nos acompaña, entonces, a la aparta de la majada del Mocho?

—Lo siento, mozo. Pero es casi mediodía ya, y conchabé la tarde con su paisano José Bravo.

Y se alejó al galope por la ancha y silenciosa pampa.

El fondo del cañadón, y sus laderas convergentes, aparecían moteados de lentos copos blanquecinos, apretados, innumerables, como redondas flores de cuarzo brotadas en un jardín agrio y sin límites. Era como si la pampa hubiera copiado ciertos extraños paisajes del cielo, ciertos inmóviles rebaños de algodonosas nubes. Eran, en fin, los duros pastizales, la brillante celulosa del coirón, convertidos en lana sobre los cuerpos encogidos de las dulces e indefensas ovejas, transformados en las blandas y calientes fibras de la lana que, apelmazada después en densos fardos, habría de parar en las fábricas de quién sabe qué lejanos países.

Todos los años, hacia el tiempo de la esquila, hombres rubios, altos, de hablar enrevesado, recorrían la pampa comprando a los puesteros su cosecha de lana. Gruesos fajos de billetes pasaban de mano en mano, mientras los peones criollos sudaban cargando los far-

dos en enormes carros de vientres insaciables, y las botellas de caña se vaciaban anudando y sellando amistades y futuros negocios.

Nos detuvimos en el filo de la loma. Los perros nos rodearon, acezantes, las anchas lenguas colgando de los hocicos como rojos peces trémulos, alertas las fieles pupilas, esperando el silbido de los ovejeros para rodear los apáticos rebaños.

El sol cala a plomo sobre nuestras cabezas. Sentí, de pronto, deseos de comer. Hurgué en los bolsillos de mis bombachas. Saqué una galleta que partí en dos trozos; uno de los cuáles alargué a Rubén. Híñqué los dientes en el otro, royendo con fruición la dura y sabrosa corteza.

Adolfo miró hacia todos lados. Oteó el aire y la distancia como tratando de percibir el olor del viento.

—Estamos más cerca del corral de Muerza que del nuestro... Llevemos allá las majadas... El gallego es colérico... y si se enoja... ¡peor para él!... ¿Qué dices, Adrián?

—El viejo nos ha dicho que evitemos, siempre, las "roscas"... El gallego puede tener el corral ocupado... Es necesario advertírselo con anticipación...

Pensó un momento.

—...Arreen ustedes... Yo iré adelante. Rafael me acompañará.

Yo era Rafael. Adrián nunca me llamaba por el mote. No obstante, todos me decían Pato por mi manera de andar.

Recogimos las riendas. En el mismo momento, el Zorro llevó dos dedos a la boca, y emitió un penetrante y

singular silbido. El Mocho y el Petiso gritaron. Los perros saltaron electrizados. Y se lanzaron, ladrando, cuesta abajo; el extenso rebaño empezó a ondular; las ovejas corrieron, juntándose, apretándose en una lenta y espesa ola blanca.

Y partimos al galope.

Media hora después llegamos a la pedregosa ribera del Caleufu, torrentoso riacho de turbias aguas. Nos metimos, montados, en la corriente cenicienta para dar de beber a los caballos. Los dos animales sumergieron los ávidos belfos en el agua espumosa, y la absorbieron con deleite. Durante largo rato los robustos pescuezos se tendieron inmóviles; sólo leves estremecimientos recorrían las recias faringes mientras el agua pasaba y pasaba por los gáznates incansables.

No lejos de allí, junto al único vado en muchas leguas de curso el boliche del gallego Muerza levantaba sus paredes de barro y techo de zinc, circundado de galpones de totora y de un ancho corral.

Salimos del río cuando los caballos saciaron su sed. Durante un largo trecho, mientras caminábamos por el suelto empedrado de la orilla, el agua seguía escurriéndose de los hocicos empapados, cayendo en finos chorros hilados por las argollas de los frenos.

Desmontamos bajo una enramada. Atamos los caballos en el palenque, junto a dos pingos, rosillo uno, moro el otro, que espantaban las moscas con sus largas colas.

Los flancos sudados y costrosos, los recados polvorientos, la traza fatigada de las bestias, revelaban el resabio del viáje, quizás si el cansancio de un regreso.

Unas gallinas picoteaban por allí, junto a unos muros, escarbando la tierra endurecida. Un peón mugriento, de chiripá, estacaba un cuero de ternera, estirándolo en un grosero bastidor; pequeños coágulos pendían de los garrones enrojecidos; las moscas zumbaban alrededor, ebrias, ferozmente excitadas por el olor de la sangre. Bajo la sombra de uno de los aleros de totora, una india, sentada a la usanza pampera, amamantaba a un crío tragón que oprímia con las dos manos el obscuro seno desnudo.

Todo parecía dormir. Sólo el rumor del río rompía el letargo del puesto, con su sorda y eterna canción de aguas en fuga.

Siguiendo los pasos de Adrián, entré en la vasta cuadra del boliche, enorme pabellón atestado de mercaderías. De las vigas del techo colgaban riendas, bombachas, guitarras, ristras de zapatos, de ollas, de pavas. Allí había de todo: pañuelos, camisas, tiradores, botas, espuelas. Bolsas de azúcar y de sal, barricas de yerba, sacos de galleta, bombillas, espejos, todo revuelto aparentemente en una confusión tras la cual se iban los ojos.

Detrás de un mostradorcillo, un viejo flaco, calvo, de lacios bigotes blancos, escribía dificultosamente en un papel. A cada instante llevaba el lápiz a los labios para darle un rápido lengüetazo. Por la camisa entreabierta se divisaba la piel, roja, apergaminada, cubierta de largos pelos blancos.

En un rincón, sentados junto a una mesa, dos paisanos bebían y charlaban. Adrián los miró con displicencia, pero al momento brillaron sus ojos. Se acercó, enton-

ces, con los brazos extendidos, en ademán de estrechar a uno de ellos.

—¡Don "Daví"!...

El así llamado se levantó. La claridad de una ventana le dió en el rostro. Lo reconocí. Era David Calderón, uno de los amigos de mi padre, chileno como él, y que, como él y otros más, levantara un día en un lugar cualquiera de las llanuras un rancho de totoras para crear en torno una patria pequeña y patriarcal, soñando con terminar allí los años mientras las majadas se multiplicaran bajo los cielos tranquilos, y los hijos revivieran los arrestos y las ilusiones de la perdida juventud.

Sonó un jubiloso golpeteo de palmas cordiales sobre torsos robustos.

—¡Qué hubo, muchacho!... ¿Cómo está tu gente?... ¿Qué dice tu padre?...

—Todos bien, don "Daví"... Mi padre partió, ayer no más, hacia Chile... El viaje de todas las primaveras... Va a ver a sus mayores... Me hubiera gustado acompañarlo, pues lleva el dinero de la esquila. Pero tuve que quedarme con mi madre.

—Qué mayores ni qué esquila... ¡Viejo bolas de perro!... Lo que lo lleva es el olor del tinto..., del tinto con frutillas... ¡Carajo!... Palabra, muchacho,... lo único que echo de menos, desde que me vine, es el tinto... Y aquí, caña y caña para matar el gusano...

Una gota de picardía brilló en las escondidas pupilas. Miró a su acompañante, un paisano taciturno, de indumentaria pámpera: bombachas de pana, botas de potro, pañuelo anudado en torno al cuello; un tirador plateado le ceñía los riñones, cruzábale el pecho largo facón de pomo historjado y retorcidos gavilanes. Por debajo del tirador asomaba la vaina reluciente, terminada en con-

tera de plata. Por ahí, encima de un taburete, yacían prendas de viaje, mantas, y dos rebenques de mango encuerado, negros por el uso y el sudor de las manos.

—...Che Bárbaro..., acércate.

Adrián, tranquilo y sobrio, estrechó la diestra del desconocido:

—Adrián Artigas,... gusto de conocerlo.

El compañero de David Calderón musitó cadenciosamente, como cantando:

—Barbarito Montoya,... del mismo modo, amigo....

David Calderón soltó una estrepitosa carcajada. Reparó en mi presencia.

—¡Rafaelito!...

Me estrechó en un apretado abrazo. Sentí en el rostro vivo escozor: la picadura de las mil agujas de la barba agresiva. No obstante, reí. Algo me atraía en ese hombre. Era acaso la sensación de fuerza que emanaba de su recia estampa. Sufrido en el trabajo, estoico en la desventura, pagano en la alegría, robusto, ancho de espaldas, curtido por donde se le mirara, David Calderón era el prototipo de la energía consciente y dionisiaca a la par. Me miró en los ojos un instante. Me rozó el mentón con su áspera mano. Se volvió hacia el viejo del mostrador. Mandó:

—¡Amigo..., dos copas!

Mojé los labios en el vasito de caña. No pude beber. Algo como una quemadura me abrazó la boca. Se me salieron las lágrimas. Adrián tragó el líquido, enrojeciendo. Ellos, bebieron la caña como si hubiera sido agua, sin contraer un solo músculo, chasqueando los labios.

—Hacía tiempo que no lo veíamos, don "Daví"... ¿qué se había hecho?...

—Anduve en Bahía Blanca... Me fui con los gringos

que me compraron la lana... Bueno... No estoy arrepentido, pero...

—¿En Bahía Blanca?... ¡Pero no es posible!... ¿Cómo?... ¿En un solo caballo?...

—Dios sabe más y averigua menos... No seas curioso, muchacho... En fin, para que sepas: ...cambié mis alazanes por yeguas... ¡Ja... ja!...

—¿Y qué las hizo?...

—Es que... no quisieron venirse. No pude convencerlas... ¡Gabachas del diablo!... “Musú” por aquí... “Musú” por allá... No tomaban más que champaña... Me mordían las orejas..., rucias puta-madres..., hasta que me sacaron el último real... Entonces me largaron... En Choel-Choel me junté con este amigo..., resero de los buenos... y “peine” para el lazo..., capaz de domar un piojo... y lacearlo de las “criadillas”...

—¡Ja..., ja..., ja!...

En una pieza vecina estalló, de pronto, una agria disputa. Escuchamos sorprendidos. A poco se precisó el tono de la discusión. Se oía una sola voz, gutural, áspera, cargada de consonantes. El espeso muro de barro absorbía la articulación de las sílabas, impidiendo escuchar el sentido de las palabras.

Adrián susurró:

—Es el gallego... insultando a su mujer, como de costumbre... ¡Para el caso que le hace!...

Se insinuó una sonrisa en todos los rostros. El viejo seguía escribiendo, inmutable, acodado en el mostrador.

Chirrió una puerta al abrirse, destapando la cólera que hervía adentro. Sonó, bronca y rotunda, la frase final:

—¡Putade mierda..., te pego una patada en el culo, y te echo al río!

Y en respuesta, una risilla corta, irónica, desafiante, que venía desde el fondo de la pieza:

—Je... je... je...

En el hueco de la puerta apareció el gallego Muerza, pequeño, ventrudo, apoyado en un tosco bastón. Ancha faja negra, ciñendo la panza enorme, sujetaba las sucias bombachas desabrochadas. Las mangas de la sebienta camisa, enrolladas hasta el codo, mostrando los fofos antebrazos cubiertos de cerdosos pelos. Por el empeine tajeado de las alpargatas desbordaba la gordura en blandos rollos. Bajo las cejas hirsutas, negrísimas, rebrillaban dos redondas pupilas de buho. Los párpados hinchados, hidrópicos, conferían expresión soñolienta al grueso y pálido rostro sombreado por tiesa y crecida barba.

El gallego resoplaba ruidosamente al andar. Era un pequeño sátrapa, astuto, desconfiado. Se le creía dueño de una fortuna enorme, acumulada en el curso de veinte años de duro trabajo, de contrabandos, de piraterías. Era uno de los tantos extranjeros, colonos desharrapados y codiciosos, redescubridores de América. Venidos desde viejos países densamente poblados, con siglos de miseria sobre el alma, sobrios y frugales en fuerza de la pobreza del agro nativo, llegaron primero a las capitales del nuevo mundo. Vendiendo churros, sirviendo de changadores o de dependientes que dormían bajo los mostradores de sus avarientos patrones para ahorrar las monedas del alojamiento, fueron juntando, poco a poco, los pesos iniciales. Un día cualquiera, el espíritu de lucro, que no el de la aventura, los llevó hacia los terminales de los ferrocarriles: Zapala y Bariloche en el sur; Mendoza y San Juan en el oeste; Jujuy, Salta y Rosario en el norte. De allí, el campo virgen estaba a un paso. Y lo franquearon con absoluta decisión, llevando como única fortuna un

carguero de baratijas. Fueran italianos, españoles o franceses, eran llamados "gallegos" en todas partes.

En los vados de los ríos, en el cruce de los caminos, en todos aquellos puntos por donde pasaran arreos, caravanas, viajeros solitarios, allí estaba el gallego, activo, diligente, resistiendo las pullas del paisano socarrón y cándido, del indio desconfiado y tonto, vendiéndoles pañuelos, peinetas y espejos, y comprándoles cueros de zorro, de vacunos, la lana de la esquila, ganando en la venta y en la compra. Pasaban los años, y el gallego enriquecido traspasaba el boliche a otro gallego. Regresaba, entonces, a la aldea natal; allí deslumbraría a los papanatas, se casaría con la hija del alcalde, y reventaría de orgullo al oírse llamar "el indiano".

Pero, a veces, la pampa se vengaba de estos conquistadores de camiseta y alpargatas. Los retenía para siempre, enraizándolos en la llanura desolada, a la orilla de los ríos, lejos de todo aquello que pudiera constituir una amarra con el remoto pasado. Eran, quizás, los que nada dejaron atrás, los desesperados, los que al partir de las playas maternas se despidieron definitivamente de los recuerdos, de los lazos de la sangre o del sentimiento.

Así el gallego Muerza. Un día sintió el deseo invencible de compartir su soledad. Y con el brillo de su fortuna compró en Junín de los Andes, como si fuera un cuero de zorro, a la hija del comisario de policía. La niña partió llorando. Dejaba atrás un amor imposible: un gauchito pobre como rata, "pueta" y cantor, que le dedicó una vidalita en que la amenazaba con matarse si se casaba con el ricacho. La niña, forzada por la voluntad paterna, se fué con el panzudo galán. No ocurrió nada. El gauchito no se mató, siguió cantando.

La dama vivió tranquila algunos años, tantos como

los que resistieron los riñones del marido. Un día el gallego empezó a hincharse; luego, pasaba semanas enteras acostado, torturado por el dolor. Ella salió al boliche a atender la clientela, y empezaron los requiebros, las miradas, las promesas. Los galancetes iban y venían, contentos. Todos comían en el mismo plato, como los perros. Una noche antes de dormirme, alcancé a escuchar a Adolfo que le contaba a Adrián cómo había poseído a la mujer, la primera vez, encima de unos sacos de sal mientras el gallego bramaba de dolor en la pieza vecina.

El hombre nunca supo la verdad. Sólo la sospechaba, y, por las dudas, arrimaba terribles palizas a la casquivana. Pero un día la hembra casi le sacó los ojos a arañazos. Desde entonces el gallego dejó de castigarla. Sólo se contentaba con insultarla, amenazándola con echarla al río a patadas. Después trajo un dependiente, el viejo del mostrador, a que lo reemplazara en sus períodos de enfermedad. Pero la mujer hizo caso omiso del viejo, quien, al escepticismo de su edad, unía una avanzada miopía y una propensión irrefrenable al celestinismo.

Y así, también, Fernando Miranda, el bolichero del Limay. Llegó muy joven a instalarse en las márgenes del caudaloso río que separa el Neuquén del territorio de Río Negro. Pasaron los años. Se hizo rico. Un día cualquiera se acostó con una india, y siguió viviendo con ella. De nada valieron la altivez y la arrogancia del conquistador. La india impuso su sello taciturno, su desaliño, su superstición. Y los mestizos que brotaron de ella, amarraron para siempre el negociante a la tierra que vino a conquistar, y que lo destruyó.

El gallego dió algunos pasos. Nos miró en silencio, temblándole los labios. Parecía un gusano enfermo, hinchado, repugnante.

—Buenas tardes, caballeros...

Barbarito Montoya y Adrián, contestaron el saludo. David Calderón se limitó a tocar con un dedo el ala del sombrero.

Adrián se acercó al gallego.

—Mire, Muerza... Una de nuestras majadas se mezcló con una de las suyas...

El gallego se subió como leche hervida.

—Y qué culpa tengo yo... Yo no puedo andar cuidando sus ovejeros... Tendrán que apartarlas solos... Yo no tengo gente para prestarles.

—No se trata de eso, Muerza. Sólo quiero que nos preste el corral. Mi gente ya viene arreando las majadas. Llegarán de un momento a otro, y necesito saber si podemos o no ocupar los bretes.

David Calderón codeó a su compañero:

—Bárbaro..., ¿metemos las manos en la "mestura"?

El aludido asintió en silencio. El gallego, después de mirar alternativamente todos los rostros, condescendió con el gesto de un hombre que hiciera un extraordinario favor:

—Bueno..., ¡qué le vamos a hacer!... Haremos un sacrificio. Pongan cuidado en la aparta... La señal de mis ovejas es una cola de golondrina en la oreja derecha...

Miró por la ventana hacia afuera. Agregó:

—¿Quieren churrasquear?... Pasen, no más... a la cocina. Y tampoco faltarán unos amargos...

A media tarde llegó el rebaño, envuelto en una nube de polvo. La masa de ovejas ondulaba como una ola elástica. A cada instante se rompía la formación de los extremos de los flancos, estirándose en apáticos rezagos. Allá iban los perros, ladrando, mordisqueando patas y rabos hasta reconstituir la perezosa majada. Ellos hacían todo el trabajo, corriendo, incansables. Los jinetes sólo se limitaban a marchar detrás del rebaño, sentados tranquilamente sobre los anchos bastos.

Cuatro horas duró la fatigosa tarea. Una por una fueron revisadas las tímidas cabezas, las redondas y húmedas narices, las orejas perforadas. Barbarito Montoya, David Calderón, mis hermanos, los ovejeros, no se dieron reposo hasta que la última de nuestras ovejas salió del corral, y la última del gallego quedó encerrada en los estrechos bretes.

Nos despedimos de nuestros amigos. Caía el atardecer cuando las reclas figuras remontaron el curso del Caleufu, rumbo al pago lejano. Y desde el mismo palenque en que amarráramos los caballos, partimos al galope.

Tararán... tararán...

Llevábamos recorrido un largo trecho cuando Adrián detuvo en seco el galope. Sofrenamos también, bruscamente. Lo rodeamos, intrigados.

—Casi se me olvida... Mi mamá nos encargó totoras para reparar el alero del fogón.

Adolfo esbozó una leve protesta:

—¡Pero ya es muy tarde!...

—¡Aunque fuera de noche!

Y torcimos la ruta.

Desmontamos junto al cañaveral, inundada depresión entre dos breves lomas, erizado de verdes y ágiles lanzas. El viento hacía entrechocar los rígidos tallos, arrancándoles quejas, persistentes y angustiosos lamentos, ululantes sollozos. Al escuchar el llanto del totoral, el trágico arrullo de las cañas agitadas por el viento, sentí como si una mano helada me arañara el corazón, como si un negro desamparo hubiera caído sobre mi vida, desconsolándola.

Allá lejos, hacia el sur, una daga de plata hería el brumoso horizonte: el río Limay, de onda poderosa, destellando en la sombra distante.

Adolfo y Adrián se sacaron las botas, remangándose las bombachas, y se metieron en el pantano. Apenas los desnudos pies chapotearon en el agua fangosa, el centro del cañaveral se estremeció sacudido por un repentino batir de alas. Una bandada de aves grises alzó el vuelo, perdiéndose en la bruma azulada.

La voz de Adrián sonó como un susurro:

—Patos...

Y al instante se agachó sobre la charca, talando los esponjosos tallos. Adolfo lo imitó. Pronto, la orilla empezó a cubrirse de totoras cortadas. Rubén y yo fuimos amarrando en gruesos atados con tientos sacados de las monturas.

Y luego, el regreso a través del crepúsculo.

Tararán... tararán...

III

Aparecí, de repente, en un país negro, desolado; en un territorio sin fronteras, siniestro, flanqueado de brumas; una región extraña, violenta, erizada de riesgos. Detrás de mí, ningún recuerdo, ninguna sensación. Delante, la noche, la muerte.

Eché a andar por el oscuro páramo. Tropecé. Caí. Sin saber cómo me encontré huyendo. Corría, corría. Ciego, desatentado. Un impulso misterioso, una llamada oscura me impelia a huir.

Sentí en la sangre, en los nervios, la presencia de un galope silencioso que me perseguía, un hálito ardiente que me quemaba las espaldas. Me invadía el terror, un terror animal, primigenio.

Todas las fibras de mi ser, todas mis sensaciones, se condensaban en un solo propósito. Huir, huir. Y de repente me encontré galopando en cuatro patas, como si el miedo me hubiera desplazado hacia el origen de la especie, transformándome en bestia, en una bestia despavorida y desdichada.

Junto a mí, de pronto, un resonante ladrido. Y luego otro. Y otro. Muchos: una jauría entera que corría, persiguiéndome. Un viento ardoroso me secaba la boca. No podía gritar.

Cuando ya presentía el pavoroso chasquido de mis huesos quebrados entre mandíbulas despiadadas, rodé.

Un suave talud arenoso protegió mi caída. Desde el fondo del embudo pude contemplar lleno de espanto un anillo de llameantes pupilas, un círculo erizado de colmillos y rojas gargantas hirvientes. Innumerables patas tanteaban la firmeza del terreno en el borde del hoyo. La arena rodaba, cubriéndome.

Súbitamente, se precipitó sobre mí un implacable alud de uñas, de dientes, de pelos, de ladridos feroces. Se me escapó un grito.

Desperté.

Era otra vez la vida. Pero, ¡cosa extraña!, los ladridos resonaban siempre, aunque lejanos. El corazón me golpeaba el pecho, a saltos. Me incorporé, y vi a mis hermanos sentados en sus camas, escuchando anhelantes. La fría y opaca luminosidad que precede al amanecer, empalidecía la expresión de acecho de sus rostros.

Adolfo saltó. El rumor de sus pisadas se desvaneció en la espesa pelambre de las pieles que cubrían la tierra apisonada, del pavimento. Por un instante, la revuelta melena de mi hermano precisó sus contornos contra la ventana de un solo vidrio.

Los perros seguían ladrando. Adolfo se puso las bombachas y las botas. Descolgó la carabina. Salió sin hacer ruido, seguido de Adrián.

Senti, fija en mí, la mirada de Rubén. La tentación era demasiado fuerte. Salimos a medio vestir. Anita y mi madre dormían tranquilamente.

El viento del alba desollaba la piel. El paisaje emergía apenas de una bruma traslúcida, disfumándose bajo lechosos cendales. El fulgor de las estrellas decrecía trémulo, lentamente.

Nuestros seis perros rodeaban la puerta del fogón, ladrando iracundos. A cada instante alguno de ellos se

alzaba, apoyando las patas anteriores en la puerta, y la rasguñaba con violentas manotadas. Nos agazapamos junto al muro. Adolfo, escondido detrás de los toneles de la enramada, emitió un apagado siseo. Los perros callaron, y vinieron a restregarse contra nuestras piernas.

Se oyeron débiles quejidos en el interior de la cocina. Allí dormía la vieja Carmen. Y suyos eran los lamentos. Adolfo salió del escondite, pero volvió a ocultarse, rápido como el rayo.

Chirrió la puerta. Me quedé sin aliento. En el hueco apareció el Mocho, amarrándose las bombachas.

—¡Quieto!

La voz de Adolfo sonó dura, metálica, como un disparo.

El ovejero, petrificado por el terror, no hizo ningún movimiento. A la lechosa claridad del alba el torvo rostro aparecía terroso, como si una capa de ceniza lo hubiera empaldecido, azulándolo. La mirada del Mocho se fijaba con estúpida, idiotizada obstinación en la boca de la carabina que apuntaba a su pecho.

Adrián cruzó por detrás de Adolfo. Entró en el fogón, seguido por Rubén y por mí. La vieja yacía en su lecho de caballetes, gimiendo, sacudida por los sollozos. Adrián se sentó encima de las revueltas ropas. Se inclinó sobre la anciana, abrazándola.

—Mamita...

Su voz tenía una extraña inflexión. Sonó tierna, cariñosa, compasiva. La pobre vieja ultrajada rodeó con sus brazos sarmentosos el cuello de mi hermano. Sobre el rostro marchito corrían las lágrimas. Pero no dijo nada. Adrián la recostó, entonces, dulcemente, como a una criatura. Acarició los ralos y blancos cabellos, alisándolos.

Salimos.

El Mocho seguía afirmado contra el muro, respirando entrecortadamente como zorro acosado. Me apiadé de su infortunio. Pero reparé, extrañado, en su vestimenta de viaje, completa. Miré hacia la destartalada tapera en que dormía. Allí estaba su caballo, ensillado, y el parejero que le regalara mi padre, listos para la fuga. El Mocho pensaba huir, seguramente, de alba, una vez consumado el atropello. Pero los perros lo delataron.

El sentimiento de piedad se esfumó de mi corazón para dejar en su lugar un acre deseo de venganza. Anhelé el castigo del Mocho. Y para eso estaban allí mis hermanos, fríos, adustos, implacables.

La carabina temblaba levemente en las manos de Adolfo. Adrián apareció en la puerta. El rostro juvenil, casi adolescente, adquirió inaudita expresión de severidad. Miró a Adolfo solemnemente, los labios apretados. Y abatió el mentón en un terrible gesto de condena.

Adolfo llevó lentamente el arma a la cara, apuntando a la cabeza del sentenciado. Transcurrieron unos segundos torturantes. Fascinado, apreté una mano de Rubén, enterrándole las uñas.

Los ojos del Mocho giraron hasta tornarse blancos. Emitió un ronco rugido, y se desplomó repentinamente. Adolfo bajó la carabina. Se puso pálido. Susurró:

—No puedo...

Adrián avanzó con los brazos tendidos. Adolfo hurtó el arma.

—No, Adrián... No manches tus manos con sangre.

Se miraron en los ojos. Adrián bajó los suyos. Luego, se inclinó sobre el caído, y le extrajo el puñal de la cintura. La reluciente hoja brilló como un relámpago. Me lo tendió sin mirarlo. Rugió:

—¡Perro!

Y le aplicó un feroz puntapié en las espaldas. El Mocho no se movió. Adrián entró en la cocina. Salió al instante con el cubo del agua, y lo volcó de una vez sobre el ovejero desmayado. El Mocho abrió los ojos, contrayéndose en un escalofrío.

Lo que siguió fué una pesadilla. Adrián levantó al miserable tomándolo de la faja, y lo partió a golpes. De cada impacto brotaba la sangre. Los puños incansables de mi hermano golpeaban como arietes, sin piedad. Boca, ojos, narices, pronto se convirtieron en una sangulnolenta papilla. El ovejero se tambaleaba, y caía. Se levantaba para volver a caer. Así se fué acercando a los caballos hasta cogerlos de los ronzaes. Con ellos de tiro se alejó lentamente, tropezando, como ebrio.

Lo vimos alejarse. Adrián seguía con las manos empuñadas, temblando. Se abrió la puerta de un rancho próximo. Por ella asomó la estampa altiva del Zorro. Tras él, los ojos legañosos del Petiso.

—¡No hay derecho!... No es de hombre castigar a un herido.

—¿Sabes tú lo que hizo este perro?

—¡Lo que haya hecho!... El hombre que es hombre pelea solo,... no así, en cuadrilla..., a la chilena.

Adolfo gritó, exasperado:

—¡Cállate, mierda!

E hizo chasquear el gatillo de la carabina. El Zorro movió los labios, pero no le salieron las palabras. Se puso blanco. Después de un rato murmuró:

—No me quedo ni un día más... No me importa perder la plata de mi trabajo. Nos vamos con el Mocho.

Y el Petiso, como un eco:

—Nos vamos...

Allá, lejos, inclinado sobre el estero, el Mocho lavaba sus heridas. Los caballos pastaban a su lado, indiferentes, mientras el sol clavaba en el horizonte sus primeras saetas.

IV

Los Arriagadas regresaron al puesto tres días más tarde.

Después del violento incidente que trastornara, en los primeros momentos, la organización de nuestro trabajo, la vida retomó su ritmo habitual. Era absurdo lamentarse sobre aquello que sólo tenía una importancia transitoria. La pampa se tragaba los acontecimientos. Nada persistía sobre ella. Había que vivir, y vivir olvidándose del ayer. Esperando los días, gastándolos, rompiéndolos, buscando el anhelo en el frío y silencioso corazón del tiempo.

La vida en las llanuras no tenía historia. Fechas, sucesos, acciones caían desmenuzados en el constante y lento devenir. Se vivía sin esfuerzo, es verdad. Abundaba lo esencial. Pero faltaba la conexión directa del hombre con el hombre; el sentimiento de solidaridad sólo abarcaba el reducido núcleo de la familia. Un poco más allá, y ya era el desprecio por la vida ajena. Era la lucha, no por la supervivencia, sino por la supremacía del instinto. Era el placer de matar por matar, a traición las más de las veces. Era, en fin, el hombre que regresaba al desenfreno, libre de trabas, perdiéndose en la impunidad de las grandes distancias. Era la vida fácil, pero alerta. Era Canaán, una Canaán erizada de puñales, en

la que, para subsistir, había que ahogar el sentimiento, desterrar la piedad, endurecerse.

Desayunábamos cuando llegaron los ovejeros.

Después de la deserción de los dos pastores, y mientras Adrián lograra contratar nuevos peones, él y Adolfo salían, temprano, a rondar las majadas para evitar que se mezclaran con otras; a comprobar los estragos causados por la voracidad de pumas e indios; o, si era necesario, a desplazarlas de un mallín a otro, cambiándolas de pastos o de aguas. Volvían al anochecer, muertos de hambre, cansados, huraños. Rubén los acompañaba. Yo permanecía en el puesto, junto a mi madre.

Masticábamos alegremente jugosas tajadas de asado. La vieja Carmen preparaba una carga de yerba en la calabaza pirograbada, taconeándola con la gruesa bombilla de plata, cuando sonaron lentas pisadas de caballos junto al fogón.

Los perros no ladraron. Mi madre exclamó, tranquila:

—Algún amigo...

Y se asomó a la puerta. Pero se entró al instante. Dijo en voz baja, temblorosa:

—Son los Arriagadas...

Adolfo y Adrián se levantaron como picados por una víbora. Salleron. Y nosotros tras ellos.

El Petiso y el Zorro, irresolutos, no se decidían a desmontar. Su gesto era de paz. No había crispación en los rostros. Las facciones se soltaban, cordiales, arrepentidas, prontas a la sonrisa.

El Zorro tendió un saludo:

—¡Buen día!...

Adrián lo encaró, resuelto, áspero:

—¡Si quieren pelea..., aquí estamos! Pero les prevengo que tenemos las manos duras... ¡y pana! No me van a entrar el habla... Donde me busquen... me encuentran. ¿Qué quieren?

—Y... ¡nada, mozo!... Volvemos al trabajo. Por una compadrada no vamos a perder nuestras ovejitas... Lo que es al Mocho... ¡debieron matarlo!... Se la prometió, mozo.

Adrián llevó la mano a la cintura. Palpó la esbelta grupa del Colt embutido en la funda del tirador. Sonrió, quebrando el hielo:

—Con este "taita" no hay cuidado, Zorro...

En todos los ojos chispeó la confianza. Eramos jóvenes. La idea de la muerte se nos aparecía remota, confusa, inexistente, aún en medio de ese clima de violencia. La vida nos arrastraba en su corriente poderosa y pura. Y nos dejábamos llevar, alegremente, sin inquietudes, sin torturarnos por el terror cósmico del aniquilamiento.

Sólo mi madre permaneció grave, pensativa. Una arruga profunda en la cruz de las cejas, revelaba su íntima, honda preocupación.

El mate pasaba de mano en mano amarrando corazones. Era, quizás, el único eslabón que unía el hombre de las pampas a sus semejantes, humanizando su salvaje raíz. El mate era el consuelo, el bálsamo que calmaba las penas, la sed, el hambre; era el vicio pequeño y cordial que desterraba melancolías y añoranzas, que aflojaba el cansancio y las saudades, esfumando la tristeza del recuerdo.

Encucillado junto al fuego, el Petiso cebaba. El Zorro, ostentoso y lento, hablaba con estudiada reserva, sin dejarse arrastrar por el entusiasmo. El interés de su relato era evidente. Nos bebíamos sus palabras.

—...El Mocho se nos desmayó dos veces en el camino..., la pérdida de sangre, creo yo... Era mediodía cuando llegamos al boliche de Miranda, con el Mocho atravesado en los bastos. Lo tendimos a la sombra de una enramada, encima nuestras mantas... Preparé agua de enebrina para curarle la cara, pero el Mocho me volcó el tarro. No quería nada... Ahí estuvimos, como zonzos,... mirándolo... ¡Hijuna!... A media tarde se levantó... Tenía la cara como charqui fresco... y, como al charqui,... le zumbaban las moscas. Entró en el boliche, y compró, primero que nada, un facón..., en seguida, una botella de caña. Vació la mitad en un vellón de lana que le dieron, y se plantó en las heridas la gruesa mota empapada... La caña le corrió hacia abajo..., se encogió de dolor... pero no chilló. Luego, se tomó la otra mitad de la botella, y ahí..., prontito no más, quedó mamado... Lo hubieran visto..., parecía loco..., ¡bicho fiero! No dejaba de hablar dándose corte... El era valiente..., era gaucho..., era rico... Y las maldiciones contra usted, mozo..., que lo iba a destripar donde lo encontrara... Yo que usted, me cuidaba... El Mocho es gaucho..., pero gaucho malo... ¡Mire!...

El Zorro mostró el tirador. Un largo tajo partía el cuero de una de las carteras.

—...Se enojó conmigo. Me trató de "peludo"..., de cobarde..., porque no lo defendí. Se acordó de la broma que le dije la otra noche, y me quiso "madrugar"... Me tiró un puntazo a la mala. Por suerte el facón "trom-

pezó" en la rastra del tirador, y resbaló para el lado, cortando el cuero. Si no es por el Petiso, ahí no más entrego las tabas... ¡Petiso lindo..., casi le quebraste la mano, del rebencazo!...

El Petiso abrió la boca. Un alegre celaje cruzó por las azules pupilas. Le bailaron los párpados. Hinchó el pecho, pero no dijo nada.

Reimos.

—...El puñal del Mocho cayó a mis pies. Lo recogí... y lo guardé. Yo soy un hombre bueno. Uso el facón nada más que para churrasquear... Una india que allí había, gritó. Salió el gallego..., ¡gallego gaucho!..., y cazó al Mocho por el cogote. Lo sacó a empellones, "pateandoló"... Desde la puerta del boliche vimos al Mocho cruzando el río, en balsa, con los caballos a nado... El peón del balseadero contó, después, que lo vio agarrar rumbo de los toldos tehuelches... El Mocho debe ser indio, creo yo...

El Zorro vació el mate de dos chupadas, haciendo sonar en la bombilla el burbujeo del aire sorbido a través de la yerba enjuta. Hizo una pausa. Levantó los ojos hacia el techo tratando de recordar algo.

—¿Qué día es hoy?...

Mi madre sonrió. Llevaba las fechas en la punta de los dedos. Era el calendario del puesto. Su prodigiosa memoria salvaba las lagunas que la vida de la pampa socavara en nuestras mentes. Arrugó las cejas, soltándolas luego en un gesto de alborozo.

—¿Hoy?... Pero si es trece de Octubre. Mañana es el cumpleaños de Anita. ¡No lo olviden!

El Zorro se pegó una palmada en la frente.

—Y ahora viene lo bueno..., ¿sabe?... Para el día

de Todos los Santos tendremos una pelea "fenómeno" en el corral de Miranda.

—¿Eh?

—La verdad, mozo. Ya están haciendo el brete...

¿Sabe de qué se trata...?

Nos miró, sonriendo. Yo estaba que ardía. La curiosidad corría por mi cuerpo como una lluvia de agujas.

—¡La gran pucha, Zorro..., habla de una vez!

—El Zorro gozaba, haciéndose el desentendido.

—¿Cómo se llamaba el gauchito aquel que nos ayudó en la aparta de la majada de Muerza?

—Barbarito Montoya...; pero, ¿qué tiene que ver?...

—“Esperesé”... No dispares como bagual, mozo...

El gauchito ése, callado como era, y todo,... atrapó un puma a lazo, la misma noche del día que lo conocimos...

Es cierto que lo ayudó don “Daví”... pero la hazaña fue de él. Iban caminando tranquilamente por la orilla del

Caleufu, cuando..., al enfrentar un chaparro de chachayes..., saltó el bicho, huyendo..., y el Barbarito de-

trás, lazo en mano... De repente,... la pialada. El tirón casi cortó el lazo... El bicho daba vueltas como

churrasco, rugiendo, chicoteando el aire, tratando de zafarse a estirones, golpeándose contra el suelo... Don

“Daví” le erró dos veces,... hasta que lo laceó del cogote. Así lo aseguraron. Figuresé... Lindo ¿no?... Y

todo, de noche..., sin más candil que las estrellas... Cruzaron Alaleicura entera, “cabresteando” al bicho, y

amanecieron en el boliche de Miranda con la intención de venderlo. Pero el gallego no se interesó. Ya habían

decidido sacrificar el puma, cuando el indio Paentrano, que llegó en esos momentos, les propuso cruzarlo en pe-

lea con un novillo alzado que él tiene. El gallego escuchaba... Vió el negocio, y ofreció el corral... El gau-

chaje está que salta,... y la indliada, loca. Aun cuando faltan muchos días, el gallego ya está construyendo el brete... Al bicho lo mantienen a media ración, encerrado en una jaula de troncos. Está hambriento y furioso. Lo miramos por las rendijas.... ¡y nos tiraba cada manotada!... Los indios van a traer el toro el día antes del encuentro, para no resabiarlo...

Adrián nos miró, meditabundo.

—Un puma... y un toro... Debe ser algo interesante... y salvaje. Iremos a ver eso...

V

Esa misma mañana, después que los Arriagadas retornaron a su habitual labor de ovejeros, Adrián proyectó un viaje al boliche del Caleufu con el objeto de adquirir algunos regalos para Anita.

Registrando por aquí y por allá logramos juntar algunas monedas que entregamos a Adrián. Mi madre agregó otras. El dinero era también necesario en la pampa, y, tal como en el resto del mundo, constituía allí una divinidad cruel y fatal que sometía el corazón del hombre a su duro imperio, tornándolo rapaz, gélido, incommovible.

Comer, necesidad elemental, no significaba problema alguno. La carne brotaba de la tierra, profusa, generosa: los vastos coironales, los interminables mallines, se transformaban incesantemente en lentas y móviles olas: las majadas. La tierra solitaria, escasa de hombres, se poblaba de rebaños en constante renovación.

Pero había que comprar todo lo demás. En los boliches no aceptaban ovejas, sino dinero, monedas, billetes, nacionales molidos por la avaricia, por el manoseo, por el tiempo.

Partimos alborozados. No teníamos prisa. Eramos los dueños de los instantes fugaces; las horas nos entregaban, sumisas, su claro contenido, y no había quien nos pidiera cuenta del tiempo gastado. Además, cinco leguas para el habitante de las pampas son apenas como la vuelta de la esquina para los moradores de las ciudades.

La pampa aniquilaba toda noción de longitud. No se podía hablar de leguas o kilómetros para referirse a la medida de la distancia, sino de horas, de días, de semanas. Era el tiempo venciendo al hombre, a su sentido de las limitaciones; creando en él, para compensarlo, informes larvas de abstracción.

El hombre tenía que condicionarse a las solicitudes del medio para poder vivir. Hasta sus elementos exteriores obedecían a esta necesidad: el sombrero de ala corta para aflojar la resistencia al viento; las amplias bombachas atenuando la mordedura del frío y el áspero roce de los duros recados; los bastos, montura autóctona, amplia como un lecho, propicia al largo viaje, y con la cual el gaucho venció la llanura interminable, enfrentando la disyuntiva de someterla o perecer.

Sólo Adrián y mi padre utilizaban la montura de bastos. Adolfo, Rubén y yo, montábamos en cascos chilenos, sobre todo Adolfo, para quien resultaba imposible sostenerse en los bastos cuando perseguía avestruces devorando la pampa a fulgurante velocidad.

—¿Galopemos?

—Galopemos...

Era hermosa la vida. El sol de la pampa hacía bri-

llar las finas agujas del coirón, las agresivas espinas de los neneos, destellando en las partículas cuarzosas de la arena, residuo apagado de lo que en otro tiempo fuera tal vez un jubiloso hilillo de agua cruzando el agrio corazón de la llanura.

Galopamos siguiendo el surco apenas visible de la huella, leve rastro insinuado en la piel oscura de la pampa por la rueda bravía de los carros entoldados o por las apretadas pezuñas de los arreos. Los caminos no existían. Quizás la pampa fuera, toda ella, un único, un ancho camino por donde el hombre rumbeara hacia la esperanza, o hacia el fracaso.

Subimos al galope por una breve loma. Atisbamos desde su cima, en el primer plano, una nutrida manada de grandes avestruces. Sofrenamos simultáneamente los caballos. Las enormes aves parecieron asombrarse; estiraron los largos cuellos, mirándonos en una actitud que semejaba curiosidad.

De pronto, como tocados por súbita inspiración, volvieron grupas y se derramaron por el extenso mallín, matra verde tendida hasta los confines del horizonte. Corrían a grandes zancadas, ondulando frenéticamente los abanicos de las alas y de las colas, transformándose en blancos imposibles, cambiantes, esquivos, hurtando el cuerpo en giros vertiginosos a la codicia del cazador.

Vacilamos sólo un momento, y picamos detrás de Adolfo, que bajaba como un relámpago por la suave ladera.

Los avestruces corrieron juntos un breve espacio. Luego, apremiados por la amenaza que se les iba encima, se dispersaron por el ancho mallín, abriéndose en una fuga despavorida. Sólo uno siguió en línea recta, un ejemplar de patas poderosas e incansables, y en el

que Adolfo clavó su atención y la carrera del overo que montaba.

Corrimos detrás de Adolfo. El viento me azotaba la cara. Revolaban las crines de mi corcel tendido en formidable atropellada. Me poseía por entero la emoción de la lucha que se desarrollaba ante mis ojos, lucha perdida y ganada de antemano: perdida por el ave cuyo esfuerzo en escapar sería inútil; ganada por el hombre, apasionado y diestro. Y cruel.

No obstante, admiré una vez más la apostura de mi hermano, inclinado hacia adelante para aminorar la resistencia al viento, procurando acortar la distancia que lo separaba del avestruz.

Nosotros corríamos detrás, rezagados.

Adolfo ganaba terreno, sensiblemente. Cuando estuvo a conveniente distancia del ave fugitiva, volví a observar el espectáculo tantas veces visto: el rápido esguince para desenganchar las boleadoras sujetas a la cintura, el torso esbelto y fuerte girando armoniosamente a compás del brazo torcido en el remolino de la boleada. Segundos después, las tensas cuerdas terminadas en bolas de plomo arañaban el aire, silbando amenazantes, rectas hacia el pescuezo del avestruz.

Sentí un estremecimiento. Pestañeeé. Imaginé el ave en el suelo, pataleando, enredada en las diabólicas cuerdas, agitándose en angustiosas convulsiones.

Pero no. El avestruz seguía corriendo. Adolfo había errado el tiro. Las boleadoras pasaron por encima de la corredora, enterrándose en unos matojos de colrón.

Adrián corría a mi lado. Advertí su boca apretada en una risa contenida, burlona. La pulla voló, regocijada, en un grito:

—¡Chambeooo!

Adolfo se encogió en la montura, sin volver la cabeza, y hundió las espuelas en los ijares elásticos. El ovejero avanzó a saltos, casi sin tocar la tierra, descontando la ventaja que sacara el avestruz de la sorpresa provocada en mi hermano por el tiro frustrado.

Adolfo corría, corría tendido sobre el pescuezo del caballo. Pensé en que, acaso, pretendiera cazar el ave con las manos, tal era su afán en correr.

De repente, lo imprevisible. Adolfo levantó un brazo a la altura de los ojos. Brilló el cañón niquelado del "Smith y Wesson" que sacara de la funda con rápido movimiento, y dos secos ladridos escupieron su mensaje letal.

El avestruz tambaleó. Detuvo la fulgurante carrera en trágica vacilación. Dió tres o cuatro pasos, trastabillando, y se derrumbó de lado en angustioso desplome.

Cuando, a todo correr, llegamos a su vera, aún temblaban levemente las plumas de las alas. El largo cuello yacía por tierra, retorcido, inmóvil, como una serpiente muerta. Los ojos aparecían blancos, opacos, velados por lechosa película.

Los caballos tiritaban, agitados por la ruda carrera. Adrián cruzó las manos sobre el arzón de la montura, y exclamó, risueño:

—¡La gran pucha..., qué puntería, hombre!...

Observó con detención la yerta corredora.

—...Bueno..., y... ¿dónde diablos le pegaste el balazo?... No se le ve sangre por ninguna parte.

Adolfo, trémulo por la carrera y la tensión, sólo atinó a descabalar. Empujó el avestruz con la punta de la bota, dándolo vuelta sin miramientos: era un macho de grandes dimensiones, de largas patas enjutas y duras

como hlerro. El plumaje aparecía escaso y como quemado. Un gesto de desdén crispó los labios de Adolfo.

—¡Tanto boche por un pedo!...

Y rió.

—¿Sabe que está bueno?...

Se inclinó, y cogió el ave por las patas. La examinó cuidadosamente, haciéndola girar, buscando la herida. Las amarillentas plumas abanicaban el aire, témblorosas, vencidas.

—¡Ja... ja... ja!... ¡Miren!

La bala, por extraña casualidad, había penetrado en el avestruz por el orificio anal, destrozando las vísceras. Apenas un poco de sangre que enrojecía los bordes de la cavidad denotaba la huella del balazo mortal.

Adolfo investigó con detenimiento las plumas. Eran ralas y viejas. Sentí una vaga aprensión, un desasosiego íntimo que tocó, fugazmente, mi alegría al darme cuenta del sacrificio inútil.

Adolfo desechó de un puntapié el cuerpo yerto. Montó de un salto y partimos al galope en busca de las boleadoras.

En la embriaguez de la carrera, mientras el viento azotaba la pampa con sus olas transparentes y la envolvía en su malla aleteante, olvidé mi desazón y me entregué entero al placer inusitado de vivir. >

Orillamos al paso de los caballos una gran extensión sembrada de menucos. Las cabalgaduras sorteaban, inquietas, tensas las orejas, la artera amenaza del tremedal. De pronto, allá en medio del pantano, trepada

sobre un montículo, surgió la estampa enhiesta y grave de una lechuza que nos miraba curiosa y confiada.

Adolfo llevó las manos a las boleadoras. No alcanzó a desengancharlas: lo detuvo un grito de Adrián. Hubiera sido imposible recuperarlas desde la tembladera. Detuvo el caballo, entonces, como meditando; extrajo el revólver, y apuntó cuidadosamente.

Sonó un seco ladrido. La bala levantó una leve columna de agua junto al pájaro, sin herirlo. La lechuza, asustada, lanzó un sordo chillido y levantó el vuelo, un vuelo torpe, pausado, esponjoso. Al pasar por encima de nuestras cabezas expelió un ohorro excrementicio, una ráfaga inmunda que el viento dispersó como lluvia asquerosa sobre nuestras personas.

Nos agachamos simultáneamente, tratando de evadirnos de la inesperada rociada. No obstante, algo recibió cada uno. Nos limpiamos con nuestros pañuelos, en medio de risas y maldiciones.

Mateábamos en torno al fogón del gallego Muerza mientras un churrasco giraba, asándose.

Era la ley de la pampa. Cada fogón de la inmensa llanura semejaba una posada acogedora, una fonda cariñosa y cordial. Allí, el viajero desconocido llegaba como a su casa, sin ser interrogado, sin preguntar nada. El churrasco y el mate daban forma a la hospitalidad pampera, prodigándose sin tasa, sin reticencias, generosamente.

El gaucho de alma simple, el criollo cándido brotado al choque de los primeros conquistadores con la indolada montaraz, eternamente atraído por los horizon-

tes abiertos, errante y quejumbroso, ingenuo en el amor, feroz y vengativo en la lucha, cruzaba las pampas sin pena ni temor. Caía en los puestos para reponerse de la fatiga de los largos viajes. Después, rodaba en busca del anhelo, persiguiendo la quimera custodiada por las lejanías, hasta encontrarse con la muerte y el olvido.

Cuando entramos en el boliche de Muerza, el gallego, ayudado por su mujer, desempacaba unos gruesos atados de bombachas. Al vernos entrar, la mujer nos lanzó una rápida mirada, y, al reconocer a Adolfo, huyó hacia adentro en un apretado revuelo de faldas y de trenzas de azabache. Durante largo rato quedó flotando en mi mente, como un perfume penetrante, la imagen desdibujada de unos ojos negros, de una boca roja y frutal, de un tallo violento y fugitivo.

El gallego nos miró gravemente con sus grandes y tristes ojos de lechuza. Adrián se acercó al mostradorcillo.

—Cómo va, Muerza..., ¿qué tal la salud?...

—Así, así, no más... Cambiando pan por charqui...

Afirmó las dos manos en la cintura, los pulgares hacia adelante y las palmas hacia atrás. Se retorció un poco. Crispó los labios en un gesto de dolor.

—...Los riñones, hombre..., me tienen jodido. Ni siquiera puedo montar a caballo... Cada día se me pierden más ovejas... ¡Me las roban, hombre..., me las roban!...

Movió la cabeza. El desaliento le aflojaba las facciones como si de repente hubiera enflaquecido.

Adolfo esbozó un gesto de incredulidad.

—Pero... ¿cómo?..., ¿quiénes le roban?...

—¡Y qué sé yo!... Los indios..., los chilenos...

El rostro de Adrián se endureció instantáneamente.

—¿Eh?... ¿Sabe que es "hocón" usted, Muerza?...

Se acercó al gallego. Cruzó los brazos casi a la altura de los hombros, desafiante. Murmuró roncamente:

—Me va a dar explicaciones al tiro... Si no, le voy a hacer tragarse la injuria. Usted ha insultado a mi madre, a mi padre..., a mí, a mis hermanos... ¡Carajo!... Usted conoce el Neuquén tanto como yo... A lo largo y a lo ancho mis compatriotas han poblado sus llanuras, reduciendo a la indiana indómita, creando riquezas, sufriendo... Mi raza vale tanto como la suya, Muerza... Ahí está mi padre, el viejo Artigas... Y Gustavo Delano... y David Calderón..., y el zunco Mellado... y el "gaucho" Pinares, que de gaucho tiene sólo el nombre, porque es tan chileno como yo... Y mi madre... ¡Dios la bendiga!... Quiero, como ella, regresar a Chile... Allá no seremos extranjeros..., allá, nadie, nunca, ningún carajo nos tratará de ladrones...

Escuché estupefacto la apasionada requisitoria de mi hermano. Las palabras brotaban elocuentes y orgullosas.

El gallego miraba sorprendido. Seguramente trataba de encontrar una réplica digna, que le diera la sensación de haber impuesto su mentalidad de conquistador ante el nativo indignado. Adolfo lo sacó, inesperadamente, del apuro; volviéndose hacia Adrián dijo como a su pesar:

—No quiero disgustarte..., pero... no siento ningún deseo de volver a Chile.

—¿Cómo?... No comprendo lo que dices... ¿qué razón tienes para pensar así?

—No sé... Son cosas confusas..., voces oscuras..., imágenes de mi infancia herida por la pobreza... ¡qué sé yo!... Nunca he podido apartar de mi mente el re-

cuerdo de aquella mañana en que nos incendiaron la casa para echarnos de lo que era nuestro..., el recuerdo de aquel gringo soberbio e inhumano... Aquí en la pampa quisiera tenerlo, ahora... ¡Lo haría correr, che!...

—No seas niño... Aquí tampoco tenemos nada seguro... La pampa no es nuestra... Es una maldición... La tierra nunca pertenece a quien la trabaja... Además..., ¿recuerdas cuando nació Anita?..., ¿cuando salimos, de noche, en busca de bosta fresca de los caballos..., por consejo de doña Carmen..., para darla hervida a mi madre agonizante?... No. No quiero que esto vuelva a ocurrir... En esta tierra, si no se acaba violentamente, se muere abandonado como un perro.

Adolfo suspiró:

—Sí, Adrián... Quién sabe... Tal vez tengas razón...

El gallego escuchaba. El incidente se había desviado. Viendo que Adrián no persistía en la amenaza, recuperó su actitud confiada. Reapareció el comerciante.

—Bueno, Adrián..., no se enoje. No crea..., a mí también me gustaría regresar a mi tierra... Pero, ¡qué le vamos a hacer!... Machacar, no más, machacar... Y... ¿qué los trae por aquí?

Adrián soltó el ceño. Una alegre sonrisa vagó por sus ojos grises.

—Mañana es el cumpleaños de Anita. Queremos hacerle un regalo..., ¿qué nos puede ofrecer, Muerza?

El gallego pensó un instante. Luego, sin decir nada, se inclinó lentamente, buscando algo en ciertos cajones que por ahí estaban. Se alzó con un paquete en las manos; lo desenvolvió encima del mostradorcillo con gesto alborozado y curioso. Apareció, entonces, una her-

mosa muñeca de boca pintada y ojos azules en un rostro de porcelana casi transparente.

—La traje hace años para mi nena. Tenía la seguridad de que mi primer hijo sería nena... Pero no nació nena... ni nada. En fin..., ¡qué le vamos a hacer!... Llévela no más, Adrián. No le cuesta nada. Se la regalo.

Observé en el rostro del gallego la sombra de una tristeza indefinible. Esperanzas truncas, imposibles anhelos, sueños desvanecidos, emergían en sus pupilas que sé velaron de pronto en la contemplación de imágenes internas como si escuchara misteriosas resonancias, oscuros mensajes extinguidos.

Retornó lentamente a la realidad, encogiéndose de hombros. Adrián musitó gravemente:

—Gracias, don José...

Cogió la muñeca de manos del gallego, y la entregó a Rubén. Agregó:

—Vuelvo en seguida...

Salió. Regresó al cabo de un momento. Traía su lazo trenzado, nuevecito, brillante, hecho por él mismo en laboriosa tarea.

—Téngalo, don José..., por favor. No tiene otro mérito que haber salido de mis manos...

El gallego tomó el lazo. Lo examinó con detención, reparando en la prolijidad del acabado.

—Gracias, che... ¡Vaya!... No valía la pena... En fin..., ¡lindo no más!

Y acto seguido nos invitó a churrasquear.

VI

—¡Malhaya sea nunca!...

La voz de mi madre sonó irritada, quejumbrosa, y, por último risueña. Con el mate en la mano se volvió hacia doña Carmen que, encucillada junto al fuego, arrancaba a estirones las plumas de una gallina.

—Doña Carmen..., ¿qué vamos a hacer ahora?... No queda ni pizca de yerba. Estaba segura de que esta barrica tenía yerba..., y resulta que era de sal.

La vieja se enderezó trabajosamente:

—¡Por Dios, señorita!..., ¡qué desgracia!... Cuando me falta el mate me duele la "caeza".

—Aun cuando nos haga falta, lo nuestro es lo de menos, doña Carmen. Hay que pensar en los hombres... Sin mate se ponen furiosos... ¿A ver?... ¡Patito!...

Terminé de abrocharme la rastra del tirador que me regalara Adrián no hacía mucho. Cerré con lentitud sus carteras de cuero. Luego, parsimoniosamente, recogí desde el suelo mi "cabo blanco", y lo introduje dentro de la vaina ajustada en una ranura del ancho cinturón.

—¡Rafael!

El grito me hizo saltar. Corrí. Sentí cómo el tirador me oprimía la cintura. Junté los talones y me incliné en una reverencia delante de mi madre. La vi sonreír.

—Mira..., "cohecucu"....

Era una palabra inventada por ella y que, según la entonación que le diera, significaba alabanza, censura o enojo.

—...Alcanza hasta el rancho de José Bravo, y dile que nos preste una bolsa de yerba, por pocos días... Vuelve pronto..., no te vayas a quedar comadreando...

Salí del fogón andando a lo compadrito: cimbrando el cuerpo y abriendo a cada paso las rodillas hacia afuera. Alcancé a oír la voz cascada de la vieja Carmen:

—¡Aguaité, señorita... Aguaité al niño..., parece un puro chey!

Reí, jubiloso. Empecé la carrera hasta el mismo borde del barranco socavado por el estero. Miré hacia el mallín que se abría delante del cañadón. Por allí habían partido mis hermanos, momentos antes, a vigilar la labor de los ovejeros.

La mañana era brumosa. Un poco más allá, un muro impalpable me separaba del paisaje habitual, borrando el contorno de las cosas, esfumándolas bajo densas masas de niebla. No logré ver nada.

Llevé dos dedos a la boca, y un penetrante silbido horadó la espesa muralla de bruma. Esperé unos momentos. Volví a silbar.

Un pensamiento fugaz cruzó por mi memoria; me acordé de mi padre. El me había enseñado paciente-mente a silbar así.

Un ruido de pisadas, un sonoro batir de fuertes cascos golpeando la piel dura de la pampa, aventó instantáneamente la fugitiva evocación. Miré ansioso hacia todos lados. El sonido parecía llegar desde diversas partes, hasta que, de pronto, removiendo flotantes cendales de bruma, apareció mi malacara como si surgiera mágicamente rasgando los grises lienzos de un opaco paisaje vertical.

Acaricié las largas crines desplazando mi mano por la gallarda alzada. La bruma había dejado allí su hue-

lla líquida. Retiré mi mano, mojada. Palmoteé el recio cuello y me dirigí hacia la parte trasera del fogón. El caballo me siguió como un perrillo, agitando el grueso penacho de la cola.

Saqué mi recado, y lo acondicioné diestramente sobre los lomos tranquilos. Y partí al galope, creyendo hundirme en la niebla. Pero el paisaje se iba abriendo delante de mí.

Cruce huellas conocidas, rastros familiares, sorteando las apretadas matas de los neneos, seguí a lo largo de un hilo de agua que me condujo rectamente a mi destino: el rancho de José Bravo, surgiendo de la bruma con su techo de totora por donde escapaba el humo del fogón.

Dos o tres perros salieron a recibirme, ladrando. Tras ellos apareció la fornida y perezosa figura de José Bravo, cubierto con un poncho negro.

José Bravo era un hombre sin suerte, o, mejor dicho, sin voluntad. Fugitivo de la justicia chilena por un robo insignificante, atravesó la cordillera y vagabundéó por el Neuquén, buscando donde colocarse. Después de muchos tanteos e indecisiones, se contrató como ovejero con el gaucho Pinares.

Pero José Bravo era un pésimo servidor. Los pumas, indios y las epidemias se cebaban en las majadas puestas bajo su cuidado. Sí. Indudablemente era un hombre sin suerte. No obstante, José Bravo no movía un dedo para modificar las absurdas fuerzas que arrastraban su existencia. Vivía con una mestiza que aniquilaba sus escasas ambiciones. La mujer, sensual y perezosa, heredó del padre blanco una extraña coquetería; la falta de hijos la empujó, instintivamente, a esclavizar la voluntad del hombre para no perderlo. Todo el tiempo

fingía misteriosas enfermedades, extraños males que, sin embargo, no apagaban en ella la furia sexual. Pasaba en cama la mayor parte del tiempo. José Bravo hacía la comida y atendía los menudos menesteres caseros. Mientras tanto, las majadas puestas bajo su vigilancia discurrían libremente por la pampa, mermándose, perdiéndose.

—¡Don Rafaelito..., desmóntese!

José Bravo era un hombre joven, robusto, de rasgos indígenas. Los altos pómulos apretaban los párpados en una estrecha ranura. Los gruesos labios dejaban ver, al reír, un rosario de dientes poderosos, separados entre sí, lo que confería a la negra boca un gesto de animalidad.

—¡“Abajesé”, patroncito!...

Se acercó a mi caballo y me bajó de la montura como si fuera una paja. Entramos al rancho. En la misma entrada, un tufillo agradable y estimulante me golpeó las narices.

Allá, en un rincón, sentada sobre el camastro, la mujer de José Bravo tomaba mate. En cada sien ostentaba un parche de hoja. Al levantar los brazos para rebozarse con un poncho, asomó la espesa pelambre de las axilas como negros y retorcidos yerbajos. Flotaba en el cuarto, mezclado con el aroma incitante de la carne asada, un olor extraño, agrio, como de ovejas mojadas.

Todo era obscuro y miserable. El hollín colgaba de las vigas en humosas estalactitas. De un gancho amarrado en las vigas pendía un costillar de oveja. Aquí y allá, miseros trastos.

En el centro de la pieza, el fogón. Una pavita estropeada soltaba intermitentes chorros de vapor. En

medio de las brasas, asándose en su propia caparazón, un "peludo" chirriaba, emitiendo apetitosas emanaciones.

José Bravo desgarró con su puñal el vientre del armadillo y vació allí una chorreada de salmuera. Luego, con dedos precavidos, extrajo una costillita humeante. La sopló, enfriándola; la llevó a la boca; los labios chasquearon, golosos. Sacó, entonces, la bestezuela del fuego, y la depositó con cuidado encima de una calavera de vacuno que servía de escabel.

Ayudándose del cuchillo separó un grueso trozo que llevó a la mujer en una cazuelita saltada.

—“Atraquelé”, patroncito... El peludo está como se pide...

Realmente era un plato exquisito, una carne tierna, sabrosa, de sabor especial, distinto en todo al de la oveja. Comí discretamente. Había churrasqueado en mi casa no hacía mucho, y me encontraba satisfecho, sin mayor apetito.

José Bravo chupaba los huesos, relamiéndose la boca; por las comisuras de los labios escurriánle chorros de aceite que pronto le embadurnaron el mentón, abriñantándose. La mujer, inclinada sobre las rodillas, comía con gula, sin alzar los ojos.

—¡“Buenazo” el peludito!... ¿no?...

Yo los veía comer. Era un espectáculo extraño el de aquellas incansables mandíbulas desplazándose de arriba abajo, y hacia los lados, triturando huesos, cartílagos, nervios. Observé durante largo rato. Me sentí aburrido. Bostecé.

—Mire, don José Bravo, manda a decirle mi mamá si puede prestarle algo de yerba..., por pocos días.

—¡Cómo no!... Lo que guste mi patroncita.

Abrió, entonces, la boca de una bolsa, sosteniéndola con las dos manos. José Bravo alzó un saco y estirando la abertura dejó caer por el extremo inferior un chorro verde, polvoriento, que me hizo estornudar.

—¿Estará bueno?...

Ante mi gesto afirmativo, José Bravo detuvo bruscamente la cascada olorosa.

Miré a la mujer en su rincón. Había terminado de comer. A los pies del lecho aparecía la cazuela con un montón de huesos chupados y mascados.

Me despedí de la mujer con un movimiento de cabeza. Contestó mi saludo con una inclinación imperceptible, y volvió a arrebuarse. Alzó los brazos. Aparecieron de nuevo los oscuros matojos de las axilas.

¿Qué pensamientos cruzarían detrás de ese rostro de piedra inexcutable? ¿Qué anhelo, qué esperanzas lograrían entiblar esa alma pétrea, ese espíritu helado por la lentitud interminable del tiempo?

Esfinge indígena, de piel de terracota y ojos temerosos, para ella la vida transcurría sin vibración, sólo sacudida por las sollicitaciones elementales del instinto. La superstición, heredada de los ancestros nativos, maceraba su alegría, dispersándola, aventándola, dejando en su lugar una sorda y definitiva tristeza.

Cuando salí del rancho la bruma se disolvía a prisa, fustigada por el ardiente soplo del sol. Sólo unos leves cenitales, prendidos a los neneos, giraban lentamente, disminuyendo cada vez más, hasta desaparecer en el aire tranquilo.

José Bravo amarró la bolsa de yerba al arzón de mi mortura. Me ayudó a montar en seguida, levantando sin esfuerzo alguno, mis treinta kilos.

—¡Hasta ahora, don José Bravo!...

—¡Hasta ahora, patroncito!...

Partí al galope. Corría por tierras que eran mías, por campos que siempre tuve ante mis ojos, por llanos familiares, habituales, en donde rodó mi infancia, pura, dichosa, sin otros muros que los horizontes abiertos desde cuyos filos los cielos lanzaban sus flechas ardientes, o sus lluvias tenaces, o el frío mensaje de la nieve.

Ese era mi mundo. No podía imaginarme otro. Allí hubiera deseado vivir siempre, acaso queriendo lo imposible, mas, también, hurtando mi alma al sufrimiento que engendra la vida en los grupos humanos de las ciudades empapados de envidia, de vanidad y de ambición.

Pero yo era sólo un niño. ¿Qué juicio podría formarme acerca del universo que me rodeaba? Además, ese universo, formado por mis hermanos y mis padres, estaba a mi disposición. Yo era su dueño, un dueño de deseos minúsculos, primitivo, intacto.

Corría, corría, jubiloso. Quería llegar pronto a mi hogar, y abrazar a mi madre. Abrazarla. ¿Por qué no? Ella estaba en el primer plano de mis sentimientos, en la profundidad de mi esperanza, más allá de la superficie de mi anhelo.

De pronto sentí sed. Desmonté, entonces, junto a una vertiente. Me saqué la boina, y en el mismo momento en que me tendía sobre los bordes para hundir mi rostro en el agua transparente, sentí en los cabellos el golpe de algo así como un pequeño pedrusco que rebotó en mí y saltó hacia el agua, rompiendo su claro cristal.

Era un insecto extraño, alado, de grandes dimensiones. Sus duras y acodadas patas revolvían el agua desesperadamente, procurando saltar. Nunca había visto

nada parecido. Lleno de excitación, temblándome las manos, extraje un piolín de mis bombachas y, haciendo una lazada, capturé el insecto atándolo del tórax. Aseguré cuidadosamente el nudo y tomando el hilo del extremo libre deposité el insecto sobre el suelo. Apenas sus patas se apoyaron en la tierra, saltó bruscamente, con un brinco prodigioso. La sorpresa me hizo soltar el piolín, pero lo recuperé casi en seguida. Suspendí, entonces, el insecto y lo atrapé dentro de mi boina, la que amarrré, envolviéndola, con el cabo de la misma cuerda.

Era mediodía cuando llegué al puesto. Desde lejos vi los caballos de mis hermanos amarrados al palenque.

Paré en seco el galope junto a la enramada, levantando una nube de polvo. Ladraron los perros, acogiéndome. Desmonté de un salto. Mi madre se asomó a la puerta del fogón.

—Por Dios, Patito..., has echado la mañana entera... No se te puede mandar a ninguna parte...

Desató la bolsa de yerba. Me miró con detención.

—Límpiate las narices... Ponte la boina..., vienes todo chasconeado... ¿Qué tienes ahí?

—¿Dónde?

—Ahí..., ahí en la boina.

Oculté la gorra detrás de mi espalda. Mentí:

—Nada, mamá.

Entré al fogón. La vieja Carmen asaba el churrasco del almuerzo; la carne giraba ensartada en el largo asador, chirriando. Adrián fumaba en silencio, sentado en un rincón. Adolfo trenzaba el botón de un lazo, cru-

zando y entrecruzando varios tientos. Rubén tenía en brazos a Anita, mientras la chica lo tiraba del pelo, riendo.

Me detuve en la puerta. Miré hacia todos lados. Nadie reparó en mí, excepto Rubén. Le guiñé un ojo, y salí. Dejó la niña en el suelo, suavemente, para seguirme.

Nos encaminamos hacia la parte trasera del fogón. Allí solté el lio de la boina, y apareció otra vez el insecto. Lo hice saltar; cada vez que tocaba el suelo se elevaba como disparado por un resorte, abriendo las alas, cuatro alas transparentes que se cerraban apenas el largo del piolín limitaba su vuelo. En cierto momento quedóse quieto. Nos inclinamos para observarlo desde cerca. Extasiados en la contemplación, no sentimos cuando Anita se inclinó a nuestro lado, curiosa.

Antes de que la niña pudiera moverse, el insecto saltó en su dirección, prendiéndose en los flecos de su vestidito de lana.

Anita chilló, asustada, y huyó gritando.

Mi madre salió corriendo del fogón. Tomó en brazos a la niña, procurando calmarla. Anita hipaba, sacudida por los sollozos. Señaló hacia donde yo estaba:

—¡Cuco, mamita!... ¡Cuco, mamita!...

Mi madre se me acercó, severa. Yo había recogido la soguilla, y mantenía el insecto oculto detrás de mí.

—¡Rafael..., muestre las manos!

—Si no le hice nada, mamá... Se asustó sola...

—¡Muestre las manos!

Me sentí dominado. Saqué las manos. El insecto se balanceaba colgado del piolín. Al verlo, mi madre se puso pálida. Dijo en voz baja, como aspirando las palabras:

—Dios mío..., ¡la voladora!

Y huyó hacia el fogón.

—¿Por qué se asustó mi mamá, Rubén?... ¿Qué cosa es la voladora?

Rubén se encogió de hombros. Tampoco lo sabía.

Dejó el insecto sobre el suelo y antes de que volviera a saltar lo despachurré de un taconazo. Ahí quedó, aplastado. Limpié el taco de mi bota enterrándolo a medias y haciéndolo girar.

En ese momento llegaron Adolfo y Adrián.

—¿Dónde tienes la voladora?

Mostré los restos aplastados, Adolfo se agachó sobre ellos, observándolos. Escupió.

—Sí..., es la voladora... Se va a joder el alfalfal...

Tomé una mano de Adrián.

—Oye...

—¿Qué...?

—¿Qué es la voladora...?

—La langosta, Rafaelito... Una plaga terrible. Cada siete u ocho años baja hacia el sur... Viene desde muy lejos..., del Chaco, unas selvas inmensas del norte... Avanza destruyendo pastos, sementeras, follajes... ¿Dónde encontraste esa que acabas de matar?

—A medio camino de José Bravo. Cayó en el agua de una vertiente. Ahí la cacé.

—¿Había otras?

—No. No ví ninguna más.

—Bueno. No perdamos tiempo. Vamos a acarrear toda la bosta seca para colocarla en un cordón alrededor del alfalfal. Cuando llegue la voladora, le prendemos fuego. El humo puede hacerlas arrancar...

Adolfo levantó las cejas, escéptico.

—Tiempo perdido, che... ¿No te acuerdas del año en

que llegamos?... La voladora se comió hasta las totoras del techo.

—No importa. Hay que hacer algo.

Durante toda la tarde transportamos la bosta que recogíamos en el buen tiempo para utilizarla como combustible en el invierno. Mi madre, mis hermanos, los ovejeros, la vieja Carmen, todos nos dedicamos a la tarea, acarreando en bolsas saleras el seco excremento.

Después que un cinturón de combustible quedó delineado en torno al alfalfal, mis hermanos y mi madre permanecieron quietos, atisbando el horizonte, en actitud de espera. Los rostros adquirieron una, extraña inmovilidad, como si una expresión acechante y resignada los hubiera helado de repente.

Ese día no ocurrió nada.

Al día siguiente los ovejeros salieron como de costumbre. Sólo mis hermanos no se movieron, esperando. Tarde ya, al caer el crepúsculo, atisbamos en la altura el revoloteo de unas cuantas langostas que pasaban, empujadas por el viento.

Adrián exclamó, iracundo:

—¡Carajo..., mañana estarán aquí!...

Era mediodía. Me dolían los ojos de tanto mirar el horizonte, cuando, de pronto, allá lejos, ensombreciendo tenuemente el cristal puro del cielo, una mancha oscura comenzó a espesarse hasta convertirse en una nube negra que avanzaba hacia la tierra, velozmente, y se partía a cada instante en densos girones que caían desplomados sobre los lejanos mallines.

Era un espectáculo extraño, alucinante. Un sordo rumor se derramaba en el aire, un fragor remoto, silbante, como si el viento empujara una bandada de pedruscos.

Adolfo y Adrián corrieron hacia los cierros del alfalfal. Encendieron el cordón de bosta rociado previamente con kerosén. Se propagaron las llamas con rapidez. Inútilmente una humareda espesa levantó sus muros protectores. La manga cayó como un alud sobre la matra verde de la alfalfa, aplastando el fuego, reduciéndolo bajo la granizada de millones de langostas, cuyos cuerpos coriáceos estallaban al caer en las llamas, apagándolas.

Contemplé, acongojado, la destrucción del alfalfal. El nos proporcionaba el forraje en el tiempo en que la pampa se cubría de nieve. Era la leche de Anita que se perdía bajo la voracidad de la temible plaga.

Mis hermanos y mi madre entraron al sembradío agitando ponchos, golpeando con furia la hedionda y crujiente marejada, con la vana esperanza de aventarla.

Tiempo perdido. Salieron de inmediato cubiertos de langostas. El suelo se agitaba en un horrible hervor de patas, de alas, de cabezuelas repugnantes, como si de repente hubiera entrado en ebullición. Burbujeaban las lomas, las huellas, los mallines. La invasión cubría la pampa devorando los pastos, los renuevos del neneo, los tallos del coirón, produciendo un ruido obsesionante: el chasquido de las incansables mandíbulas devastadoras.

Desde la enramada contemplamos los estragos, impotentes para defender la plantación. Montamos a caballo, entonces, y salimos a observar los alrededores. Los cascos de las bestias machacaban la tierra hervidora, quebrando a cada tranco los asquerosos cuerpecillos

que chasqueaban como huevos rotos. Cada pisada dejaba un claro de langostas despachurradas. Pero se llenaba al instante bajo la presión de la pupulante marea que nivelaba instantáneamente su trémula superficie.

Era un espectáculo horrendo y de un tedio abrumador.

De pronto, allá lejos, la ayuda imprevista: una larga fila de avestruces avanzando de frente, los cuellos inclinados, picoteaban voraces, engullendo el festín que, como un maná violento, les caía del cielo.

La manga se fué agotando poco a poco. Avestruces, peludos, ratones, caranchos, zorrinos y zorros, contribuyeron con su voracidad a destruir la invasión. Hasta los perros mascaban los quebradizos acrididos, triturándolos de un mordisco, y desechándolos. Además, dijérase que la voladora hubiera perdido su vigor. Sólo una que otra era capaz de alzar el vuelo. La mayoría se agitaba en un temblor inútil, moviéndose siempre en el mismo sitio, como si una oscura fatalidad las impeliera a esperar, inermes, la mordedura de los perros o el picotazo implacable del avestruz.

Seis días después, nada quedaba de la voladora. Nada, sino su huella de desolación y de abandono. Nada, sino un suelo roto y amargo ocupando el lugar en que las olas espesas de la alfalfa temblaban, no hacía mucho, bajo las leves manos del viento.

VII

—¡Diez nacionales al "lión"!...

—¡Bueno!...

—¡Bueno!...

—¡Canejo..., voy también!

Las apuestas volaban como piedras. El gauchaje, enardecido, vaciaba en el juego sus pasiones reprimidas, desbordándolas en un torrente de azar y de puntilloso amor propio.

El corral de Miranda burbujeaba de indios y paisanos que entraban, salían, retornaban y volvían a salir. Sonaban las espaldas bajo el rudo palmoteo de fuertes manos cordiales: a cada instante se encontraban amigos, antiguos camaradas. Cotonas azules, rojas, blancas, bombachas airosas, chiripás insolentes, se mezclaban en agitado tumulto. El sol se reflejaba en las tiesas y lustrosas cañas de las botas, en los taleros de mango niquelado, en los facones trágicos.

Compadritos gesticulantes, indios silenciosos, reseros, domadores, ovejeros, toda la gama humana de la pampa se estrechaba allí en abigarrada multitud.

Del movedizo conjunto se destacaban los chilenos, en grupo aparte. Ahí vi por primera vez al gaucho Pinares, con sus bombachas blancas y su casaca negra, de seda, constelada de botones y pasamanerías. Su estampa de centauro fatigado, su rostro moreno y tranquilo, sus albas barbas flotantes, le conferían una ex-

presión de extraña melancolía. Al lado, el hijo, un mocetón alto y cenceño, de aparente fragilidad y en la cual se adivinaba, no obstante, un vigor en potencia como un resorte recogido.

Los rodeaba un apretado núcleo de compatriotas: Gustavo Délano, un hombrecillo inquieto y risueño que a cada momento, viniera o no al caso, lanzaba estruendosas risotadas mostrando hasta la última muela y moviendo un lobanillo que alteraba uno de sus pómulos en una curiosa protuberancia. Ahí estaba también el "zunco" Mellado, un viejo terrible, cazador de indios y de pumas. La manga izquierda de su cotona aparecía recogida hasta cerca del hombro. Decíase que había perdido el brazo en la guerra. Manejaba el pulso del otro con tal destreza, con tal certera puntería, que su viejo y enorme Colt llegó a constituir el símbolo del respeto y de la autoridad entre los ladronísimos tehuelches.

Y tantos otros: José Bravo, mis hermanos, algunos puesteros que no conocía, reconstruyendo allí, en medio de las llanuras, la patria ausente y lejana.

Con Rubén y el hijo mayor de Miranda, aproximadamente de mi edad, formamos una pandilla entrometida. No había otros niños. Sólo dos o tres indiecitos huaraños, montaraces, que huyeron cuando nos acercamos a ellos.

Trepados sobre la jaula adosada al alto muro del brete, durante largo rato observamos el puma. El felino se revolvía inquieto en su estrecha prisión. A cada instante clavaba en nosotros sus pupilas ardientes, de un

pardo amarillento, encendido de furia, y rugía roncamente. Aparecían, entonces, las formidables picas de los colmillos, la roja garganta hirviente, la humeante y áspera lengua. El hijo de Miranda introdujo una varilla por entre la juntura de los troncos, y aguijoneó un flanco de la fiera. Al sentirse tocado, el puma saltó iracundo. De un manotazo quebró la caña haciendo crujir la jaula. Asustados, nos arrojamos al suelo, y huimos. No obstante, un momento después nos encaramábamos en la flexible y fuerte pared del brete, entretejida de ramas de chacay en recios palos enterrados. El novillo se sacudía, bramando, excitado por la cercanía del felino; golpeaba la tierra con sus duros cascos, abatiendo la testa poderosa en actitud de embestir.

Seguía llegando gente.

Zainos, pangarés, moros, caballos de todas trazas, inmovilizados por fuertes maneas, circundaban el boliche como un cinturón de ancas relucientes y largas colas nerviosas. Había en todas las cabalgaduras un temblor de acechanza, alzadas las vigilantes orejas, como si un oscuro peligro hubiera despertado en ellas su infalible instinto de defensa. Hasta los perros ladraban furiosamente; había que alejarlos a golpes de arreador de la cercanía de la jaula.

Habíase fijado la hora de la pelea a las diez de la mañana. Pese a los ruegos de la paisanada, el gallego resistíase a vender caña. El oleaje de hombres era tranquilo; un extraño orden presidía todos los movimientos.

Poco a poco la gente se fué agrupando en torno al brete. Un alto banquillo que rodeaba el muro, servía de grada. Ahí empezaron a pararse los asistentes, haciendo sobresalir sus cabezas por encima de las bardas.

A cada instante se oían los rugidos del puma, ladridos de perros, lejanos relinchos.

Arreciaron de pronto las apuestas. David Calderón, Barbarito Montoya, el indio Paentrano y el gallego, acababan de salir del boliche y esto significaba el comienzo de la pelea.

Adolfo exultaba. Vi brillar sus ojos, excitados, como si un impulso irresistible lo empujara a confundirse con la pintoresca multitud, y a participar en el apasionado vaivén de las apuestas. Pero la previsión de mi madre, oponiéndose tenazmente a que llevara la más mínima cantidad de dinero, lo había dejado al margen de los acontecimientos.

El gauchaje, agarrado a dos manos a la pared del brete, se agitaba inquieto. Las posturas crecían cada vez más. El puma era el favorito. Sus partidarios aceptaban apuestas hasta de diez por cinco.

Había allí toda clase de rostros: huraños, alegres, bobos, pícaros. Indios taciturnos, desconfiados, vestidos de chiripás sujetos a la cintura por anchos tiradores constelados de puñales. Tehuelches salvajes, de largos cabellos y rostros quebrados en infinitas arrugas, jinetes maravillosos, cazadores de guanacos o de avestruces, y voraces ladrones de ganado. Gauchos viejos, circunspectos, sabihondos, hombres sufridos, silenciosos, azotados por todos los vientos, quemados por todos los soles, eternamente pobres, defendiendo con la pobreza su libertad de movimientos en ese tedioso océano de la pampa.

Y también aventureros, asesinos huídos de las ciudades, compadritos matreros, para los cuales la vida se les volvió imposible en los centros poblados, perseguidos por la justicia de las leyes o del pueblo.

Así debía ser, por ejemplo, aquel currutaco que apareció de pronto en medio del paisanaje. Bombachas verdes, cotona encarnada, sombrero de ala corta vuelta hacia arriba y copa aplastada, rastra de plata en el tirador flamante, de cuero amarillo, botas cortas de caña resplandeciente. Al andar, cimbraba el cuerpo en un gesto de perdonavidas. Las puntas del pañuelo de seda anudado al cuello revolaban hacia los hombros retadores.

—¡Buen día, don Aguirre!...

—¡Aguirre!...

—¡Hola, Aguirre!...

—¡Qué tal, Aguirre!...

Contestaba los saludos levantando el mentón. Gustavo Délano nos habló al oído:

—Hay que tener cuidado con ése..., el tal Aguirre. Es ovejero del gallego, pero, por la pinta, parece su patrón...

Y soltó una estrepitosa carcajada.

—...Dice que es correntino..., que por aquí no hay gauchos, que todos son gallinas... Hay que sacarle el cuerpo..., es peligroso.

Adolfo se encogió de hombros.

El llamado Aguirre trepó a la grada junto a nosotros. Lanzó una mirada en torno al brete, en seguida fijó la atención en el novillo que temblaba poseído de furia. La comisuras de los labios cayeron en un gesto de desprecio. Metió la mano a una de las carteras del tirador. Gritó:

—¡Cien pesos al puma!...

La cantidad era respetable. Nadie contestó de inmediato. Al cabo de un instante se oyó una vocecilla trémula:

—Yo...

Era el Petiso. El correntino lo miró, desdeñoso.

—No, amigo..., con usted no. Primero "compresé" camiseta.

Todos rieron. El Petiso enrojeció hasta las orejas. El Zorro, a su lado, crispó los labios.

Después de observar rápidamente el círculo de caras, el correntino detuvo los ojos en Adolfo. Reparó quizás en su estampa cenceña y fuerte, en su sobrio vestir, en su juventud. Lo desafió:

—Amigo, con usted sí que me atrevo..., ¿le hace?...

Adolfo calló un instante. Luego:

—No..., no hago apuestas.

Al oír el tono de la voz, el correntino murmuró irónico:

—¡Ah!..., chileno... ¿no?

—Se equivoca... ¡Chilenazo!

—¡Canejo!... Bueno... ¿Le hace?

—¡Ya le he dicho que no juego!

Todos miraban. Adrián se agitó en su sitio. Me dió la impresión de un arco tenso. El correntino alzó el mentón. Los negros bigotillos insolentes se desmayaron en un gesto frío de desdén.

—¡Chileno come "ñaco"... y pobre como rata!

Antes de que pudieran detenerlo, Adolfo saltó al suelo. Se enfrentó al correntino:

—Sus cien pesos contra mi overo ensillado..., ¿acepta?

—¡Vey al puma!

—¡Y yo, al toro!

—¡Conforme!

Adrián no dijo ni media palabra. Adolfo volvió a ocupar su lugar.

Cuando Paentrano, David Calderón y el gallego treparon a la grada, la gritería de las apuestas fué ensordecedora.

—¡Cinco..., cinco al "lión"!

—¡Bueno!

—¡Quince al "lión"!...

—¡Bueno!

Un resero a quien se le acababa el dinero, apostó su revólver. Otro, su cuchillo. Un indio, sus bastos.

Apenas Barbarito Montoya asomó la cabeza por encima del brete se hizo el silencio. Se oyó su voz, una voz ronca y poderosa:

—¡Aura!...

Chirrió una palanca. Se alzó la puerta de la jaula y el enorme felino saltó hacia la pista reflejando el sol en la sedosa pelambre flava.

El novillo se dió vuelta con rapidez. Su grupa chocó contra la pared del brete haciéndola crujir. Clavó los ojos inyectados en el terrible adversario, apuntándole los afilados pitones.

Las dos fieras se inmovilizaron un instante, sin acometerse. El puma, con el vientre pegado a tierra, asomadas las garras eficaces, estirando cautelosamente una tras otra las formidables manos, empezó luego a dar vueltas en torno al toro enfurecido y vigilante. Los flancos del novillo aleteaban angustiosamente. Un resoplido persistente y sordo se escapaba de las húmedas narices. Giraba al mismo compás que el felino sin perder de vista ninguno de sus movimientos.

Sólo se oían los bufidos del toro. Un silencio extraño, de muerte, cubría con sus alas agoreras la desolación del paisaje concentrado allí en una incontenible y turbia palpitación. El sol, el cielo, el viento, el ruído

del río, un pájaro errante, un ladrido, un relincho, todos los elementos habituales se hallaban extinguidos en aquellos corazones anhelantes. Había un gesto de ansiedad, de estupor, en los rostros, un brillo alucinante en las pupilas, como si una racha de obsesionante fascinación hubiera paralizado todos los latidos. Me sorprendí clavando las uñas en las gruesas ramas del brete.

El puma estiró de pronto los poderosos resortes de las patas. Se elevó en un salto prodigioso y cayó sobre la grupa indefensa del novillo. Alargó una de las manos y, de violento zarpazo, desgarró los testículos del animal rasgando la piel hasta el mismo lomo. Instantáneamente brotó la sangre. El novillo pareció despertar de un extraño letargo. Lanzó un ronco bramido, y se aplastó contra las paredes del brete apretando el felino sobre ellas.

Crujió la cerca. Muchos de los asistentes cayeron hacia atrás, sorprendidos y asustados.

El puma saltó al suelo, semiatontado. Y empezaron de nuevo las trágicas fintas.

Era un espectáculo bárbaro, de un salvajismo impresionante y sobrecogedor. La mayoría de los espectadores, hombres rudos, endurecidos por la vida y el sufrimiento, semejaban extrañas estatuas bronceadas, tal era su inmovilidad.

La tierra del brete empezó a mancharse de sangre. Los rojos coágulos, pisoteados por los cascos del toro, formaron pronto con el polvo del suelo un barro oscuro, de olor tibio y dulce, un olor conocido, a sangre fresca.

El puma recuperó rápidamente su elástico vigor. Volvió a su táctica de girar en torno al novillo. Había

en su actitud una excitación cruel e implacable que se retrataba en su ojos ardientes, en la movilidad de su espléndida musculatura, en su furiosa decisión de atacar.

De nuevo, el súbito salto. El novillo giró velozmente, y recibió el puma sobre los cuernos. Uno de los pitones se enterró en el vientre del felino. El toro ladeó la cabeza con formidable impulso y despanzurró al león, abriéndole el vientre. Por la horrorosa abertura vaciáronse los intestinos en un vómito de sangre y humeantes vísceras que se aplastaron en el suelo con agrio golpe.

El puma cayó como un muñeco desvernancado. Enredando los furiosos cascotes en la revuelta red de tripas, el novillo machacó el cuerpo laído del enemigo clavándole una y otra vez los pitones hasta convertirlo en una masa informe y sanguinolenta.

Las últimas cornadas fueron acogidas con un clamor delirante. Los indios habían apostado al toro, y el triunfo los hacía aullar. Paentrano bajó de la grada, tirándose los cabellos.

—¡“Caraco”..., mierda..., ganar nada!

Era un indio gigantesco, huesudo, de cara oscura y labios negros. Usaba chiripá floreado, tan ancho, que daba la impresión de ocultar unas nalgas que llegasen hasta el suelo. Las botas de potro, sin ensebar, crujían chillonas. Los largos y ralos pelos del bigote, las cuatro cerdas de la barba, los pómulos anchos y levantados, le conferían la expresión de un jinete mongólico. Decía que era de “tierras pa’entro”. De ahí el nombre con que se le conocía.

Paentrano era un indio soberbio y orgulloso. Despreciaba a sus hermanos de sangre, comedores de car-

ne de caballo. El era un hombre fino. En su casa, después de cada churrasco, se hacía servir "un taza "cáfe", y un torta frita". No había querido apostar a su novillo, creyendo que el puma sería el vencedor. Y el hecho de haberse equivocado lo sacaba de quicio.

Abrió la puerta del brete, rojo de ira. Sacó el revólver y disparó dos balazos en la cabeza del toro que después de acabar con el felino, se había echado lamiéndose la sangre.

Tras él irrumpió la indiada. Salieron a relucir cuchillos, y en pocos minutos el animal fué carneado y despresado.

Barbarito Montoya y David Calderón se acercaron al puma. Ni la piel podía aprovecharse. El novillo la había dejado como harnero. Salieron encogiéndose de hombros. Habían perdido hasta el último peso. Luego, vinieron algunos peones, amarraron con un lazo los despojos del felino, y halaron con ellos campo afuera. Por ahí quedarían, festín de perros y caranchos, miserable destino de una vida libre, original, independiente.

Formáronse numerosos grupos que comentaban las incidencias de la pelea. Fajos de billetes pasaban de mano en mano, pagando apuestas. Más de un perdedor quedó sin caballo ni montura, de a pie, y en la pampa, lo que es mucho decir.

Nuestro grupo echó a andar en dirección de la enramada donde se asaban las diez ovejas que el gallego obsequió para los asistentes. Pronto nos alcanzó el correntino. Traía en las manos unos cuantos billetes. Se dirigió a Adolfo:

—Tenga, chilenito. Son suyos.

Sonó agría la respuesta de Adolfo:

—Se equivoca, amigo. No acepto plata de juego. Guárdela, y... que le aproveche.

Seguimos. Aguirre torció el gesto en una mueca de enojo. Se sintió humillado. Nos miró con ira, crispando los labios. Pero no dijo nada.

Poco antes del almuerzo la caña corrió a torrentes. El gallego hacía su negocio. Los billetes estaban prontos y fáciles.

Con el hijo de Miranda recorrimos por aquí y por allá. Durante largo rato nos entretuvimos en lanzar piedras al agua del hosco Limay, río anchuroso, de onda negra y traidora. Brotado de las faldas andinas, el Limay llevaba hasta el mar lejano, a través de la pampa, el mensaje poderoso de las tierras altas.

El agua corría, corría. Era como un viaje. Como la vida. Al contemplar esa huída eterna sentí de pronto una vaga inquietud. Tiempo después, en mis años conscientes, he vuelto a sentir muchas veces esa misma impresión, como de grieta por donde escapan los días en fuga opaca hacia el destino misterioso e indescifrable.

—¡“Tirá, che”!...

El hijo de Miranda me tendía las pequeñas boleadoras. Ya había volteado dos gallinas.

—No me atrevo.

—¿Eh?

—Se enoja mi mamá.

—¡“Tirá”, te digo!...

—¡No quiero!

—¡Canejo..., yo te voy a enseñar!

Sacó el cuchillo. Se me heló la sangre. Tomé las boleadoras. Unos cuantos pollos picoteaban por allí cerca, víctimas propiciatorias del cazador en ciernes.

En ese momento llegó Rubén. Cogió una piedra y golpeó con ella el brazo del muchachuelo. El puñalito saltó lejos. Rubén lo recogió y lo lanzó encima del techo de un galpón. El pequeño bandido quedó estupefacto, frotándose el brazo golpeado.

Rubén me arrastró, entonces, hacia la amplia enramada en donde se movía una inquieta masa humana. Por allí, afirmado en un muro de barro, Adolfo permanecía silencioso, contemplando el ir y venir del paisanaje borracho.

Adrián, incorporado a un grupo de chilenos, oía algo que contaba David Calderón, locuaz y gesticulante, excitado por la caña y la presencia de los compatriotas. De rato en rato se escuchaban las estruendosas carcajadas de Gustavo Délano.

El gaucho Pinares y su hijo se retiraron apenas terminó la pelea. Los demás deambulaban por todos lados.

Nos arrimamos a la fogata en que se asaban las ovejas. A cada instante aparecían en la puerta del boliche un paisano o un indio con botellas de caña que entregaban luego a las gargantas insaciables de amigos o conocidos.

Numerosos grupos se habían estacionado en diversos lugares de la extensa explanada que se tendía ante las casas del boliche. En algunos se discutía, se hablaba fuerte. Volaban palabras duras, ásperas, que flotaban

en el aire con trágico aleteo. El orden del comienzo se había transformado en una atmósfera tensa, vídriosa, preñada de amenazas. Todos los rostros aparecían congestionados, sudorosos, las pupilas brillantes y obstinadas, los gestos insolentes, atrabiliarios, tendidos inconscientemente hacia la riña sangrienta o a la puñalada arterial. <

Adrián seguía escuchando la cháchara de David Calderón. Me senté junto a una de las fogatas, cruzando las piernas. Rubén hizo lo mismo. Adolfo, al otro lado de la hoguera, continuaba afirmado en el muro y en su silenciosa observación de la paisanada, esperando el churrasco que no terminaba de asarse.

Luego, junto a él, arribó un grupo de gauchos. Aguirre, con una botella de caña en la mano, se le acercó, zumbón. Tambaleaba. La borrachera se manifestaba en él en una risa nerviosa. Palmoteó el hombro de Adolfo:

—Por lo menos un trago, che...

Adolfo vaciló un instante. Tomó la botella, la levantó para beber, y, antes de tragar el primer sorbo, Aguirre se la hizo volar de la boca de un traicionero revés.

Adolfo apenas tuvo tiempo para hacer el quite. El puñal del correntino se clavó, zumbando, en el muro de barro. En el mismo momento algo brillante fulguró en el aire, una llama fría y fugaz: el cabo plateado del rebenque de Barbarito Montoya. El correntino, golpeado en la cabeza, se desplomó como un muñeco, la frente bañada en sangre.

Barbarito Montoya contempló tranquilamente el cuerpo tendido:

—Eso te pasa por "madrugador"... Hacia rato que

te estaba "vichando"... A ver, amigos,... llevemos a este haragán. Vamos a encerrarlo en un brete.

Adolfo murmuró, ronco, pálido aúrr:

—Gracias, don Montoya...

—De nada, mozo. No tiene importancia. Cada vez que sea necesario hay que castigar a estos compadres.

Todo el grupo de chilenos se apretaba en torno a Adolfo. Adrián habló en un tono que no admitía réplica:

—¡Apehas churrasqueemos, nos vamos!...

El gallego no salía del boliche vendiendo caña. Apenas era el mediodía y ya los compradores iban y venían tambaleando, borrachos.

El "zunco" Mellado apareció en la puerta del boliche con una botella en la única mano. Al pasar frente a un grupo de indios que jugaban a la taba, uno de los mirones lo contempló iracundo. El "zunco" se volvió, encarándolo:

—¿Qué me "mirai", mierda?... ¿Tengo monos en la cara?

El indio sacó el revólver con gesto amanerado:

—"Busté" mató mi hermano... Yo joder "busté", ahora...

El "zunco" enarboló la botella de caña. Se acercó al indio y, a un metro de distancia, le gritó, furioso:

—¡Guarda el revólver, maricón..., si no quieres que te mate de un botellazo!

El indio reaccionó en la forma más inesperada. Se puso a llorar. Guardó el revólver, sacudido por los sollozos, y se tiró al suelo, boca abajo, ocultando el rostro entre las manos. Ahí mismo, luego, se quedó dormido.

Apenas empezamos a churrasquear, sujetando la carne entre los dientes y cortándola con el cuchillo junto a los labios, a la usanza pampera, un extraño tumulto sacudió mis nervios. Me levanté de un salto.

Un grupo de indios, no lejos de allí, formando un círculo, oscilaba al vaivén de una pareja que se debatía adentro. De pronto el círculo se rompió, desprendiéndose de él un indio de chiripá que corría hacia las fogatas sujetándose el vientre con las dos manos. La puñalada asesina se lo había abierto, y por la horrenda herida latían unos sangrientos intestinos enredados en una tela grasosa, de un amarillo pálido, pugnando por desbordarse hacia afuera.

El indio sólo corrió algunos metros. Se desplomó, gritando, sin dejar de apretarse el vientre. Luego, tras inauditos esfuerzos, se sentó en el suelo; empezó a arrancarse girones de la amarillenta membrana que cubría las tripas desgarradas, y los llevó a la boca, tragándolos en un supremo afán. La grasa cruda desbordaba por las comisuras, mientras los ojos giraban enloquecidos, llenos de angustia y de terror.

Sentí un agudo dolor en el estómago. Me sacudieron las náuseas. Vomité encima de la fogata.

Adrián tuvo que echarme encima del caballo. Regresamos, paso a paso, silenciosos, cruzando la llanura hacia el tibio refugio de nuestro hogar en medio de esa tierra de obscura violencia.

VIII

Llegamos a media tarde, cansados y hambrientos. Adrián nos advirtió en el camino que calláramos ante mi madre el incidente que pudo haber costado la vida de Adolfo.

—Hay que ser hombrecitos..., ¿eh?... Ni media palabra... No hay para qué inquietarla.

—Sí, Adrián.

—Sí.

Adolfo encendió el fuego. Mi madre recalentó el churrasco, y comimos con apetito devorador. Mi madre y la vieja Carmen nos contemplaban en silencio, sonriendo.

—Parece que los tenían en brete. Y... cuéntenme..., ¿quién ganó la pelea?

—El novillo de Paentrano, mamá. David Calderón y Barbarito Montoya perdieron hasta el modo de andar.

—¿Hubo algún incidente?

Adrián se ensombreció. Después de algunos momentos murmuró como a la fuerza:

—Esos salvajes... El Segundo Aiyalef mató al primo, ese indio tonto..., ¡vaya!..., se me olvidó el nombre...

—Genaro Aiyalef.

—El mismo... Por eso nos vinimos. El ambiente era tremendo. ¡Quizás cuántos van a entregar las tabas!...

Dormí la mayor parte de la tarde. Me despertó un tropel de caballos que llegaban. Me levanté rápidamente, y me encaminé hacia el fogón. Ya estaban allí los Arriagadas. El Zorro se trabó en preguntas con Adrián.

—¿Qué hubo, Zorro. ¿Qué fué del Aiyalef?...

—¿De cuál..., del vivo o del muerto?

—Del vivo.

—¿Y qué iba a ser?... Lo de todos los asesinos en la pampa: disparó... ¿Quién va a tener interés en prenderlo?... El juez de paz es tan viejo... y vive en Quinquémetero. Además..., ¿quién se va a preocupar de un indio?... En cuanto al Aiyalef muerto, dos o tres parientes se lo llevaron atravesándolo como un saco encima de sus bastos... Hubo otros dos muertos, indios también. Luego calmó el desorden. El "zunco" Mellado y don "Dáví" Calderón limpiaron el boliche de revoltosos, de acuerdo con el gallego. Talero en mano atropellaron a los "mamaos", obligándolos a montar... y a partir. A los dos indios muertos los tiraron al Limay... A ese compadrito que casi "disgració" a don Adolfo...

Brillaron angustiados los ojos de mi madre.

—Por Dios, Adolfo...

No dijo nada más. Pero en sus palabras había un amargo reproche. Adrián, serio y tranquilo, la cogió de los hombros mirándole los ojos.

—Mamá..., ¿me cree?

—Sí, mi hijo..., pero...

—Bueno. No lo amoneste. No tuvo la culpa... Por suerte no ocurrió nada.

Los días corrían lentos e iguales. Nada alteraba la monotonía del paisaje y de la existencia. Las horas rodaban en la corriente pura, y opaca del tiempo inextinguible, hundiendo la conciencia y el anhelo en su turbia y silenciosa marejada. Un día igual a otro, interminablemente.

Pero mi infancia no reparaba en la monotonía. Poseía sus propios países, sus territorios de maravilla en donde el tiempo no existía, en donde una dorada bruma velaba la realidad y la fantasía desbocaba sus ansiosos potros de cristal.

Además, la pampa era mi patria. No conocía nada, sino la inmensidad verde y silenciosa. Nada, sino la infinita llanura hundida en los confines, y el cielo desplegando sus muros impalpables detrás de los tristes horizontes socavados.

Persiguiendo a una chara subimos a todo correr por el suave lomaje del cañadón. Rubén detuvo bruscamente la carrera al llegar a la cima. Lo imité. Los caballos, sofrenados de repente, casi nos voltearon en la repentina parada. El pequeño avestruz se escabulló, veloz, por entre los amarillentos matojos de coirón. Lo dejamos ir.

Allá lejos, a la salida del cañadón, nuestro rancho aparecía pequeño y distante como una mata de neneo quemada por el sol. Rubén estiró un brazo, señalando algo.

—Mira, Pato..., mira...

Dos manchas claras se inmovilizaban junto al fo-

gón. Apreté los párpados procurando atisbar con nitidez la visión que temblaba en la distancia. El sol reverberaba en las lomas desnudas, hiriendo los ojos con su fulgor ardiente. Clavé, ansiosa, la mirada.

—¡Bah!... Son caballos.

—Sí..., pero caballos blancos. Nadie tiene bestias de ese color por acá. Han llegado forasteros, de fijo...

Luego, echados hacia atrás y afirmados en el arzón anterior de las monturas, bajamos por el arenoso talud mientras los caballos hundían los cascos en la arena escurridiza, haciéndola rodar a cada tranco.

Desmontamos junto al palenque, en donde los caballos forasteros permanecían inmóviles, atados con cabestros, sacudiendo a cada instante las gruesas colas. Eran grandes bestias, percherones de patas peludas y largas lanás en los flancos. Sobre los ojos caíanle manojos crinudos que apartaban con brusco movimiento para mirarnos con sus dulces pupilas húmedas y tristes. Junto a ellos, una mula impasible cargaba gruesos atados, conteniendo tal vez carpas e implementos de viaje.

Mi madre conversaba con dos desconocidos bajo la enramada. Nos acercamos. Uno de ellos contaba un fajo de billetes. El otro, con aire de espera, sentado en una banqueta, sostenía entre las rodillas un cuaderno de hojas sueltas. Mi madre, cruzada de brazos, los observaba insistentemente.

—Noventa..., cien..., ciento cincuenta..., doscientos. Bien. Conforme. ¡Doscientos!

—¿Doscientos...?

—Sí..., doscientos.

El que contaba sacó una gruesa cartera preñada de billetes. Ahí guardó los que le entregara mi madre. Observé detenidamente su figura: era un hombre alto, serio, despreciativo. Unas bombachas de pana negra caíanle, abolsándose, sobre unas botas de cañas subidas. El rostro, tostado por el sol, aparecía blanco junto al pañuelo que rodeaba el cuello. La gruesa chaqueta se abultaba en la cintura, denunciando la presencia del revólver protector. La boina negra apenas cubría los oscuros cabellos. Los ojos, circundados de pequeñas arruguitas, revelaban el cansancio de los viajes, la crudeza de la luz en los anchos espacios de la pampa, el tedio de una labor hecha de mala gana, de una labor monótona, ingrata, llena de hastío.

No era gaucho seguramente. Era, quizás, un hombre venido de las ciudades en donde dejara afectos, ternuras, amores. La fatiga de sus ojos denunciaba al hombre rechazado por la pampa, torturado por los horizontes hundidos, por la sensación de caminar en vano sin llegar a parte alguna.

Mi madre continuaba expectante. El hombre sentado garabateó un papel. Preguntó sin alzar los ojos:

—El nombre de su marido, doña...

Mi madre contestó con exagerada cortesía, transparentando su desdén:

—Leandro Artigas..., señor.

—¡Ajá!

El hombre se hizo el desentendido. Se levantó con el papel en la mano, en actitud servil de subalterno sumiso y deseoso de agradar.

—¿Quiere firmar, don Juvenal?...

En la puerta del fogón apareció la vieja Carmen, teniendo de la mano a Anita, con el gesto habitual de

cuando algo la impresionaba: la mano en la boca, como tratando de ocultar la desolación de las encías.

El llamado don Juenal había vuelto las espaldas y contemplaba un punto distante, la mirada vaga, perdida en quién sabe qué secreta añoranza. Al sentir la voz del compañero pareció despertar de un sueño. Se volvió, cogiendo el papel, lo recorrió rápidamente con los ojos, y, tendiéndolo sobre una libreta que tenía en las manos, garabateó con displicencia algunas líneas.

Mi madre cogió el papel sin mirarlo. Los dos hombres se despidieron fríamente:

—Hasta otra vuelta, doña...

—Hasta otra, doña...

Mi madre no contestó. Me acerqué al palenque acompañado por Rubén. El que hacía de jefe cabalgó penosamente, quejándose. El otro, montado, desenganchó el cabestro que amarraba la mula.

—¿Dónde vamos ahora, don Juenal?...

Don Juenal consultó la libreta:

—Al boliche de Muerza. Hace ya dos años que no se le cobra. ¿Queda muy lejos?...

—¡Psh..., cinco leguas, a gatas, don Juenal!

—Bueno... ¿A ver qué hora es?... Las cuatro de la tarde. Ya. Alcanzamos a llegar.

Partieron sin mirarnos. Se fueron alejando lentamente, hasta que se perdieron en la distancia.

Anita correteaba por el ancho patio. Volvimos al fogón. Me acerqué a mi madre.

—Mamá..., ¿me deja ver ese papel?...

—¿Para qué lo quieres?...

—Vaya..., para verlo.

Mi madre introdujo la mano en el bolsillo de su largo delantal, y me tendió el papel. Deletreé fácilmente

su contenido. Decía así: "Compañía Ganadera Chile-Argentina. Recibí del señor Leandro Artigas la suma de doscientos pesos por el arriendo, correspondiente al año 1912, de dos leguas en la región de Alaleicura (Territorio del Neuquén)".

Al pie, una firma rotunda: "Juvenal Repetto. Recaudador".

Había allí una palabra que no conocía. Pregunté:

—Mamá..., ¿qué cosa es arriendo...?

—Bueno... Arriendo es..., este...

Se hizo un lío.

—Bueno... Es lo que pagamos por las dos leguas que nos presta la Compañía para la crianza de las ovejas... Sí..., jeso es!

Me quedé pensativo. Por primera vez la noción de propiedad golpeó mi mente, y sus ásperas limitaciones gravitaron sobre mi alma en una vaga y oscura amenaza. No creía, es cierto, que el trozo de pampa que hasta entonces hollaran los cascos de mi caballo, fuera de nuestra posesión. Mas, tampoco se me ocurría que pudiera pertenecer a otros. Imaginaba que toda la vasta tierra era libre, acogedora, abierta, y que sólo entregaba sus dones a quien descubriera su bravío y celoso secreto, a quien domeñara su poderosa y salvaje vitalidad, haciendo brotar la fortuna desde su fondo misterioso y eterno.

"Compañía Ganadera"... En mi mente empezó a forjarse un sentimiento de temerosa hostilidad frente a aquella concepción abstracta y en la que, instintivamente, vislumbré un enemigo frío e implacable, sin rostro y sin forma, desnaturalizado, omnipotente.

Pero aquellos pensamientos volaban de mi espíritu casi en el mismo instante en que se insinuaban. Mi al-

ma de niño no podía ser capaz de retener las ideas que temblaban en pálido aleteo y se apagaban apenas sus débiles destellos tocaban fugazmente los muros en sombra de mi conciencia.

Sentí la voz de Rubén, llamándome. Me olvidé de todo. Salí corriendo.

Se abatía la tarde. Bajamos hacia el arroyo. El barranco hurtaba el sol al agua que se escurría medrosa y oscura, lamiendo la pared negra de la escarpa. Un tenue rumor, adelgazado, de agua fluyendo sin cansancio como una vena inagotable, llenaba la soledad del paisaje con su opaca melancolía. Una corralera cruzó cerca de nosotros, despavorida, piando. Un poco más allá, libre de la sombra del barranco, el arroyo desnudaba sus aguas en un hervor dorado al romperse en las piedras del fondo mientras el sol quebraba sus últimas flechas en la inquieta corriente.

Unos cuantos teros, junto a los menucos, agachaban a cada instante las cabecitas negras en un saludo corto y obstinado, como si una mano invisible las empujara a la reverencia.

Allá lejos, el crepúsculo avanzaba con sus muros violáceos, esfumados bajo las manos de la bruma. En torno, nadie. Sólo el rumor del agua fugitiva, y el soplo eterno del viento.

Aquella semana fué pródiga en sucesos. Dos días después llegó al puesto Demetrio Said, mercachifle árabe de lengua ponderativa y convincente. Durante largo rato el árabe vigiló el encierro de las cinco mulas en que transportaba sus mercaderías, apremiando sin mi-

ramientos a los dos peones que lo acompañaban. Luego, a trote corto, rumbeó hacia el fogón, desde cuya enramada mi madre atisbara los movimientos de la tropilla, y desmontó de un salto. Su cabalgadura, ruin caballo de ancas huesudas y prominentes costillas, me hizo reír. Sabía bien lo que significaba un buen caballo, sin el cual el hombre de las pampas no era sino una criatura indefensa, derrotada por la distancia y la soledad. Tomé al matungo por las riendas, y lo amarré a un poste de la enramada. El árabe se acercó a mi madre, sacudiéndose las bombachas.

—¿Cómo está, mamacita?... Pobre turco trae carta a mamacita..., carta y bonitos regalos... Blusa..., peineta... Recogí la carta en Quinquemetreo...

Antes de estrechar las manos de mi madre, rebuscó en los amplios bolsillos del paletó, y le alargó un sobre sobajeadado y mugriento. Mi madre sonrió:

—¡Gracias, Demetrio!...

Miró la escritura.

—...¡Oh!... Carta de mi marido...

Rasgó el sobre, y la leyó apresuradamente, alborozada y sorprendida. El sobre cayó al suelo. Una racha de viento lo arrastró lejos. Corrí en su persecución, y lo atrapé en el mismo borde del estero. Leí con dificultad la ruda escritura: "Señora Rosario Marverde de Artigas. Alaleicura. Territorio del Neuquén. República Argentina".

Marverde... Ese era el apellido de mi madre. Su sola enunciación me hundió en hondas sugerencias... Marverde... Mar verde... Cielo verde... Pampa verde... Sentí en mis oídos un apagado rumor, ese mismo lejano rumor que guardaba en su vientre de nácar aquel caracol traído por mi padre en uno de sus viajes,

rumor de resaca, de olas golpeando la cintura húmeda de la costa en quien sabe qué distante litoral.

Un tropel sonoro me sacó del ensueño. Eran mis hermanos que se acercaban al puesto, galopando. El sol del mediodía llameaba sobre la pampa, y el viento batía sus banderas transparentes, peinando el verde terciopelo de los coironales en trémula, rápida ondulación, haciendo virar a cada instante el matiz de los mallines en fugaces, cambiantes tonalidades.

Mi madre revolvía alegremente las baratijas que el árabe extendiera en matras bajo la enramada. Adrián, afirmado en uno de los horcones, leía con atención la carta traída por Demetrio Said.

Estábamos a principios de Enero. Mi padre nos anunciaba su regreso hacia fines de marzo, antes de que las nieves andinas cubrieran los boquetes cordilleranos. Hacía ya dos meses que mi padre partiera, y la carta llegaba con enorme atraso. Era la pampa aislando una vez más a los seres que osaron penetrar su soledad salvaje. Las cartas iban de puesto en puesto, llevadas por reseros o mercachifles, tardando meses en dar con sus destinatarios. Así, las noticias circulaban lentamente, tornando la vida en una sucesión de hechos mínimos, en un rosario de días tediosos, igualados por la monotonía del tiempo, convirtiendo al hombre en un ente primario, vegetativo, sin ambiciones ni filosofías.

Mi madre separó un paquete de agujas, algunos carretes de hilo, varios frascos de purgante, un par de tijeras, y unas botas para Anita. A cada momento apar-

taba, riendo, a Demetrio Said que casi le metía por los ojos un corte de seda suelto como una bandera.

—No..., no, Demetrio. Y créame... ¡le compro estas cositas sólo para que no pierda el viaje! Tengo de todo. Además..., mi marido me traerá sedas y cintajos... de Chile.

—...De Chile...

Pero al instante volvieron a brillar sus ojos. A dos manos sacudía la seda, batiendo el aire.

—Ya, mamacita..., ¡cómprala!... Te la doy barato. Mira, diez pesos no más... ¿No? Bueno..., nueve... ¡Ya!... ¡Qué le vamos a hacer!... Ocho, pero no lo cuentes a nadie... Ya está, pierdo plata..., ¡slete!

Mi madre sonreía picarescamente ante la plañidera y tenaz cháchara del árabe. Vencido por la firme negativa de mi madre, Demetrio Said dobló en varios pliegues el fino género. Sacó un gran pañuelo azul, y enjugó la transpiración que empapaba el flaco pescuezo. Las sienes encanecidas, la frente estrecha, los ojos zahoríes, la nariz de arco inquietante, conferían a la expresión del árabe el gesto de un ave rapaz.

El mercachifle hizo aún una última tentativa. Se agachó y volvió a sacar el género. Lo cogió con una mano y lo golpeó sobre la palma de la otra sin desplegarlo, haciéndolo restallar.

—Rica seda:... Ya, mamacita: Seis pesos..., ¡y te regalo esta peineta!

Todos mirábamos. Adolfo apareció con un voluminoso atado. Mi madre sonrió, cogiendo el género.

—¡Bueno el turco del diablo!... Ya, hombre, ya... ¡Me la ganaste!

Adolfo se inclinó, desenvolviendo el atado. Emergió

un apretado montón de plumas de avestruz que se es-
ponjaron de súbito en un temblor de finos arabescos.

—Oiga, don Demetrio..., ¿cuánto me da por esto?...

El árabe hundió las dos manos en el montón, en-
crespando la suave y trémula marea. Eran plumas es-
cogidas, de gran calidad, el tesoro que Adolfo acopiaba
poco a poco mediante sus fulgurantes cacerías. Deme-
trio Said rehizo el atado, y lo sopesó con aire de enten-
dido. Clavó en Adolfo los ojos ardientes, sobornadores:

—Ya... ¡Veinte pesos!

Adolfo arrebató al árabe, con diestro agarrón, el
atado de plumas.

—¿Está loco?... ¡Chss!... ¡Prefiero quemarlas!

E hizo ademán de marcharse. Demetrio Said lo co-
gió de la cotona.

—No, pues, Adolfo..., ¡espérate!... La verdad...,
¿cuánto quieres?

—Bueno..., los veinte pesos y... ¡esto!

Y señaló la negra culata de uno de los tres revól-
veres que constelaban el tirador del árabe. Demetrio
Said abrió los ojos en un gesto de cómica sorpresa. Hizo
como que tragaba saliva. La descomunal muez bailaba
rítmicamente en el magro cogote.

—No, mi hijito, no... ¡Es mucho!

Empezó un largo regateo. Adolfo no cedía. El ára-
be inició las concesiones, subiendo paulatinamente la
oferta hasta que Adolfo se salió con la suya. Mi herma-
no tomó entonces el revólver que relampagueaba, re-
flejando el sol en sus metales relucientes. Oprimió un
resorte, y con repentino movimiento hizo salir una y
otra vez el receptáculo de las balas. Miró cuidadosamen-
te el alma del cañón, soplándola. Luego, satisfecho del
examen, lo guardó en el bolsillo trasero de las bomba-

chas. Levantó las cejas con aire malicioso, y largó el dicho que por aquel tiempo repetía el gauchaje:

—“Ta bueno por dos capones... aunque sean borregones”...

Adrián intervino:

—Si ya tienes un revólver... ¿para qué quieres otro?...

Adolfo sacó el arma con aire dubitativo. Volvió a examinarlo con detenimiento:

—Bueno..., no sé..., ¡pero me gustó!

Mientras tanto el árabe pesaba el atado en una balanza de muelles que llevaba consigo; miró atentamente la marca señalada por la flecha de acero. Desenganchó el atado, y sonrió. Luego, volviendo la cabeza, lanzó un fuerte grito. La saliva saltó lejos, en una explosión de veloces gotitas:

—¡Rancales!

Apareció corriendo, desde detrás de la enramada, un peón azorado, polvoriento, de cotona sudada, pañuelo al cuello, y el infaltable facón trabado en los pliegues de la ancha faja.

—Mira, Rancales..., embala esto en la última carga. Con cuidado..., ¿eh?

—Bueno, don...

Y desapareció con el atado.

Quedó flotando en lo íntimo de mi conciencia la sospecha de que el árabe hubiera engañado a Adolfo. Mas no podía ocurrir otra cosa. Todos los traficantes que cruzaban la pampa buscaban afanosamente plumas de avestruz. Yo no sabía su destino. Plumeros, decía Adolfo. Y Adrián: abanicos. Fuese cual fuese el objetivo, los cazadores sólo recibían el valor que fijaban, a su arbitrio, los mercachifles. Cazar avestruces no era

en modo alguno un medio de subsistencia. Adolfo lo hacía por afición, y, no conociendo el verdadero valor de las plumas, las entregaba a cambio de poco menos que nada, pese a su natural vivacidad.

La vieja Carmen detuvo el giro del asador. Llovieron gruesos goterones de jugo sobre las brasas que chirriaron al desprender tenue humareda. La vieja clavó, entonces, la punta del cuchillo en la carne cuya superficie aparecía tostada a trechos, y miró en seguida el círculo de ansiosas caras alumbradas apenas por los destellos del candil.

El Zorro se apresuró a coger el asador, y lo ensartó en el suelo a la vera de la fogata. Salieron a relucir los facones cortando anchas y jugosas tajadas. Demetrio Said y sus dos peones comieron con verdadera gula, sobre todo uno de ellos, un individuo obscuro, de escalofriantes ojos saltados, flaco como un tero, sudoroso, trémulo.

El Zorro contempló al tragón con aire de burlona curiosidad. Luego, mientras cortaba delicadamente un bocado de carne, soltó la pulla sin mirar a la víctima:

—¡La gran pucha, amigo!... ¡O usted tiene lombri-
ces... o va para avestruz!...

Todos reímos. Dejó de masticar el ahudido, y asaetó al Zorro con sus horrendos ojos. La gruesa pella de carne que abultaba sus carrillos impidió flamear en palabras la ira encendida en aquel rostro ingrato.

El Zorro no consiguió mantener la mirada. Bajó los ojos. Luego, estirando los labios, haciéndose el desentendido, dióse a contemplar el rutilante anillo com-

prado al árabe. Ora mostraba el dorso, ora la palma de la mano: el bruñido metal de la sortija brillaba como una ascua en la penumbra del fogón cada vez que lo herían los lastimosos rayos del candil.

Demetrio Said palmoteó la espalda del Zorro:

—Ten cuidado con Valbuena, Zorro... Maneja el cuchillo como nadie, y es guapo... Y yo no sé qué le pasa... Come más que un buitres... y no engorda... Cada día más flaco, Valbuena... Vas a tener que irte al pueblo... a ver "dotor"...

El asador quedó pelado. Se oyeron eructos y repulsivos ruidos de palillos escarbando dientes. Los facones limpiados en la ceniza volvieron a las vainas. Se produjo un revuelo y, pronto, una ronda de hombres sentados a la usanza gaucha circundó la fogata.

La pava roncaba a borbotones. El Petiso cebó el mate, y los amargos corrieron sin descanso. El árabe tomó café preparado por mi madre.

—Nunca he podido tomar mate, che... No sé cómo pueden tragar esa agua caldeada... Sólo una vez la probé, y me quemé las agallas.

—El mate quita las penas, don Demetrio..., las penas y los malos pensamientos. Mientras más caliente... mejor.

—¡Ah!...

Junto al muro, sentada en un taburete, mi madre hilaba. El Zorro lucía su alhaja. A cada instante se oía el rezongo de la bombilla. Adolfo se inclinó de pronto, travieso:

—A ver, che Petiso..., ¿qué horas tienes?...

El inocente Petiso llevó la mano al bolsillo de la cotona, y sacó un reloj de níquel asegurado al ojal por una fina sogá trenzada. Lo mostró, ufano. Háblaselo

comprado al árabe y, aun sin saber usarlo, su posesión lo llenaba de regocijo. Adolfo miró, atento, las manecillas y exclamó, sentencioso, haciendo brillar una gota de malicia en el guiño de los ojos:

—Bueno..., bueno, Petiso.

El árabe salió. Se le oyó registrar prendas bajo la enramada; regresó en seguida con una botella de caña. Ocupó de nuevo su lugar junto al fuego, y cargó parsimoniosamente una hedionda pipa. El tabaco humeó en gruesas nubes mientras la botella pasaba de mano en mano alternando con los amargos.

Temblaba en el aire un extraño olor. Olor a churrasco, a mate, olor a tabaco, a cuerpos sudados, un olor agrio en que predominaba, a ratos, el apestoso del candil.

El silencio se hizo, de pronto, denso. Pareció como si una oleada de sorda tristeza hubiera sumergido a aquellos seres en una atmósfera de anhelo. Durante largo rato se mantuvieron silenciosos, cada uno perdido en quién sabe qué secreto e imposible deseo. Era tal vez la soledad expandiendo las ansias de esos corazones aletargados y despertados de súbito por el aletazo de la congoja.

Demetrio Said rompió la honda y angustiosa tensión:

—A ver, Rancoales..., por favor, canta.

El grupo volvió a inquietarse. Hasta mi madre, que hilaba bajo el candil, detuvo el remolino del huso. El Zorro tendió una mano hacia el muro, y desde el rincón en sombras extrajo la guitarra.

Rancoales tomó el instrumento. Vibró una cuerda. Una nota persistente quedó temblando en el aire.

La guitarra, manejada por los diestros dedos del peón, desgranó la melancolía de una vidalita. Los acordes brotaron lentos, cadenciosos, profundos. Una como niebla de ensueño se difundió velando las pupilas ensimismadas.

La voz de Rancales, una voz desafinada y aguda como graznido de carancho, quebró el sortilegio precipitándonos de golpe en la dura realidad:

...Era un inglesito... vidalita...
hijo de Inglaterra...
...Le gustaba el "güisqui"... vidalita...
más que la gran perra...

Miré a Rubén. La risa triscaba en su rostro como una lluvia retozona. Me apreté la boca con una mano para no largar la carcajada. Y salimos. A reírnos a nuestras anchas, despertando a los perros que ladraron inquietos.

Adentro, la guitarra seguía sonando.

...lin... linlin... linlin... lan... ,

Desde el hueco de la puerta escuchamos la segunda estrofa:

...Esta era una chancha... vidalita...
y un chancho cojudo...
Se murió la chancha... vidalita...
Quedó el chancho viudo...

—¡Ja... ja... ja!...

—¡Ja... ja... ja!...

Las risas no cesaban. El Zorro cogió la guitarra, aplastando las cuerdas. Los acordes se ahogaron repentinamente.

—¡Bravo, amigo... Lindo, no más... Pero éste es el fuego de la "viroca"... ¡y ahora me toca!...

No había duda. El Zorro era un guitarrista consumado. Después de un corto rasgueo se alzaron las notas ágiles de un "gato", y la alegre, rápida música, salió a jugar por los rincones. Todos abandonaron la floja actitud que hasta entonces mantuvieran, contrayéndose en involuntarios movimientos como si la vivaz melodía hubiera puesto en juego escondidos resortes.

Los gruesos dedos del ejecutante jugaban virtuosos entre los hilos sonoros, como arañándolos, subiendo y bajando el tono en un tamborileo persistente, melodioso, agradable, que el Zorro interrumpía de rato en rato, rítmicamente, presionando el encordado con la palma de la mano en la parte baja del mástil.

Luego de un corto "crescendo", el Zorro terminó bruscamente la ejecución, y se alzó con la guitarra, inclinándose como un actor.

Estalló jubilosamente, el aplauso:

—¡Bravo, Zorro!...

—¡Bravo!...

Hasta Demetrio Said murmuró entre dientes, sin dejar de morder el caño de la pipa:

—Bueno, Zorro... Bueno.

El ovejero, halagado, tendió la guitarra.

—Y ahora usted, Adrián... Y no se eche para atrás. A ver, una canción..., una canción chilena...

Buscó el apoyo de los demás al notar la vacilación de mi hermano.

—...¿No es cierto, amigos?...

—¡Claro!

—¡Sí..., sí!

Mi madre se aproximó al bullicioso círculo.

—Ya, mi hijo...

Y suspiró.

Adrián cogió la guitarra. Se quedó pensativo un instante; luego, pulsó las bordonas que temblaron en graves resonancias.

El candil parpadeó. Todos miraron. Una gran mariposa nocturna revoloteaba junto a la llama. Adrián adelgazó el sonido del instrumento, y se escuchó, entonces, el sordo zumbido del insecto que giraba, incauto, en torno al mortal resplandor.

La guitarra vibraba apenas. Todos los ojos seguían, magnetizados, el vuelo trágico. La mariposa salía de las sombras, cruzaba el reducido halo luminoso, y se perdía, zumbando, para volver a aparecer. Chispearon, repentinamente, las frágiles alas, y el ávido cuerpecillo se precipitó achicharrado en el sebo caliente, en donde se encendió como una antorcha diminuta después de agitarse en leves convulsiones. El Zorro metió la punta del facón en el tazón de lata, y extrajo los restos ardientes. Sopló, apagándolos; los lanzó en seguida, humeantes aún, hacia un rincón.

La guitarra alzó sus tonos. La voz de Adrián, una voz varonil, rica en matices, difundióse en un clima de intensa pasión, de anhelos, de añoranzas:

...No sabes del alma las horas de luto...

No sabes que sufro, también, por tu amor...

Y aumenta mi duelo, minuto a minuto...

tu amargo silencio..., mi acerbo dolor...

Brillaron los ojos de mi madre. La vieja Carmen, sentada en un rincón, escuchaba extática, destacándose apenas de la densa penumbra.

Las bordonas gemían. Adolfo escondió la cabeza entre las manos. Demetrio Said miraba obstinadamente la punta de sus botas. Los demás no alzaban los ojos, sumergidos en quien sabe qué insondable abismo. La canción vibraba atormentada, abriendo quizás viejas huellas:

...O tú no comprendes mi tétrico anhelo...

Jamás he sentido tan cruel frenesí...

Por Dios, no me niegues el dulce consuelo...

de amarme, bien mío, como te amo a tí...

...Dirán que los muertos reposan en calma...

Que no hay sufrimientos en la otra mansión...

Mas, si el cuerpo muere, jamás muere el alma,

y es la que te ama con ciega pasión...

El fuego se apagaba. Apenas lucían pálidas ascuas, veladas por las leves manos imponderables de la ceniza. Me sentí invadido por una extraña lasitud, por un dulce y lento calor. Afirmé la cabeza en el regazo de mi madre, sintiendo cada vez más lejana la voz de mi hermano. Todo se fué confundiendo dentro de mí, como un viaje interior que no pudiera precisar sus imágenes, hasta que, insensiblemente, el sueño me hundió en las brumas de su callado y misterioso país.

Demetrio Said partió al día siguiente, a media mañana, en busca del Cañadón del Hombre Muerto. Allí, la estancia del gaucho Pinares, atiborrada de paisanos, atraía su inagotable codicia.

Valbuena rumbeaba. Rancales arreaba la recua de mulas, y, cerrando la marcha, Demetrio Said cabalgaba su esquilado caballejo. La tropa subió la loma próxima, desapareciendo tras ella. La última visión fué la del árabe, con sus largas piernas encogidas en los estribos demasiado cortos, y las culatas de los dos revólveres como negros pulgares abiertos hacia afuera.

Una pequeña nube de polvo, dispersada a prisa por el azote del viento, tembló un instante tras los viajeros. Una pequeña nube de polvo. Signo demasiado fugaz, acaso, del tránsito del hombre por la pampa infinita.

IX

Corriéron los días. Lentos, gratos, sin otro contenido que su habitual afán.

Mi madre, acompañada de la vieja Carmen, madrugaba para ordeñar las vacas que encerrábamos en el corral todas las tardes, separándolas de los terneros que balaban lastimeramente dentro de los bretes. La leche, cuajada en toneles, era transformada en grandes quesos que oreábamos colocándolos en zarandas pendientes del techo de la enramada.

Adrián y Adolfo hacían lazos, maneas o botas. Generalmente salían con Rubén. Yo los acompañaba a veces. No recuerdo en qué gastaba el resto de mi tiempo. Tal vez soñando. O durmiendo. No lo sé. Mi memoria se pierde en los detalles menudos de aquel tiempo. Tengo, sí, el vivo recuerdo de un chingolo que aleteaba desesperadamente entre mis manos codiciosas, y que Adrián me hizo soltar.

Adolfo regresaba casi siempre con dos avestruces muertos. Les sacaba las plumas, y luego halaba los cuerpos campo afuera en donde pronto desaparecían, comidos por caranchos.

A veces cazábamos un zorro. El vivaz carnicero, engañado por el cebo traidor, se desangraba hasta morir, ajusticiado en los feroces colmillos de la trampa.

Dábamos de comer a los perros. O bañábamos los caballos en el hondo remanso del estero. O golpeábamos el charqui con mazos de madera, tendiéndolo al sol.

Perseguíamos charas. Lanzábamos piedras desde lo alto del barranco. Churrasqueábamos. Tomábamos mate. En fin, vivíamos.

Así corría el tiempo. Sin apremios. Sin congojas. Henchido de esperanzas, rodando hacia los años por venir, hacia el destino ineluctable.

En medio de esas horas risueñas cayó de pronto la fatalidad quebrando la simple y profunda armonía de nuestras vidas, agostando en ellas los brotes de la alegría y de la fe, hundiendo la esperanza bajo las aguas negras del desconsuelo, rompiendo para siempre cierta sutil trabazón, cierta invisible cadena cuyos eslabones ya no se juntarían más.

Extraños signos agoreros inquietaron durante muchos días a mi madre. Los perros aullaban en el alto corazón de la noche, amedrentados quizás por la cercanía de sombras errantes, misteriosas presencias agitadas por la palpitación llena de augurios de la obscuridad.

Luego, cierta calurosa mañana, mientras los ovejeros y mis hermanos terminaban de churrasquear, salí del fogón acompañado por Rubén. Ibamos en busca de los caballos que pastaban en las proximidades del puesto, adiestrados en tal manera que, a veces, un silbido bastaba para atraerlos.

Nos detuvimos un momento en el borde del barranco, oteando los mallines, cuando, al mirar casualmen-

te hacia el fogón, vi un extraño pájaro azul que revoloteaba por encima del techo.

—¡Mira, Rubén!...

—¡Oh... qué linda!... ¡Es una garza!

Cogí un puñado de piedras, y volteeé el brazo. Rubén me sujetó.

—No..., déjala... ¡Trae suerte!...

Miramos extasiados el vuelo del ave, su pausado y oprimido vuelo, como de alas fatigadas. Luego, la bella zancuda intentó posar los largos tarsos en las viejas totoras, pero no lo hizo. Describió entonces un último giro, y se alejó volando perezosamente, siguiendo el curso del estero. Quedó vibrando en mis pupilas el intenso color del plumaje, blanco en el pecho y dorado en el extremo de las alas. Todo el resto era una llama azul, un turquí deslumbrante que se fué disolviendo lentamente en la distancia.

Salieron los ovejeros a cuidar las majadas, y se llevaron los perros. Nuestros caballos, ya ensillados, esperaban impacientes junto al fogón. Rubén los sostenía de los rendajes. Adrián, encucillado, se calzaba las lloronas. Mi madre miraba, Anita, prendida a sus faldas, masticaba un trozo de galleta.

Adolfo salió.

—¿Nos vamos?...

—Al tiro, che...

Y montamos. Mi madre se aproximó:

—¿Hacia dónde van?...

—Hacia el Caleufu, mamá.

—¡Ah..., espérense... les voy a encargar algo!

Tomó la niña en brazos, y se encaminó con rapidez hacia el pabellón en que dormíamos. La seguimos al paso de los caballos. Reapareció casi al instante. Traía un sobre que entregó a Adrián.

—Toma esta carta. La dejas en el boliche..., algún tropero la llevará hasta Junín..., los soldados la harán llegar a la frontera... Es para tu padre.

Y clavó en mi hermano su mirada profunda, velada por perenne melancolía. Sonrió, pero las pupilas permanecieron tristes, brillando con su luz negra y húmeda en el fondo de los ojos circundados de sombra.

Adrián guardó, cuidadoso, la carta y se inclinó en silencio rozando ligeramente los cabellos de mi madre.

Eso fué todo. Y partimos al galope.

...Tararán... tararán... tararán...

A medio camino Adolfo detuvo, brusco, la carrera. Lo rodeamos sorprendidos.

—Adrián..., no quiero ir al boliche... Me hice el propósito de no ver más al gallego. La mañana está linda... y a lo mejor... los avestruces...

Miró las boleadoras. Adrián murmuró, risueño:

—Comprendo..., comprendo...

Rubén acercóse. La risa bailaba en sus pupilas:

—Adolfo..., ¿me llevas?...

—Claro, che... ¿Y tú, Patito?...

Me agité indeciso. Clavé inconscientemente las espuelas en los flancos de mi malacara, y hube de encabritarlo para evitar la disparada. Una vez que el pingo tranquilizó el nervioso juego de las patas, dije:

—No... ¡Yo voy con Adrián!

Nos separamos, entonces, sin mediar otra despedida que un sonoro rebencazo dado por Adrián en las ancas del moro de Adolfo: el caballo partió a saltos, alejándose velozmente por la llanura inmensa. Rubén azuzó a su pangaré, y pronto mis dos hermanos no fueron sino una leve polvareda en la distancia.

Así se despidió Adrián de Rubén y de Adolfo, alegre, candorosamente, sin que ningún aparente presentimiento alterara su serena confianza, su tranquilo valor. Así cabalgó a mi lado, paso a paso, por la huella inmutable apenas dibujada en la espesa pelambre del coirón, rumbo a la predestinada frontera de su vida.

Todos los detalles de aquel viaje cobraron en mi mente singular relieve. El señaló, tal vez, el comienzo de mi vida consciente, el origen de mi conocimiento; acaso, mi primer contacto con el dolor; la noche sin estrellas sobre mi infancia, acaso.

X

Los caballos pateaban, briosos, el coironal, doblando los erectos y tenaces tallos. El zaino de Adrián tranqueaba, incansable. Mi malacara abreviaba el paso, esforzándose en mantener el ritmo de la marcha.

Tratando de acortar el camino, cruzamos una tierra roja cubierta de neneos. Los tiesos vegetales aparecían crispados como puños secos, como grandes nidos abandonados, como redondas cestas de angustioso alambre colmadas de espinas. Sus duros aguijones moteábanse de vedijas que el viento deshilachaba sin cesar.

Los matojos crecían uno junto al otro sin espesarse en matorrales. Nada prosperaba bajo su sombra; el coirón huía, allá, lejos; sus bríncos verdes pasaron sin tocar las arcillas exhaustas en que el neneo imponía su reino desolado, secando la tierra, desechando la vida, amparando sólo quirquinchos huidizos, lagartos vivaces, víboras arteras.

Durante largo rato caminamos por aquel agrio suelo, sorteando con cuidado las foscas matas. Los caballos avanzaban alertas, altas las orejas, tensos los poderosos músculos bajo la piel brillante, listos para el salto, el corcovo o la carrera. Sentíme de pronto lleno de inquietud; una vaga angustia se fué adueñando de mis sensaciones como si el malacara me hubiera transmitido su obscura aprensión. Adrián cabalgaba no lejos, y su actitud era vigilante también.

Miré en torno: neneos, sólo neneos, sólo grandes copos pardos rodando, inmóviles, sobre la tierra adusta, calcinados sin piedad por el sol.

Remontamos una leve ondulación del terreno. Al llegar a su cima, sentí en las venas el grito jubiloso de los mallines. Era otra vez la pampa, la llanura verde, los coironales familiares por donde discurrían majadas, avestruces, vida en movimiento. Atrás quedaba la tierra muerta, la isla estéril manchando de arena el tremulo terciopelo del pasto coirón.

Adrián desmontó al cabo de un corto trecho. Aflojó ligeramente los tientos de la cincha, y acondicionó el recado; volvió a estrecharlos, afirmando una bota en las costillas del zaino.

Quemaba el sol. El pampero había detenido sus olas en quien sabe qué distante lugar. Nada se movía. Dormía la pampa bajo las manos del silencio. No obstante, una extraña palpitación hacía temblar las lejanías como si el aire hirviera junto a la tierra.

El sol caía, recto. Adrián miró el cielo. Una gota de ternura brilló en sus ojos al preguntarme:

—¿Tienes hambre?...

Sonrei, apretándome el vientre.

—Bueno..., bueno... Ya llegaremos al boliche. Ahí vamos a churrasquear.

Y montó. Seguimos al paso. De pronto:

—Rafaelito..., dime..., cuando seas grande ¿qué te gustaría ser?...

En su rostro curtido, la boca, femenina casi, endulzaba la severa expresión de las pupilas grises. Me encogí, desconcertado.

—Oh, Adrián..., no lo sé...

La imagen de don Pedro acudió a mi memoria.

—...Domador, quizás.

Rió.

—No, Rafael. Serás “dotor” como dicen los gauchos. Aun es tiempo. A ver si este otro año regresamos a Chile...

—¿A Chile?...

—¡Claro!... El viejo es testarudo..., pero lo venceremos. Cree que sólo aquí se puede vivir... Y Adolfo piensa lo mismo... Hay que huir de la pampa, Rafaelito... La pampa absorbe..., destruye el pensamiento.

Ensombreció. Otro trecho en silencio. Luego:

—Rafaelito..., ¿sabes qué es el amor?...

Miré sorprendido el rostro de mi hermano. Nunca me había dicho nada semejante. Lo creí siempre tan lejos de mí, tan inaccesible, que, al entrever entonces en fugitivo atisbo las torturas de su alma, sentí una indecible turbación.

Mi caballo mordisqueó, al pasar, un matojo de coirón. Tiré las riendas para enderezarlo.

—¡Ay, Rafaelito!... Es como una sed, como un eterno morir. Algún día lo conocerás. Allá lejos, en Chile, está el amor... para mí.

Y suspiró. Por decir algo, dije:

—Adrián, la verdad... ¿Estás enamorado?...

Sonrió entonces. Alzó los ojos sin mirarme, y murmuró lenta, dulcemente, como evocando un recuerdo cariñoso:

Deja que mi tristeza te acaricie
con caricias de luz, como un lucero...

Y resplandezca, soñadora y dulce,
como rosas de amor en tus cabellos...

Temblaron las lloronas al aguijonear los flancos del zaino que partió instantáneamente. Saltó mi caballito, contagiado por la repentina disparada, llevándose como en vuelo. El ancho río de la pampa escurrióse veloz bajo los cascos desatados, trayendo a nuestro encuentro, en sus aguas inmóviles, la silueta del boliche de Muerza que surgió de pronto en los confines del horizonte como un negro animal.

Mucho antes de llegar, torcimos la carrera y bajamos hacia el Caleufu para dar de beber a los caballos. Al otro lado del río, custodiada por dos troperos, pastaba una inmensa manada de vacunos y caballares. Se escuchaban lejanos ladridos de perros. El animalaje, gachas las testuces, apenas se movía. Los dos gauchos no dieron señales de reparar en nuestra presencia. Parecían terrosas estatuas en que el sol clavara, sin reflejarse, sus flechas iracundas.

Junto al vado la ribera mostrábase alterada, removida por el paso de innumerables pezuñas presurosas. La humedad que arrastrara la tropa al cruzar el río, secábase a prisa bajo el azote del sol. Vi el ceño fruncido de mi hermano.

—Un arreo...

No lejos de las casas, junto a una cerca podrida, Adrián detuvo el caballo. Lo imité. Miramos. Una veintena de pingos se apretujaban en el palenque. Varios hombres jugaban al truco bajo la enramada. Otros, por ahí cerca, asaban una oveja. Por la puerta del boliche escapaban gritos, risas, juramentos.

Adrián desmontó.

—Espérame aquí. Vuelvo en seguida.

Me tendió las riendas, y acomodó el revólver en la funda del tirador.

—Es mejor no churrasquear con desconocidos borrachos. Tendrás que aguantar el hambre... No te preocupes. Te traeré "masitas"...

Se encaminó resueltamente hacia el boliche. El paso decidido hizo aletear el vuelo de las bombachas. Las lloronas temblaron rítmicamente, levantando fugaces polvaredas.

Vi, como en relieve, sus fuertes y cenceñas espaldas: cuando pasó junto a la enramada, fija la atención en el grupo de paisanos que se estrechaban en la puerta del boliche pugnando por salir en medio de risotadas. Y vi, lleno de espanto, cómo un gaucho astroso, desprendido de la mesa de juego, corrió en puntillas tras él. Algo brilló en el aire, un relámpago trágico, inaudito. Grité. Adrián giró demasiado tarde. Recibió en un costado la puñalada.

Lo demás fué un confuso y cruel recuerdo velado por la bruma del llanto: su expresión de asombro y de dolor, el gesto maquinal hacia el revólver, el grito transformado en un chorro de sangre, el derrumbe.

Luego, un extraño silencio preñado de estupor. El asesino viniendo a mi encuentro, hipnotizándome, ardiente de odio la pupila cruel. Y ese rostro bestial, demasiado conocido, de nombre sepultado bajo las olas moradas del terror.

Súbitamente brotó el alarido, salvándome del paralizante sortilegio.

—¡No, Mocho!

Solté las riendas del zaino huérfano. Y hui, helado hasta la médula, sin volver los ojos, sin ver nada, sin-

tiendo a mis espaldas furiosa y obsesionante persecución. Mi malacara volaba, saltando sanjas, repechando cuestras, bajando lomas, bordeando a cada instante el desmayo, la rodada, la muerte.

Los orines se me escurrieron, calientes, por las piernas ateridas. Sentí en las sienes un martilleo torturante, el corazón golpeando el pecho como enloquecido tambor.

Corrí, no sé cuánto. Durante años tal vez. Ya no escuchaba la siniestra galopada de mi perseguidor. Pero seguía corriendo, atormentado, despavorido, sin atreverme a volver la cabeza. Sólo quería llegar, llegar junto a los míos, a cualquier precio, aunque muriera, pero llegar. Y ampararme bajo las manos calmantes de mi madre, bajo sus manos leves, samaritanas.

¿Y si todo hubiera sido un mal sueño? ¿Y si al llegar, arrecido, junto a mi madre, me encontrara de nuevo con Adrián?

Pero no. Yo lo vi caer. Las imágenes se fueron aclarando en mi mente. Sentí el rostro bañado en lágrimas, un sabor de amarga sal en los labios secos. Las sensaciones cobraron su opaco relieve, sumergiendo mi alma en el oscuro presentimiento de que una inmensa desgracia había torcido bruscamente el curso de mi vida.

Corría, corría, sollozante, tocado en el corazón. ¿Y eso? ¿Qué era eso? No. Ahora no podía escaparme. Se me venía encima por instantes una veloz atropellada, un huracán de rapidísimos cascos. Me sentí morir. Una voz cercana que gritaba mi nombre, una voz cariñosa y amiga, extrajo súbitamente mi conciencia desde una insondable profundidad en sombras. Detuve el caballo

por instinto. A través de un resquicio en la niebla que embotaba mi cerebro, vislumbré el rostro de Adolfo, sus pupilas desmesuradamente abiertas, su extraña palidez. Me tambaleé. Cerré los ojos. Volvieron a juntarse las brumas, y caí desmayado entre los brazos fraternos.

Volví casi en seguida. Me encontré tendido en agreste lecho de coirón. Una agradable sensación de frescura calmaba el ardor de mi frente: la mano de Rubén. Vi su rostro y el de Adolfo inclinados sobre mí, llenos de profunda ansiedad.

Recordé todo, de golpe. Y me senté, llorando.

—...Adrián... Lo mataron... El Mocho... Una puñalada... La sangre...

Adolfo saltó como un resorte. Su rostro se tornó ceniciento, endureciéndose, cristalizándose, como si se hubiera convertido en madera. Rugió:

—¿Dónde?

—En el boliche... Había un arreo. Adrián pasó junto a un grupo... El Mocho corrió detrás..., le dió la puñalada a traición... Me siguió, después... Quería matarme..., pero arranqué...

Las manos de Adolfo se crisparon como garras sobre las crines del overo. Montó de un salto, y partió como un torbellino en dirección al boliche. Lo miramos ir. Sólo corrió un corto trecho. Luego regresó. El overo saltaba, nervioso, apenas contenido por el freno, girando sin cesar sobre sus patas traseras.

La voz de Adolfo sonó ronca:

—Rafael..., ¿puedes montar?

Agité la cabeza, afirmando.

—Rubén, llévalo al puesto. Yo iré adelante... ¡Pobre mamá!...

Y volvió a partir, ahora rumbo a nuestro hogar, mensajero de la infausta nueva.

El choque nervioso me había derrumbado. No pude montar. Rubén, tras infinitos esfuerzos, colocando su caballo al lado de un montículo, logró echarme sobre el arzón. Montó en seguida, cruzó los brazos bajo mis axilas, sosteniéndome. Y emprendimos la marcha paso a paso, mientras el malacara nos seguía como un perro, trémulo, bañado en sudor.

Rubén restregaba a cada instante sus ojos en mi boina, secándose las lágrimas. Era el suyo un silencioso llanto sin sollozos ni convulsiones. Lloraba dulcemente, sin hablar, sin preguntarme nada, con llanto de ciego, o de anciano.

El viento empezó a soplar. Atardecía. El verde de los mallines viraba hacia el negro. Me sentía terriblemente fatigado. Por primera vez mi conciencia vislumbraba la soledad de la pampa, el abandono que afrontaban los seres al pretender enraizarse en su piel desolada.

A lo lejos, la bruma del atardecer. Bruma sobre el hundido horizonte que se anillaba en torno a nuestro desamparo. Bruma en mi corazón de niño. Bruma sobre los años pasados, sobre el tiempo caído inexorablemente.

XI

Llegamos cuando anochecía. Todo estaba obscuro, en silencio, como detenido.

Entré al fogón, vacilando, mientras Rubén desensillaba los caballos. La luz del candil se desplomaba inerte sobre la vieja Carmen que, sentada al lado del fuego, mecía a Anita, adormeciéndola. Me miraron por un instante las pupilas opacas; cayeron sobre ellas las rugosas cortinas de los párpados, y las lágrimas empezaron a rodar por las quebradas mejillas.

—La señorita fué a traerlo... con Adolfo y los “Arraigás”... Pobrecita... parecía una muerta... Ven-ga, mi hijito..., siéntese..., voy a darle unos mateci-tos...

La vieja me acarició el cabello. Sentí en las sienes el áspero contacto de las manos sarmentosas. Salí, estremeciéndome. Rubén acomodaba los recados bajo la enramada. Eché de menos a los perros. Todo me pareció desierto, como si me encontrara solo en el mundo.

La vieja Carmen alimentaba el fuego, pesarosa, sin moverse del asiento. Rubén luchaba contra el sueño, cabeceando. Yo, tendido en el camastro de la anciana, me amodorraba, intranquilo.

Esperábamos. El viento silbaba en las totoras. El candil parpadeaba. Pesaba el silencio como plomo. El

recuerdo de mi padre tocó, fugaz, mi mente. Si él estuviera aquí... Y volvía a caer en una oscura sima.

Me agitaba, inquieto. La vieja se aproximó. Me palpó la frente.

—Duérmase, mi hijito... parece que tuviera fiebre. Me echó otra manta encima.

La carrera furtiva de una rata por lo alto del muro desprendió pequeños aludes de cascajo que rodaron rebotando en las asperezas de la pared como una lluvia sorda, funeral.

La espera se hacía interminable. La noche atascaba sus lentos carros en el sombrío camino del alba. Un oscuro temor me mantenía insomne, un miedo que brotaba de adentro, derramando sus frías aguas viscosas sobre la superficie de la conciencia.

Leves rachas de viento, colándose por invisibles grietas de los muros, imprimían trémulas vibraciones a la llama del candil. Durante largos instantes la luminosa lengüecilla permanecía inmóvil, recta hacia arriba, como una flecha en reposo. De pronto la sacudía un fino temblor, un estremecimiento que subía desde la base, como aleteo imponderable, hasta agitar la inmaterial quietud del vértice. La llama vibraba como una cuerda, recorrida por rápidos espasmos. Luego se aquietaba. Y volvía a temblar.

La vieja parecía meditar. Acaso no lo hiciera, y su actitud no fuese sino la fuga del pensamiento. Dime a observar su gesto derrumbado por los años como si de repente cobrara para mí una extraña sugerencia.

¿Quién era la vieja Carmen?... ¿De dónde vino?... ¿Qué misterio ocultaría su vida?... Y no tan sólo ella, sino todos los seres que me rodeaban, mi padre, mi madre, Adrián...

Mi pensamiento se quebró. Caí otra vez en la congoja, en el desánimo, mientras unas tenaces manos de fuego me apretaban las sienes.

Un ligero ladrido aventó de repente la fatiga que me dominaba. Me enderecé vivamente. Sentí un leve vahido, pero me repuse, y salté del camastro siguiendo a Rubén.

Desde la enramada atisbamos la noche. Se aproximaba el alba. Las estrellas empalidecían, cegando sus ojos minerales bajo lechosas transparencias. Soplaban el viento, un viento helado, trasminante.

No se veía nada. Tres o cuatro ladridos más cercanos, de pronto, seguidos por un largo silencio. Luego, un suave restregar de veloces y livianas patas: los perros que se acercaban al puesto, corriendo en las sombras, jadeantes, inquietos, las pelambres consteladas de rocío.

Me agaché sobre la jauría que nos estrechaba en apretado anillo de caricias, y palmoteé los húmedos lomos, aquietándolos, sin dejar de avisorar la indecisa obscuridad. Rubén murmuró, suspirando:

—No tardarán...

Transcurrieron aún largos minutos, sin otro contenido que un torturante anhelo. Me sacudían escalofríos, pero mi cuerpo era una trémula y ardiente caña. Hubiera deseado tenderme allí mismo, y dormir, y que un sueño de siglos borrara de mí el obstinado recuerdo.

La sombra de la vieja obstruyó por un instante la luz del candil que difundía hacia la noche por el hueco de la puerta, su mortecino resplandor. Todo era sombrío en torno. El ala oscura del cielo abanicaba la pampa, sumergiéndola bajo una palpitante y silenciosa marea.

Los perros husmeaban los rincones buscando comi-

da. Se escuchaban gruñidos, bostezos, mandíbulas cerradas de golpe.

Nos cansábamos de escuchar, y de mirar. Brillaron de repente las pupilas de Rubén; salió al ancho patio, y se detuvo en actitud de acecho. Agucé el oído. Un pausado rumor venía desde lejos, un lento y apagado tropel, un sonido que el viento y la distancia hacían impreciso.

La doliente caravana emergió súbitamente de las sombras, adelantándose con lentitud. Ladraron los perros. El vuelo de una lechuza cortó, como un facón de trapo, la ola negra de la noche. Algo se me quebró adentro, algo que no sabía precisar, algo remoto, y que me parecía indestructible.

La silenciosa cabalgata se detuvo junto a la enramada. Sonaron los frenos, los pasadores de las riendas; se escucharon ruidos de botas y bombachas restregadas al descabalar. Más que ver, adiviné la sombra inmóvil de mi madre sentada en su alta silla de amazona.

Luego, las fornidas siluetas de Adolfo y los ovejeros agitáronse en torno al zaino que traía los restos de Adrián. Hubo un desatar de cabestros, un deslizarse de anchas sogas cayendo al suelo, y los tres hombres, en solemne y respetuosa procesión, transportaron el cuerpo rígido, envuelto en un poncho obscuro que no alcanzaba a cubrir las botas cuyas lloronas temblaban a cada movimiento.

Si alguna vez algo me sugirió en forma definitiva la idea de la muerte, fué sin duda el sonido de esas espuelas sacudidas en el vacío, tañidas sin ritmo, despojadas de la pulsación vital que les imprimiera en otro tiempo la voluntad ordenadora de su dueño ahora extinguido.

El grupo entró en el fogón. Mi madre iba detrás, suspendiendo con una mano el ruedo del largo ropón que usaba muy de tarde en tarde para montar.

El cuerpo de Adrián quedó tendido en el camastro de doña Carmen. La vieja trajo el candil y lo colgó sobre el testero, llorando. Todo me pareció borroso, de pronto. Se apoderó de mí un desgano irresistible. Me senté, para no caer, en un banquillo adosado al muro, perdido en la penumbra de un rincón.

Amanecía. Por las grietas del aleró empezó a difundirse la lividez de la madrugada y su luz de ceniza contrastaba extrañamente con el ascua pálida del candil. Las vigas ahumadas surgieron lentamente, destacándose como negras costillas en la piel gris de las totoras.

Todos rodeaban el lecho, gachas las cabezas, en actitud orante y recogida. Adolfo salió. Regresó con un largo paquete, el papel de cuya envoltura crujió al desgarrarse.

Aparecieron cuatro grandes cirios. Mi madre volvió el rostro. Su angustia parecía haberse trocado en una suerte de helada serenidad. Sus facciones adquirieron la majestad del dolor que se sabe sin consuelo terreno. Mas, acaso, su aparente resignación no fuera consciente, sino el sordo estupor en que la sumergiera la desgracia.

Había envejecido de repente. La fina nariz agudizaba su perfil aguileño. La piel se levantaba en los pómulos, demacrándose en las mejillas, sortándose en la boca de comisuras desmayadas. Habíanse apagado sus pupilas. Nada brillaba en el fondo de las hundidas ojeras. La traspasaba un aire de ausencia, como si todo lo que la rodeaba le fuera ajeno y remoto.

Su voz sonó descolorida:

—No enciendas las velas, Adolfo... Espera... Hay que lavarlo... y vestirlo...

Encaminóse hacia la puerta sin soltar el ruedo del ropón. Un extraño automatismo dirigía sus pasos. Con la mano libre empujó el rústico batiente que giró, silencioso, sostenido por sus goznes de cuero; al abrirse, una súbita claridad iluminó el antro oscuro del fogón, disolviendo de golpe la penumbra. El candil palideció hasta no ser sino un destello moribundo.

Apagóse el fuego. La sempiterna vitalidad de sus ascuas agonizó lentamente hasta extinguirse por completo bajo las silenciosas y mortales manos de la ceniza.

La vieja Carmen, cuidadora del fuego, habíase olvidado de alimentarlo, absorta y entontecida por el hecho infausto. El Petiso, destapando la pava, la trajo a su humilde y cotidiana realidad.

Murmuró azorada:

—Dios mío..., ¡se apagó el fuego!...

Hundió, entonces, una horquilla de fierro en la ceniza, revolviéndola, con la esperanza de encontrar alguna brasa viva. Sopló un apagado tizón, procurando, inútilmente, reavivar su perdida lumbre. Sólo consiguió aventar una nube de volandera ceniza que durante largo rato cabrilleó, girando livianísima, en el trémulo mástil de un rayo de sol.

Mi madre regresó, enlutada, trayendo un envoltorio con ropas de Adrián.

Afuera era ya de día.

Durante largos instantes permanecí con Rubén bajo la enramada, tratando de encender fuego. Mi madre nos había hecho salir, y allí estábamos mientras el Zorro desensillaba los caballos y el Petiso acarreaba agua desde el estero.

Adentro se oía rumor de pasos, de ropas restregadas, un rumor sosegado, tenue. Y luego, escuchóse agrio sonido de aguas escurridas, de aguas fluyendo sobre la piel helada del muerto, un amargo rumor de aguas funerales lavando una presencia rota, aniquilada.

Salió la vieja Carmen llevando en las manos un atado de ropas ensangrentadas, y encaminóse hacia el estero. Los perros la siguieron, recelosos, husmeando desde lejos el trágico envoltorio.

Adolfo se asomó a la puerta del fogón. Nos miró con ojos cargados de pena. Susurró:

—Ahora pueden entrar...

La luz de los cirios proyectaba fúnebre resplandor sobre los despojos de mi hermano que allí, encima del lecho de la vieja transformado en túmulo, atrasaban su terrena permanencia. Mi madre, sentada junto a la cabecera, rezaba en voz baja. Los negros abalorios de un rosario se deslizaban sobre su falda cada cierto tiempo, entrechocando, produciendo sordos chasquidos. La vieja Carmen, hincada sobre el suelo al otro lado del lecho, contestaba el rezo susurrando las palabras. Adolfo meditaba junto al muro. Un poco más allá, Rubén con Anita en brazos. Y más allá aún, los dos ovejeros, silenciosos y extáticos.

Rayos de sol, cayendo desde agujeros del techo, se

cruzaban en la penumbra y dejaban sobre el suelo sus brillantes monedas. Una de ellas destefnía su oro sobre las manos del difunto, iluminando los dedos crispados, evidenciando las uñas manchadas de sangre seca que el agua no alcanzó a arrastrar.

Una gruesa costra de esperma circundaba el ápice de los velones, y caía, fundiéndose, como una cenefa de lentas arrugas. Temblaron las llamas de los cirios, y su trémula vibración movía sombras en aquel rostro extinto, en esos ojos vidriados por la muerte, en esos rasgos rígidos en que, no obstante, vagaba como una niebla transparente, tornándolos tranquilos, augustos, despojados de todo signo de desesperación.

Sonaron afuera tardas y recias pisadas. Me deslicé hacia la puerta, y vi el zaino de Adrián detenido bajo el alero, oliendo los muros, empujado por quién sabe qué extraño designio.

Volví a entrar. La voz de mi madre sonaba llena de unción, henchida de preces y de sufrimiento. Sentí por ella una inmensa piedad, por ella, por mí, por todos los seres que abarcaba mi conocimiento. Todos habrían de acabarse un día. Todos. Mas, el tenaz pensamiento de que ya no volvería a ver sobre la tierra la presencia viva de mi hermano, clavó en mi corazón sus duros puñales.

Sentí los sollozos recorriendo mis venas. Me cubrí la boca para no gritar, apretando los dientes, apretándolos, hasta que las lágrimas brotaron a raudales, las silenciosas lágrimas consoladoras.

Me dominaba la fatiga. Me senté en un banquillo junto al muro. Afirmé la cabeza en la áspera piel de barro, y cerré los ojos. La oración llegaba a mis oídos

filtrada por el sueño, apagada, como rumor de lluvia lejana...

...Padre nuestro que estás en... perdona nuestras deudas... no nos dejes caer en... libranos de todo mal...

Desperté sobresaltado en mi lecho. Tenía los ojos abiertos, y Rubén continuaba zamarreándose. Alguien me había llevado hasta allí mientras dormía, cubriéndome con una gruesa matra.

Salté presuroso tras Rubén, y salí. El sol caía allá lejos, golpeando los mallines con sus lanzas oblicuas. El horizonte era una hoguera deslumbrante, un crisol en que rutilaban metales ardidos y crueles coágulos de rubí. El viento transportaba la luz, hiriendo las pupilas con sus espejos cegadores, volcando a ras de tierra su mágica marea de resplandor. La sombra de las piedras se alargaba cada vez más.

Adolfo, ayudado por Rubén, blandía un martillo bajo la enramada, clavando retorcidos troncos de chacay. Una informe trabazón surgía lentamente, delineando el contorno de unas parihuelas.

Llegaron los Arriagadas. Venían sudados y polvorientos. Traían sendas palas que tiraron a un rincón.

Entré. Mi madre continuaba sentada. Consumíanse los cirios, alimentándose ahora de las chorreaduras de cera. Las manos del difunto crispábanse sobre un manojito de flores pamperas, unas pequeñas flores azules recogidas quizás por la tierna solicitud de Rubén.

Cesaron afuera los martillazos. Adolfo asomó el rostro y se retiró. Reapareció al cabo de un momento

con su poncho de vicuña en las manos, seguido por los ovejeros que transportaban las parihuelas.

Mi madre se animó. Pareció regresar desde una insondable lejanía. Miró a los ovejeros:

—Petiso..., ¿cavaron la sepultura?...

El Petiso bajó los ojos, asintiendo.

—...¿Profunda...?

—Sí.

—...¿Juntaron piedras?...

—Sí, doña.

—¡Ay..., llevémoslo, entonces!...

Rubén sollozó, Adolfo clavó en él la mirada:

—No llore, mi hijo... Vaya, y tráigame dos fajas; ¡ligero!...

Rubén salió corriendo.

Mientras tanto, Adolfo y los Arriagadas envolvían en el poncho los restos de Adrián. Antes que la cabeza de mi hermano desapareciera bajo el tosco sudario, mi madre acarició la frente lívida. Con los flecos del poncho limpió un resto de sangre que obscurecía las comisuras de esa boca callada para siempre, y susurró, transida:

—¡Mi hijo..., mi pobre hijo!...

Adolfo ató firmemente las fajas en torno a los hombros, la hizo salir del fogón. Permaneció bajo la enramada, extática, mirando sin ver, los ojos secos, hundidos en el fondo de las profundas ojeras. La circundaba como una sobrehumana aureola de ausencia.

Adolfo ató firmemente las fajas en torno a los hombros y a los pies del muerto. Luego, el rígido cuerpo fué depositado en las parihuelas. Adolfo cogió con ambas manos las varas traseras y los Arriagadas cada guión de las anteriores. Crujió el féretro al ser levantado, y se

abolsó como una hamaca bajo el peso del difunto. Pero la trabazón de las ramas era fuerte, y no cedió.

Pese a las protestas de Adolfo, mi madre fué el cuarto angarillero. Insistió sin hablar, crispando las manos sobre el áspero leño hasta cargarlo en los finos hombros que se curvaron dolientes.

A cada paso rechinaban las parihuelas. Detrás iba Rubén con las dos palas, yo con un lazo, y la vieja Carmen con Anita de la mano. Rezagados, los perros.

Remontamos el curso del estero. El sol incendiaba la tierra y su reflejo sobre el agua clavaba en las pupilas agudas saetas de luz. El viento silbaba en los neneos, rizando el coirón. Un carancho cruzó en lo alto y graznó. La vieja inclinó el rostro y se persignó. A lo lejos, caballos. Más lejos aún, una leve polvareda. Circundando todo, la pampa, la inmensa y desolada pampa cavadora de esperanzas.

El cuerpo de Adrián fué descendido mediante el lazo hasta que reposó blandamente sobre el fondo de la fosa. Mi madre, juntas las manos, musitó breve oración. Se inclinó luego, cogió un puñado de tierra, y lo esparció hacia abajo. Durante corto instante su brazo pareció inmovilizarse en el aire. Inclínada hacia adelante, cerrados los ojos, el brazo tendido mientras el viento sacudía sus cabellos y estrechaba sus ropas, pareció convertirse en la imagen de la desolación. Murmuró otra vez:

—¡Mi hijo..., mi pobre hijo!...

Dióse vuelta. Caminó algunos pasos, y se sentó sobre una piedra. La vieja Carmen lloraba. Rubén lloraba. Anita miraba con sus grandes ojos asombrados.

Adolfo cogió un puñado de tierra, y repitió el gesto de mi madre. Todos hicimos lo mismo. Luego, los ovejeros empezaron a llenar la sepultura. Las primeras paladas cayeron sobre el cuerpo indefenso, chocando con sus ropas, cubriéndolas, produciendo un extraño sonido. Pronto, de la masa de tierra invasora sólo emergieron las puntas de las botas. Pero también desaparecieron, y el abrazo de la tierra fué definitivo para ese corazón que el día anterior, apenas, alentaba sueños y esperanzas. Definitivo para esos ojos en cuyas cuencas habrían de crecer las raíces de quien sabe qué misteriosos vegetales ciegos.

Allá lejos, el puesto destacaba su pequeña presencia solitaria, envuelto ya en los cendales del crepúsculo.

Los Arriagadas apisonaron la tierra, golpeándola con el dorso de las palas. Luego, sobre la ligera eminencia que señalaba en la lisa llanura la tumba de Adrián, amontonamos piedras. Piedras redondas, planas, suaves, ásperas: secas y hoscas como el corazón de esa tierra que empezaba a devorarnos.

XII

Diez días después, cuando aún palpitaba junto a nosotros la sombra pura y transparente de Adrián, murió Rubén.

El dedo misterioso de la fatalidad habíase abatido en inapelable sentencia sobre el grupo de seres a quienes un extraño sino desarraigara de sus lares para mutilarlo sin piedad en los mismos momentos en que la lucha contra el medio inclemente tocaba a su fin, y un tranquilo bienestar se asomaba ya en el horizonte de los días por venir.

¿No habría valido más, acaso, permanecer en esa tierra de Chile que mi fantasía imaginaba remotísima y sobrevivir allí de cualquier modo, antes que el espejismo de una vida fácil en suelo extranjero se trizara en hondas y definitivas grietas?

La muerte de Rubén acabó de trastornar el equilibrio psíquico que mi inconsciente egoísmo de niño creyera incommovible. Rubén, más que hermano, era mi camarada, un compañero dócil, risueño, complaciente.

Nunca pareció hacer sentir su presencia. Era liviano como el vuelo de un chingolo. Estaba más cerca de mí que los demás. Apenas era mayor que yo, y su pequeño concepto del mundo calzaba estrechamente en mis propios moldes. Muchas veces le impuse mis caprichos, a los que siempre accedió sin oponer ni la sombra de una resistencia. Me regalaba cuanto tenía, ron-

dándome, cuidándome, preservándome de no sé qué posibles peligros.

¡Ay, pequeño Rubén!... Su muerte, más que la de Adrián, significó la culminación de mi infancia. Detrás quedaron los recuerdos, los planos blancos, esa patria de ensueño y de dulzura perdida para siempre. Desde entonces, un impulso tenaz me acercó a mi madre, ansiando incorporar a mi vida sus estoicos elementos de resignación ante lo irremediable, y su poderosa facultad de lucha frente al porvenir: dulce gota de esperanza temblando en el fondo del aciago destino.

Mi madre, vestida de luto, hilaba en silencio junto al fuego. La vieja Carmen preparaba el churrasco de la noche. Nada había cambiado. El candil humoso, los rincones oscuros, las vigas ennegrecidas. Y la pava sentada entre las brazas, roncando.

Pero algo flotaba en el aire, impregnándolo de duelo, una presencia invisible que hacía más hondo el vacío de su materialidad.

El Zorro, pensativo, cebaba amargos que sorbía a grandes chupadas. Sólo esperábamos, para churrasquear, a Rubén y al Petiso, que retrasaban su llegada.

Mi madre alzó los ojos, y detuvo el giro del huso. Echó un nudo del hilado en la punta de la sencilla rueca, y la clavó en el blanco vellón que mantenía en las faldas. Su voz sonó quejosa:

—¡A qué hora llegará este niño!...

Y luego:

—¿Está el asado, doña Carmen?

La vieja clavó el cuchillo en la carne:

—Sí, señorita...

—Bueno, coman no más.

El Zorro dejó el mate junto al fuego, y tomó el asador para clavarlo en la tierra. En ese instante ladraron los perros. Adolfo exclamó, confluado:

—¡Ahí vienen!

Se produjo un largo silencio. Escuchóse luego el andar de un lento caballo que se aproximaba hasta detenerse junto al fogón. Sonó en sordina, pero premiosa, la voz del Petiso:

—¡Adolfo...! ¡Adolfo!

Salimos corriendo. Afuera estaba el Petiso, montado, y sostenía entre los brazos a Rubén, que se quejaba débilmente.

Un pesado estupor nos sumergió en su hielo. Mi madre palpó las piernas desmayadas del niño, más instantáneamente retiró las manos, pues el quejido se hizo grito.

Adolfo se aproximó:

—Dios, ¿qué ha pasado, Petiso?

—Una rodada, mozo.

—¿Está herido?

—No lo sé. Pero el anca del pangaré le aplastó el vientre... Espérese. Ya. Con cuidado, mozo.

Adolfo estiró los brazos y cogió a Rubén, desmontándolo con infinita delicadeza. El niño gritó, no obstante, desde la primera sacudida. Mientras Adolfo lo conducía hacia el pabellón en que dormíamos, cesaron repentinamente los gritos. Brotó, afligida, la voz de mi madre:

—¡Pronto, Adolfo! ¡Se ha desmayado!

La noche entró con nosotros al pabellón. El Zorro raspó una cerilla y la llama del candil tembló, incierta, iluminando apenas el contorno de las cosas.

El rostro de Rubén era una mancha lívida. Un anillo de caras ansiosas circundaba el lecho. El niño abrió los ojos, y un gesto de dolor torció los labios cárdenos. Empezaron de nuevo los lastimeros quejidos. Adolfo trató de desvestirlo, pero desistió. El menor movimiento lo crispaba en angustiosas contracciones.

—A ver, mamá..., ¡las tijeras!

Mi madre rebuscó, con premura, en cierta caja. Adolfo cogió las tijeras, cuyos brillantes metales rutilaron trágicos a la luz del candil, y cortó con rapidez, desde la bastilla hasta la pretina, las ceñidas bombachas de Rubén. De un tajo hizo saltar el botón de los calzoncillos, y levantó cuidadosamente las faldas de la camisa. Apareció el liso abdomen, enjuto aún, combándose desde las frágiles costillas. Un hilo de sangre brotaba del ombligo, y fluía hacia abajo cruzando difusas manchas que amorataban el vientre macerado.

El Zorro dejó escapar un leve silbido. Se torció hacia un lado y susurró en la oreja del Petiso:

—Psss... ¡Está jodido el "guri"!...

Salieron. Sentí vacío el estómago. Mas, una esperanza irracional, nacida del instinto, me refrescó el corazón. ¿Por qué iba a morirse Rubén? ¿Acaso no rodamos veinte veces en peligrosas caídas cuando corríamos charas, sin sacar ni un rasguño?

Rubén seguía quejándose. Se lamentaba como un avecilla herida, con un quejido corto, bajo, tenaz. Partía el alma estucharlo:

—¡Ay!... Agua, mamacita... Tengo sed, mamacita... Déme la mano, mamacita...

Mientras Adolfo le aplicaba sobre el vientre compresa tras compresa de agua fría que el Petiso acarreaba in-

cansablemente desde el estero, mi madre le humedecía los labios resecos.

—...Agua, mamacita...

Pasaron las horas. Adolfo y mi madre velaban junto al lecho. El candil parpadeaba, y movía en los rincones sombras amenazantes.

Mi sueño se rompía a cada instante. El obsesionante recuerdo de aquel hilo de sangre se abatía en mi espíritu, entonces, y sus alas agoreras soplaban en la raíz de mis huesos el obscuro terror a la muerte, la inutilidad de la vida y del sufrimiento, lo vacío de toda maldición y de toda rebeldía.

Desperté entrada la mañana. Rubén hipaba, sacudido por las bascas. De rato en rato asomaba a sus labios un vómito negro que mi madre limpiaba con una toalla. La fiebre desencajaba su rostro, y en las brillantes pupilas asomaba el cruel reflejo de la angustia.

Sali anonadado. Mas, el claro paisaje que abarcaron mis ojos, atenuó la tortura que me clavaba el corazón. Sentí deseos de comer. Fui al fogón, y allí estaban los Arriagadas, churrasqueando. Comí algo, y bebí un poco de leche que la vieja ordeñara esa mañana. El Petiso hablaba entre chupada y chupada de amargo:

—...El pangaré era duro de hocico, y el mocito no pudo sofrenarlo. La chara subió la loma, y el pangaré detrás... Pero la loma era levantada, y el caballo se fué de espaldas. No pude hacer nada, Zorro... No me atrevía a

tocarlo. Gritaba como bagual corneado. Pero, en fin, lo traje... Dios me perdone cuanto lo hice sufrir. Qué te parece, Zorro, ¿vivirá?...

—Y... difícil. Está reventado.

—¿Reventado?

—Pero, ¿no viste la sangre que le salía del ombligo? "Asigún" mi parecer, no tiene vuelta.

—¡Canejo! ¡Vida perra!

—¡Perra, Petiso!...

Regresé al pabellón. Rubén deliraba. Por los labios hinchados escapaban frases incoherentes, murmullos entrecortados, palabras sin sentido:

—A mil metros de aquí... se halla.. a mil metros...

Le cogí las manos. Me brotó el llanto. Murmuré entre sollozos:

—Rubén... Rubencito...

Adolfo apretó los dientes:

—¡Carajo!... ¡Qué tenga uno que ver morir los hermanos!...

De pronto, los frágiles puños se apretaron convulsos sobre el borde de las sábanas, las manos de cera cogieron la liviana cubierta que osciló en un extraño vaivén, tapando y destapando el delgado pecho sudoroso. Todo el movimiento se concentró en las muñecas que giraban desatentadas, ingobernables, como si de repente se hubiera roto en ellas cierto secreto y misterioso mecanismo.

Mi madre miraba extática, hundida en la angustia, y apretaba un pañuelo sobre los labios sin color.

Luego, tras leves convulsiones, se aquietó el pequeño cuerpo martirizado. Pareció como si una súbita capa de ceniza apagara sobre las mejillas empurpuradas el fuego de la fiebre. Los párpados cayeron vencidos, arrastrando

dos gruesas lágrimas que por un instante temblaron en las pestañas y rodaron pronto hacia abajo, escurriéndose a lo largo de ese rostro aniquilado por la muerte.

XIII

Transcurrieron dos años.

Es extraña la forma de cómo el tiempo puede atenuar, alejándolo, el pasado ingrato y su obscura violencia. Y es que nada persiste con su relieve de origen. El tiempo, escultor ciego, hace jugar sus lentos cinceles devastadores de pasiones y recuerdos, de penas y alegrías, limando las agudas aristas, vaciando sobre el alma la melancólica pátina de la resignación.

Sin embargo, a veces, un sonido, o un color, o un perfume, bastan para evocar el mundo que dejamos atrás, ese mundo perdido en la bruma, remoto, inexistente. Vive de nuevo el pasado, entonces. Pero su vida es vaga, trémula, desdibujada como la visión de esas viejas piedras detenidas en el fondo de los ríos, y que parecen temblar bajo la fuga eterna del agua. En ese regreso de la mente, el hombre puede capturar un detalle, atrapar un fragmento del tiempo caído. Mas el panorama se esfuma, se diluyen los contornos como paisajes hundidos en la niebla.

Sobre el amplio lecho, dando grititos, rodaba el pequeño Carlos, manejado por las diestras manos de mi madre. La criatura, de tres meses de edad, agitaba las gordas piernezuelas resistiéndose a ser envuelto en los

ceñidos pañales. Yo miraba regocijado mientras mi madre deslizaba ágilmente paños y mantillas sobre el tierno infante.

Se oían afuera los chillidos de Anita que perseguía en vano golondrinas.

Entró mi padre. Se detuvo al pie del lecho, mirando con sus ojillos maliciosos en el rostro adusto. Por la cotona desabrochada aomaba la pelambre blanca. Me sentí cohibido. Mi madre aceleró la operación de vestir al niño, como si la silenciosa presencia de mi padre acicateara en sus venas un obscuro temor.

De pronto, mientras sujetaba el infante con una mano, inmovilizándolo de espaldas sobre la mullida cubierta del lecho, tendió la otra hacia un montón de ropa que allí estaba, y la agitó presurosa. Al no encontrar lo que buscaba se volvió hacia mí:

—Patito..., abre el baúl. Sácame una faja del niño.

Levanté penosamente la pesada tapa del baúl, y hundi mis manos en el extraño mundo que allí se hacinaba. Revolví aquello.

—No hay nada, mamá.

—¿Cómo?...

—No. Si no hay nada.

—¡Chiquillo de friolera!...

Soltó a Carlitos, y vino hacia el baúl. Registró el atiborrado vientre, y extrajo desde el fondo la prenda buscada. Junto con la faja emergió, en la ola de ropa, un pequeño libro que no conocía y que deslicé en mis bolsillos, mientras mi madre terminaba el aderezo del bebé. Mi padre miraba, callado.

El niño rompió a llorar súbitamente. Mi madre lo tomó en brazos, y se sentó en el lecho. Desabrochó su blu-

sa, y un senq generoso apagó de golpe el llanto con su tibio manantial.

Sali.

Crucé la ancha explanada en donde aun quedaban signos de la última esquila: enroscados trozos de cartilago, secos, negros, mostrando restos de lana, escapados por milagro de la voracidad de las hormigas.

Junto al fogón, bajo el alero, se amontonaban los fardos de lana. La sombra de un carro pampero cobijaba la somholencia de "Cholet", el puma castrado.

Me encaminé hacia lo alto del barranco. Abajo, cerca de la represa, la vieja Carmen lavaba. Sumergía las ropas en el estero, y las amontonaba, chorreantes, sobre una lisa y ancha piedra. Ahí las golpeaba con una paleta de madera; el agua saltaba en ráfagas a cada golpe, hinchando las telas en movedizos buches de fugaz duración.

Junto a la vieja, "Martín", el pequeño guanaco, aquietaba curioso el grácil cuerpecillo. Las finas patas, el abdomen enjuto, los grandes y húmedos ojos de terciopelo conferían a su estampa una extraña y sugerente gracia.

A lo lejos, caballos. El sol, arriba, fustigaba las livianas alas del viento. Nada habia cambiado. ¿Nada? Sí. Algo, quizás. Pero eran transformaciones interiores, algo escondido, profundo.

Bajé hacia el estero, y lo crucé saltando de piedra en piedra. Me tendí de espaldas en el coirón, bajo la rala sombra de unos chacayes. Saqué el libro y contemplé largamente su cubierta. Eran unas extrañas tapas de tela muy gastada, delatora de constante devoción, una de las cuales se prolongaba doblándose sobre la otra como una funda protectora.

Era una libreta de poesías. En la primera página resaltaba el dibujo, hecho a pluma, de un corazón, y un complicado monograma de extraños trazos. Todo el resto era una apretada y densa masa de versos copiados por Adrián.

Antes de empezar a leer, miré hacia arriba. El cielo se me hizo de pronto más profundo. Mi pensamiento cayó en el quieto lago azul y se hundió cada vez más en su abismo insondable. El tiempo detuvo su galope, y mi conciencia regresó penosamente hacia el pasado, aleteando en medio de las brumas de sus paisajes claroscuros hasta clavarse como una flecha trémula en las horas amargas del recuerdo...

La muerte de mis hermanos me había sumergido en un pesado atontamiento. Mi madre no me dejó salir por muchos días, y hube de vagar en torno al puesto como un ánima en pena, solo, angustiado, sintiendo que la soledad se me adentraba. Dormía a medias. Despertaba en lo alto de la noche. Me cubría el rostro, entonces, y transpiraba de terror bajo las matras. En mi cabeza giraban las pesadillas. Me obsesionaba el recuerdo del Mocho, el de la puñalada traidora. La sangre rubricaba mi insomnio. Sangre brotada de la boca de Adrián como de un caño súbito. Sangre corriendo en hilillos sobre el vientre de Rubén. Sangre. Sólo sangre.

Enflaquecí. Y, cosa curiosa, me llené de piojos. Cuando mi madre me limpiaba los cabellos, escarmentándolos con sus dedos pálidos, la vieja Carmen decía:

—Es "pensión", señorita... La pena cría piojos en los cristianos.

Los Arriagadas salían a cuidar las majadas, y volvían. Adolfo se ausentaba en misteriosos viajes que lo retenían a veces hasta tres días fuera del puesto. Regresaba cansado, polvoriento, huraño. No respondía a mis insistentes preguntas. Me inquietaba, no obstante, el esmero con que vigilaba el funcionamiento de sus dos revólveres.

Y mi madre..., ¡cuántas veces la contemplé, meditando, sentada junto al fuego, el mate vacío en la mano o el huso desmayado en las faldas, y el pensamiento extraviado en quién sabe qué honda melancolía, en qué terrible y desolada añoranza!...

Me acercaba, entonces, y ella, sin abandonar su aire de ausencia, hacía vagar sus dedos en mi pelo revuelto. Era grato para mí sentir su suave caricia. Me invadía algo dulce, algo tibio, un poderoso río de ternura que arrastraba mi confusa pesadumbre.

El tiempo corrió. Finalizó febrero. Los días empezaron a mostrarse desapacibles. A veces llegaba un amigo, o un conocido enterado de nuestra desgracia, y nos traía su condolencia. Mateaba. Churrasqueaba. Y se iba. Pero todo me sonaba a hueco. Presentía obscuramente que los elementos de consuelo se hallaban dentro de nosotros mismos, y que ninguna fuerza ajena podría acelerar el proceso de nuestra recuperación.

A mediados de marzo llegó mi padre. Encontró al regresar, en el retén de Junín, la carta en que Adolfo le informaba, de lo ocurrido. La carta tenía muchas semanas de atraso, pues nadie hubo que pudiera hacerla llegar hasta la frontera.

Matando caballos, sin detenerse en parte alguna, mi padre llegó al puesto un día después. Salimos del fogón cuando los perros ladraron anunciando su llegada. Mi

madre soltó el llanto al verlo. El hombre se bajó del caballo, echó hacia atrás las haldas de su poncho, y sin sacudir siquiera el polvo del viaje, la estrechó entre sus brazos. Durante largo rato permanecieron silenciosos, temblando, sumergidos en el hondo pesar que sólo ellos podían sentir.

Adolfo, con Anita en los brazos, contraía las cejas en un gesto de aflicción. La vieja Carmen lagrimeaba. Yo me mordía los labios para no llorar. Detrás de mi padre, callado, sombrío, Bernardo Carvajal, el pehuenche, inmovilizaba su actitud de piedra taciturna.

Mi padre se sentó bajo la enramada. Le saqué las lloronas, hincándome, tal como lo hacía Rubén, e hice chocar las taloneras para aventar el polvo que las cubría. Las finas rodajas temblaron, y su claro tintineo alzó su voz argentina en el aire preñado de tensión.

Escuchóse la tímida voz de la vieja:

—Don Leandro, patrón, ¿le cebo un amargo?

Mi padre musitó una sola palabra:

—¡No!...

Se levantó y agitó los brazos golpeándose las bombachas. Lo envolvió una nube de polvo. Salió luego, y a lentos pasos se encaminó hacia el pabellón. Adolfo lo siguió. Fui detrás. Sentado en su lecho nos miró fijamente.

—¡Déjenme solo!

Salimos. Sentí una honda piedad ante el silencioso dolor de ese hombre que era mi padre, de ese hombre viejo, cansado, cuya adustez se quebraba de pronto, descubriendo la fibra humana que la dureza de la vida escondiera bajo una costra de aparente indiferencia. Era casi un extraño para mí, es cierto. Su estampa severa ponía una infranqueable distancia de años entre su men-

te austera y mi liviano corazón. Mas el pesar lo descendió hasta la tenue raíz de mi pensamiento.

Respetando su deseo, lo dejamos solo. Durante tres días no salió del pabellón. Ni en las noches, al acostarnos, quería que le habláramos. Por aquel tiempo el asma empezó a torturar su pecho. O pudo ocurrir que sólo entonces reparara en la tenaz dolencia. A media noche me despertaban los pertinaces accesos de esa tos angustiosa. Se calmaba luego, aspirando el humo acre de ciertos cigarrillos que agujereaban la obscuridad del aposento con la brasa viajera de sus puntas de fuego.

No permitía que nadie lo viera. Sólo Bernardo Cavajal, mañana y tarde, llevaba una pava hirviendo y le cebaba amargos. Pero el indio era impenetrable. A las preguntas de mi madre, respondía:

—Patrón “callao”... No habla “na”... Tener gualicho quien sabe..., pena quien sabe...

Al cabo del tercer día vino el pehuenche y me dijo:

—Que vaya “usté” dice patrón...

Fuí. Mi padre permanecía acostado. Se enderezó a medias al verme entrar, afirmando un codo en la almohada. Tenía un pañuelo rojo amarrado en torno a la frente. Parecía un indio. Sentí un vago temor. Dulcificó la voz al preguntarme:

—Mi hijo..., cuénteme cómo murió su hermano.

Se refería a Adrián. Con voz entrecortada narré los detalles de su muerte. Escuchaba atento. Su habitual gesto de severidad había desaparecido. En su lugar sólo quedaba el trasunto de un quebranto dominado. Terminé de hablar. Su tono fué grave, casi ronco:

—¿Eso es todo?...

Me invadió una oleada de respeto. Contesté casi a mi pesar:

—Todo, señor...

Meditó un instante. Luego:

—Dígalé a Adolfo que venga.

Vino Adolfo. Se detuvo al pie del lecho.

—¿Señor?...

Mi padre bajó los párpados. Frunció las cejas. Una arruga vertical quebró la frente curtida.

—Adolfo, Rafael me ha contado la muerte de Adrián. Quiero saber algo más, qué motivos tuvo el Mocho para matarlo. Quiero saber también cómo murió Rubén. Hable. Lo escucho.

Adolfo se agitó. Movié los labios. No sabía cómo empezar. Luego, velando las palabras, contó la violación de doña Carmen y cómo Adrián castigó al ovejero.

Mi padre escuchaba. Yo miraba, intranquillo, a mi alrededor. Llamó mi atención una vez más la piel de hueso que estiraba en el lecho de mi madre su sedosa pelambre amarillenta. La carabina colgaba junto a la ventana. Más allá, el candil. En torno, adosados a los muros, los lechos. En los rincones, esquineros encortinados repletos de ropa.

Sobrio y sombrío, Adolfo hablaba. Yo conocía los hechos que narraba, mas la dramaticidad de su voz le conferían a mis ojos nuevos y mayores relieves. Me senté sobre los gruesos cueros de oveja que tapizaban el pavimento, escuchando.

—Era tal vez el mediodía cuando nos separamos. Adrián se fué con Rafael al boliche de Muerza. Llevaba una carta de mi madre para usted, señor. Yo me fui con Rubén, y pasamos media tarde boleando "cholques"... Serían las cuatro. Sí. Serían las cuatro... Yo estaba de pie componiendo el carpincho que se me había corrido, cuando el viento trajo la sonajera de una "galopía-

da". Monté, y miramos. Un caballo disparado cruzaba lejos. Rubén me dijo de repente: "—¿Qué no es el Pato?... Sí. Es él. Lo conozco en la boina roja". Disparamos detrás. Rafael corría como un diantre. Lo llamé a gritos. No me oía. Entonces lo alcancé. Sofrenó el caballo al verme, y se desmayó. Cuando supe lo ocurrido mi primer impulso fué volar hacia el boliche y vengar al finado. Pero no lo hice. No crea que fué miedo, señor. No. Pensé en mi madre. Y torcí riendas hacia el puesto... No me quería creer cuando se lo dije. Repetía como zonzas: "—Pero no es posible... ¿Cómo?... ¡Dios mío...; pero no es posible!". Los Arriagadas llegaron mientras tanto. Mi tropilla pastaba cerca. La trajeron, y partimos al galope. Llegamos al boliche de anohecida. Desde lejos vimos el resplandor de los cirios con que velaban al finado, señor. Sólo tres personas había allí: una sirvienta india, un gaucho viejo y, rezando, la mujer del gallego... Gran mujer, señor. Criolla entera. Facón en mano defendió el cuerpo de Adrián. No permitió que la paisanada borracha lo tirara al Caleufu. El gaucho contó que los reseros obedecieron en medio de chirigotas. Tal vez no se atrevieron a atropellarla, pues el gallego observaba, carabina en mano... El Mocho había disparado. El arreo siguió la huella. Sólo quedaban los huesos del churrasqueo y el cuerpo de mi hermano cubierto con un poncho bajo la enramada. Mi madre se arrodilló junto a él, y descubrió su rostro, suspirando. Lo miró largo rato. Era triste de veras, señor, esa pena sin lágrimas. Hubiera preferido verla llorar a gritos. Pero así, no. Palabra. La mujer del gallego trataba de consolarla. Pero todo estaba de más. No perdimos mucho tiempo. El gaucho viejo trajo el zaino de Adrián, y sobre él echamos los restos del finado. Llegamos al puesto poco después de me-

dianoche. Hicimos la sepultación en la tarde del día siguiente..., cerca de los menucos del Mallín del Rodeo...

La voz de Adolfo adquirió una extraña resonancia. Se hizo grave, solemne:

—Dos montones de piedra, y una cruz de “caracuces”... Es todo lo que de ellos queda en el mundo...

Calló un momento atando recuerdos:

—Rubén, señor...

Era demasiado. La evocación me mordía los huesos. Salí. Obscurecía. Un viento helado conducía densas murallas de niebla. Los contornos del fogón se perdían en la espesura de la bruma cargada de agua. Los hermosos días de sol habían pasado. Ahora llegaba el viento, la lluvia tenaz. Después vendría la nieve, pura, cándida, y mortal.

El invierno empezaba a caer sobre la pampa.

Los perros se apretujaban bajo la enramada, fríos, lentos, las pelambres humedecidas. Entré en el fogón. Mi madre hilaba. La vieja Carmen, diligente, lavaba la escasa vajilla. Anita, tendida en una matra, los puñitos afirmados en el mentón, contemplaba extasiada la hoguera crepitante cuyas ardientes llamas lamían el aire con vivas, trémulas y fugaces lenguas. En las oscuras pupilas de la niña bailaban las rojas flámulas como misteriosas divinidades. Un diabólico sortilegio emergía en la superficie de esos absortos e inocentes ojos, en la piel satinada de esa carita plena de candor.

Los ovejeros mateaban en silencio, haciendo refunfunar la bombilla. El indio Bernardo, sentado en el suelo, las piernas cruzadas, miraba el fuego sin mover un músculo, sin pestañear siquiera. El resplandor de las llamas agitaba cobrizas vislumbres en esa faz inexcrutable.

Adolfo entró. Sentóse en un rincón, pensativo. Revolvió luego cierto montón de sogas que por allí estaban.

y extrajo unas manecas inconclusas. Sus diestras manos clavaban la lezna, y hacían pasar finos y resistentes tientos a través de los pequeños agujeros.

Afuera el viento arreciaba. Una olleta panzuda hervía junto al fuego. En ella cocíanse grandes trozos de cordero y de coles picadas, rompiendo la monotonía del habitual churrasco. La vieja preparaba la cena, haciendo sonar platos y cucharas.

La puerta se abrió súbitamente y la figura de mi padre apareció en el umbral. Su presencia y también, quizás, la racha de viento que penetró con él promovieron un gesto de reflujo en la actitud de los asistentes.

Algo aleteó en el aire, una honda impresión de espera, de acontecimiento detenido o a punto de producirse. Era tal vez la poderosa emanación de fuerza que desprendía ese hombre silencioso, vencedor del sufrimiento. Venía descubierto. A la menguada luz del candelil su cabeza blanca me pareció de pronto deslumbrante. Sus canas se habían vuelto armiño. No estaba más viejo. No. Lo impregnaba, sí, la serenidad de quien hubiera dejado atrás las fronteras de la desesperación.

Sus ojos tranquilos miraron en torno. Dió algunos pasos, y se acomodó en un pequeño taburete cerca del fuego. Los ovejeros dejaron de matear. Sólo se oía el chisporroteo de la hoguera, y el agudo silbido del viento desgarrándose en la pelambre dura de las totoras.

La vocecilla trémula de la vieja trizó el angustioso silencio:

—Patrón..., ¿se le pasó la pena?...

Mi padre la miró sin responder. La vieja, turbada, arañó su delantal, torciéndolo. Se cubrió la boca, tratando de ahogar una sonrisa de confusión.

Una extraña ansiedad, dolorosa por momentos, fus-

tigó el latido de mi corazón. Me revolví en el asiento. La voz del hombre, una voz decisiva y llena de pesantez, paralizó la vibración de mis ondas psíquicas:

—A fines de este año, después de la esquila, nos vamos a Chile... ¡Y que nunca más se mente en mi presencia el nombre de los finados!...

Los ojos de mi madre fulguraron:

—¿Nos vamos?... Dios mío... ¡Por fin!

Se cubrió los ojos. Los finos hombros temblaron sacudidos por los sollozos.

—...Dejo mi corazón aquí..., los huesos de mis hijos... Pero...

No pudo continuar. En mis pupilas bailaron las imágenes. Cerré los ojos, y unas gotas calientes me humedecieron las mejillas.

Se agitaron aliviados los presentes. Mas el gesto de Adolfo tornóse huraño. Mi padre advirtió la silenciosa resistencia, y sus ojillos se apretaron, duros:

—¿Y qué?...

—Nada, señor... Pero...

—¿Qué pero?

Adolfo bajó los ojos, meditando. Después de breve vacilación se levantó decidido. Llevó una mano al puño del facón sujeto en los pliegues de la faja. Una arruga desafiante le quebró el entrecejo:

—Frente al cadáver de mi hermano juré vengar su muerte, señor...

Pese al gesto ceñudo, su voz sonó implorante:

—Sólo tres años pido. Si al cabo de ellos no logro encontrar al asesino, disponga de mi voluntad, señor...

Mi padre escuchaba tenso. Miraba fijamente, estrechando las cejas en una apretada ala blanca. Esperé, palpitante, la ley de su palabra. Era el amo, y ante su

decisión no cabían rebeldías. Tuve el presentimiento de la ruptura, o de ásperos reproches. Mas, inesperadamente, soltó las cejas y movió la cabeza, asintiendo. La terquedad de Adolfo agitó en él, tal vez, un secreto resorte de orgullo, o un deseo recóndito, o un anhelo implacable. Su expresión fué sorda:

—Bien. Es justo.

—Gracias, señor... Además, quiero hacerme resero. Quiero cruzar la pampa hasta encontrarlo.

—Bien.

—Gracias, señor.

Y al reparar en la cenicienta pesadumbre que asomaba en el rostro de mi madre:

—Nada tema por mí, mamá. Créame... Sabré cuidarme.

Un brillo extraño animó las pupilas. Sólo el indio Bernardo, sin moverse de su sitio, dejaba escurrir por la piedra impermeable de su rostro el agua viva de la emoción.

Afuera el viento zumbaba, iracundo.

De este modo Adolfo se hizo tropero.

Partió dos días después. Escogió los dos mejores caballos de su magnífica tropilla, y una triste mañana neblinosa se despidió de nosotros.

Abrazó a mi madre, a Anita y a mí, besándonos el cabello. Estrechó la diestra de mi padre, sin decir nada, mirándolo en los ojos, conteniendo apenas la ansiedad.

Le entregué las riendas del overo. Montó. Las lloronas vibraron. La bruma prolongó el tintineo. Una sombra de tristeza nubló su mirada al despedirse repitiendo la frase de mi padre:

—¡Hasta la vuelta!...

Mi madre gritó:

—¡Espera!...

Y luego:

—¿Hacia dónde vas?...

—Hacia el norte... Zapala tal vez... Donde no haya nieve...

—¿Tienes dinero?...

—Sí, bastante.

Palpó una hinchada cartera del tirador:

—De algo me servirán ahora las plumas de los "choiques"... Bueno... ¡Adiós!...

—Adiós, mi hijo... Escribe... ¡Que Dios te proteja!...

Brillaron lágrimas en las hundidas ojeras de mi madre. Adolfo torció riendas, y se alejó galopando. Al trasmontar la loma próxima, el viento hizo revolar las largas esquinas de su poncho que aleteó como una golondrina rezagada.

El lento carro del tiempo siguió arrastrando los días. Pasó abril, fustigado por ventarrones y gruesos chubascos. El estero aumentó su caudal, y grandes lagunas formáronse en las zanjás y depresiones de los mallines. Arriba, un cielo de pizarra desplomaba sobre la pampa su vislumbre cenicienta. El paisaje se fué tornando grisáceo. Un vaho tenaz velaba los confines, y hasta el coirón obscureció el verde jubiloso de sus matras.

A veces, un pájaro extraviado cruzaba la niebla iracunda, huyendo despavorido. Vacas y caballos pacían cerca del puesto, sumisos, humildes, recibiendo en las

grupas estoicas el duro aletazo del aguacero. Las majadas se volvían masas compactas, protegiéndose en densas, apáticas y humeantes olas.

A principios de mayo el pampero sopló crudísimo. Y luego, cierta mañana tranquila, una visión inmaculada me cegó al salir del pabellón. Había nevado durante la noche. Los copos silenciosos cubrieron la vasta llanura, arrastrando en su caída la niebla opalescente. El cielo estaba límpido, y un sol frío y lejano destellaba en el manto de armiño. El techo del fogón parecía un casquete de azúcar. Todo estaba blanco, las lomas, los mallines, la cerca del corral. Se habían perdido los detalles. La nieve cubría la tierra hasta el horizonte, ocultando la vida bajo una capa deslumbrante, pero llena de infinita desolación.

Los ovejeros, forrados en gruesas ropas, salieron a vigilar las majadas. Los perros saltaban en torno, sacudiendo los largos pelajes brillantes. Blancas nubecillas escapábanse por las narices de hombres y bestias, y se disolvían con dificultad en el aire desollante.

Las patas de los caballos fueron dejando en la nieve un rastro pesado, removido; las de los perros, uno más leve, paralelo: únicos signos de vida en la llanura sepultada.

Pasé la mañana tratando de esculpir una figura. Anita me ayudaba, pasándome gruesos puñados de nieve con sus manitas enrojecidas. Pese a mi tesonero cuidado, la estatua se derrumbó, falta de consistencia, y se esparció en menudos trozos. Reímos. Nos dedicamos en seguida a lanzar sobre el estero, desde lo alto del barranco, grandes bolas que amasábamos torpemente entre las manos ateridas.

A mediodía volvió a empañarse el cielo. Desde el sur se alzaron redondas y blanquísimas nubes que en pocos momentos cubrieron el sol, y se tornaron cárdenas. El manto de nieve adquirió una tonalidad opaca, obscura, y fué apagando sus destellos hasta ofrecer un lento y fatigado color.

Al atardecer, cuando el viento empezaba a rasguñar la nieve arrancándole furiosos cristales, el ladrido de los perros que regresaban me sacó del tibio refugio de la fogata. Me asomé a la enramada. Los ovejeros avanzaban lentamente hacia el puesto como dos sombras lejanas. Los perros saltaban a su alrededor, ladrando enardecidos. Me asombró ese alboroto. Hacía un frío horrible, capaz de paralizar el mayor ímpetu, y, no obstante, los perros brincaban poseídos de extraña excitación. Se acortaron las distancias y pude ver entonces al Petiso que traía su poncho transformado en una bolsa, con algo adentro, en torno a lo cual se agitaba la nerviosa perrada.

Aun los caballos parecían inquietos. Machacaban la nieve con los finos arietes de las patas, sacudían los robustos pescuezos, tensas las orejas, las crines aleteantes, altas las alzadas por las manos duras de los jinetes que dominaban apenas su sobresalto.

Cuando la tropa llegó junto al fogón, los ladridos fueron ensordecedores. Los perros saltaban iracundos, y trataban de morder el atadío que el Petiso suspendía a cada instante. Algo vivo y elástico se movía dentro del poncho, una presencia rabiosa y gruñona, erizada de garras que asomaban a través del grueso tejido el fugaz centelleo de sus curvos puñales.

El Zorro desmontó sobándose las manos amoratadas por el frío. Miró, burlón, a su compañero:

—Ya, Petiso, ¡“soltá” el bicho!...

Mi padre venía desde el pabellón, barriendo la nieve con los flecos de su largo poncho. Mi madre, Anita y la vieja se apretujaban curiosas en la puerta del fogón. El Petiso, cercado por la obstinada jauría, tiritaba en la montura sin atreverse a descabargar. Su voz sonó plañidera y humorística:

—Zorro, no seas jodido... ¡“Espantá” los perros!...

Y ponía los ojos blancos.

El Zorro no movió ni un dedo. Apretó las cejas socarronamente:

—“Soltálo”, che...

—¿Y cómo?... Los perros lo matarían... Ya, Zorro... “espantálos”...

El Zorro continuó sin moverse. La curiosidad me rasguñaba la piel con sus uñas triscadoras. Cogi un arreador, y dispersé la perrada a punta de trallazos. El Petiso desmontó sin soltar el atado y penetramos al fogón.

La voz de mi padre atemperó el revuelo:

—Petiso..., ¿qué tienes ahí?...

El Petiso se inclinó sin contestar. Depositó en el suelo el atado que no cesaba de agitarse y extendió bruscamente las esquinas del poncho. Surgió entonces un animalillo rechoncho, de pelaje flavo, que se echó instantáneamente de espaldas, gruñendo. Las gruesas y cortas extremidades batían el aire con repentinos manotazos. Parecía un gatito, pero indómito y montaraz.

Mi madre susurró extasiada:

—¡Un puma!...

—Sí, doña. Lo encontré perdido en la nieve. Lo atrapé con el poncho. Un regalo para Anita.

El Zorro miraba, irónico:

—¿Regalo?... ¡Vaya!... Uñas, querrás decir...

El cãchorro seguía gruñendo. En sus pupilas relucientes encendíanse gotas de ira. Había en él, no obstante, algo de tierno, algo de niño pequeño y desamparado que predisponía a la conmiseración.

Vi sonreír a mi madre. Pero en su sonrisa había sombras:

—Pobrecito huachito... Gracias, Petiso. Aquí lo criaremos... A ver... ¡Pongámosle nombre!...

Aventuré una chirigota:

—¡Que se llame "Sorete"!...

Mi madre me miró, severa. Mas volvió a sonreír:

—Bueno. Te daremos en el gusto... Se llamará "Cholet".

Mi madre me miró, severa. Mas volvió a sonreír: ojillos vagaba como una leve racha regocijada. El Zorro, sin abandonar su aire malicioso, descargaba reticencias sobre el pasivo Petiso:

—Y ahora, che Petiso, tendrás que hacerle frente a la leona. "Creeló"... , te va a seguir el rastro... El olor de tus bombachas, che...

Sentí una leve inquietud. Imaginé una manada de pumas que asaltaba el puesto. Pero no ocurrió nada. En la noche volvió a nevar, y las blancas estompas de la nieve borraron toda huella que pudiera revelar su liviano secreto.

Y así "Cholet", el puma huérfano, incorporó a nuestras vidas los simples elementos de su gracia pura y salvaje. Durante los tres primeros días de su permanencia en el puesto, guareció su bravía hurañez en el

rincón más obscuro del fogón, oculto en los escondrijos que formaban los sacos de galleta. Rugía cuando alguien intentaba acercársele, erizando el lomo, y desenvainando las poderosas garras insobornables. No quería comer. Lamía los trozos de carne que le tirábamos, y los desechaba. Maullaba lastimeramente. Y era extraño, en verdad, el notable contraste que ofrecía su plañidero reclamo y la furiosa vislumbre de las doradas pupilas encendidas como dos carbunclos amenazantes en el sombrío rincón.

Pasaron tres días, y el pequeño felino seguía sin comer. Mi madre intuyó la causa:

—¡Leche! Eso es lo que necesita.

Leche... Pero, ¿dónde obtenerla? La ternera había crecido, y nuestras escasas vacas, enflaquecidas por el invierno, parecían atados de huesos, pues su forraje de alfalfa desapareció en flor, comido por la voladora. Daba pena verlas rompiendo penosamente la dura costra de nieve para buscar bajo ella el esquivo coirón.

Y el resignado Petiso hubo de aventurarse por las cinco leguas de pampa nevada que nos separaban del boliche de Miranda para traer un carguero de leche en conserva.

Así creció "Cholet", tragándose la leche y el invierno.

Pasaron, lentos, los largos días blancos. A veces, al atardecer, me oprimía una extraña congoja. Era una sensación de vacío, un deseo impreciso, una añoranza llena de melancolía. Pensaba en Adolfo. Trataba de imaginar sus andanzas por tierras distantes. Y el re-

cuerdo de mis hermanos muertos caía en mi corazón entonces, silencioso y furtivo como las frías plumas de la nieve.

Pero esas desleídas imágenes se esfumaban luego. La vida me imponía su llamado poderoso, y me afanaba, ayudando a mi padre en pequeños e intrascendentes menesteres. Confeccionábamos, bajo la enramada, carpinchos, caronas, rendajes, cabestros de crin. Y así pasaba el tiempo. Comíamos charqui, queso, fariña, hostigados por la seca magrez de los churrascos.

A principios de primavera recibimos varias cartas de Adolfo. Hablaba de sus viajes, de los lugares por donde había pasado, de las gentes que conociera. Y en todas ellas, una postdata de terrible laconismo: "Nada".

Con la primavera empezaron los deshielos. La nieve comenzó a fundirse bajo los tímidos fustazos de un sol que pugnaba por levantar cada día más el arco de su trayectoria, convirtiendo la pampa en inmensos barrizales que, al secarse, descubrieron los tenaces renuevos del coirón.

La vida despertaba de su letargo invernal. Reverdecían los hoscas chacayes. El viento sur, impregnado de leves aromas, hacía ondular en los mallines la felpa nueva de los coironales. Los movimientos de las bestias se hacían más ágiles, como si un extraño júbilo soltara en las sangres adormecidos resortes. Hasta los duros ñeños, quemados por la nieve, renacían bajo el influjo potente del sol. Tenues manchas de clorofila se difundían a prisa en los tallos secos, en las espigas adustas, resucitando viejas lozanías.

Repitieronse a poco los acontecimientos habituales de la época: la esquila, la señalada de laboriosa y cruenta faena, el paso del gaucherío proletario brotado Dios sabía de dónde, y el apretado revuelo del trabajo pampero.

Por aquel tiempo, pese a no haber alcanzado aún su total desarrollo, "Cholet" era ya un ágil, bello y armonioso animal. Su talla aventajaba en mucho a la del gato. Ya no jugaba con él. Prefería fraternizar con los perros en brucas travesuras cuya violencia tomaba a veces contornos de lucha verdadera. Rodaban mordiéndose, arañándose, en impetuosa confusión de patas, vientres, erizadas pelambres.

No obstante la robustez y agilidad del felino, los perros no vacilaban en afrontar sus atolondradas embestidas. La jauría entera se precipitaba sobre él, rechazándolo, persiguiéndolo, hasta acorralarlo contra los muros del fogón. Generalmente ahí terminaban las camorras. Los perros formaban en torno al puma un apretado círculo de ladridos que el felino se limitaba a contemplar, sentado tranquilamente sobre sus cuartos traseros, sin el menor asomo de alarma. A lo más, un rápido manotazo ponía a raya la excesiva temeridad de alguno de los atacantes.

Los perros, cansados de ladrar, se dispersaban luego. "Cholet" echaba a andar entonces, lento, cadencioso, luciendo el magnífico desplazamiento de su esbelta y poderosa musculatura. Giraba en torno al fogón, asustando a las gallinas, que huían despavoridas. Después se tendía al sol, y ronroneaba. Leves movimientos corrían bajo el corto y lustroso pelaje. Bostezaba, mostrando los fuertes colmillos, la áspera lengua, la roja garganta hirviente. Había en su actitud una extraña

pereza, una dejadez en que se adivinaba, sin embargo la fuerza acumulada como en una caldera en reposo.

Aun no se habían teñido en sangre sus garras. Pero su domesticidad era sólo aparente.

Cierto atardecer llegó al puesto la primera majada. Escoltada por los ovejeros y los perros, la densa masa se desplazaba lentamente en medio de lastimeros balidos. Se produjo en ella, de pronto, un rápido reflujo. Las ovejas habían venteado al puma, y el terror al enemigo de la especie hizo encrespase la majada en una ola pavorosa. Instantáneamente afloraron a los flancos los enhiestos y bravíos carneros, gachas las testuces, los ojos inyectados, apuntando al frente los gruesos caracoles de las astas.

No ocurrió nada. "Cholet" no se dejó ver. La majada, contenida por los pastores y por el gauchaje esquilador contratado por mi padre en los boliches y que esa misma tarde arribara al puesto, entró en el corral, apretujándose en la entrada, envuelta en nubes de polvo y dejando tras ella la granizada de sus pequeñas bostas negras.

Esa noche me acosté tarde, entretenido en la contemplación de la paisanada forastera. Eran diez o doce, jóvenes, viejos, circunspectos, taciturnos, de rostro curtido y variada apostura. Unos, la mayoría, de amplias bombachas de pana y gastadas alpargatas. Otros, los menos, de sucios chiripás y deleznales botas de potro.

Se atendían ellos mismos. Hicieron una gran fogata al aire libre. Allí asaron un churrasco y allí matearon. Sólo necesitaban yerba, carne y sal. Para mi madre no significó problema alguno la llegada de tantas bocas. Eran gente sufrida, sobria, estolca. Se llamaban

Díaz, Martínez, Moreira, Laguna, apelativos criollos de auténtico sabor vernacular.

Pero en medio de las pelambres retintas y pupilas de azabache, resaltaban los ojos de color de cielo y el pelo dorado de uno de ellos, un hombrote macizo y lento, de mentón descomunal y gruesos bellos descoloridos y húmedos.

El Zorro me dijo al verlo:

—“Mirálo” al rubio ése..., al grandote... ¡Tiene cara de ternero!...

La observación era exacta y me hizo reír.

El gauchaje se afanaba en torno a la fogata, componiendo los recados sobre los cuales dormiría más tarde, envuelto en los ponchos y usando los bastos como almohada. El rubio era el comodín. Lo mandaban sin miramientos:

—¡Granate..., mira los caballos!

—¡Tráete más agua, Granate!

—¡Granate!

—¡Granate!

A lo que respondía paciente y manso, y enrevesado:

—No, che... Granate, no... ¡Granatti!

Era el fermento europeo caído en la pampa, el inmigrante sin ambiciones, proletario del mundo, buscando instintivamente su grupo social, deseando acaso hundir su raíz telúrica en la gleba autóctona.

Vestía de gaucho como los otros, pero en él había algo que se resistía a la adaptación, algo que lo hacía sobrenadar en el medio elegido.

Después del churrasco circularon copiosos los amargos cebados por Granate. Las llamas de la fogata, estremecidas por el viento, agrandaban los gestos de la paisanada. Los rostros, tocados de fugaces destellos, se

destacaban extrañamente en el fondo obscuro de la noche. Noche de primavera, tranquila y dulce, sacudida un momento por un relincho lejano, o un ladrido. Noche de la pampa, alta y callada, llena de estrellas y soledad.

Uno de los gauchos se torció de pronto revolviendo los recados y extrajo de las sombras una guitarra lustrosa por la mugre y el uso:

—Y ahora amigos..., ¿quién bolea este choique?...

Se oyeron varias voces:

—Ya Moreira..., ¡un estilo!

—Una vidala, Moreira...

—Moreira...

Moreira, un paisanito cenceño y quemado, de grandes melenas ondeadas, tomó la guitarra sin hacerse rogar. Punteó las bordonas, afinándolas, soltando o apretando las clavijas hasta encontrar el tono adecuado. Después de un corto rasgueo, la voz del trovador, ronca y vibrante, alzó en la noche callada la queja doliente de un estilo:

Guitarra, dueña del trino,
envidia de los zorzales,
por donde brota a raudales
el sentimiento argentino...
Otra vez, en mi camino,
vuelvo a buscar tu canción,
pero no tienes el son
aquel, que en lazos estrechos,
nos unió como a dos pechos
en un solo corazón...

El gauchaje escuchaba en silencio, sin respirar, pendiente de los labios del cantor. El Zorro miraba, aten-

to, las diestras manos que se abatían acariciadoras sobre los hilos sonoros y les arrancaban melancólicos arpegios.

Ya no responde a mi afán
tu cordaje lastimero,
como si fuera un alero
donde las aves no van...
Tristes los campos están
cual si fuera a obscurecer...
Y en lo más hondo del ser,
que a la pena se habitúa,
se desata la garúa
de las nostalgias de ayer...

La voz del cantor se extinguió en un suave murmullo. El silencio persistió por algunos instantes. Luego, la paisanada se agitó en un bullicioso clamor:

—¡Bravo, Moreira!

—¡Lindo no más!

—Y ahora, Moreira..., ¡un cielo!

—No..., ¡una vidala!

El gauchito se inclinó sobre el instrumento, y volvió a escucharse el rasgueo. Instantáneamente se hizo el silencio. Pude oír entonces la voz de mi madre, llamándome.

Fuíme mirando hacia atrás. La fogata se extinguía y su débil claridad rompía las sombras, recortando las inmóviles siluetas que la circundaban. Antes de entrar al dormitorio, el viento me trajo la voz emotiva del trovador. Vibraba en los primeros compases del cielo:

Cielo, cielito... y cielo...

Cielo del que va a partir...

.....

Me despertó el ruido que hacía mi padre al buscar sus botas. Era medianoche. Escuché entonces los ladridos de los perros, y un sordo e impreciso rumor como de ola densa y ciega que golpeará la cerca del corral pugnando por desbordarse.

Mi madre susurró:

—¿Qué le pasará a la majada?...

Mi padre salió. Y lo seguí, vestido a medias, desatendiendo la negativa de mi madre.

Las ovejas oleaban desatinadas dentro del corral. La cerca crujía en toda su extensión, y los perros ladraban airados mientras corrían desaforadamente.

En el mismo momento en que se acercaban algunos esquiladores, una sombra oscura y agilísima salvó las altas barreras, y se perdió en las negruras seguida por la iracunda jauría. Me trepé en la cerca. La majada seguía golpeándose contra la flexible trabazón del muro, presa de indecible terror. A la tenue luz de las estrellas se vislumbraba el movimiento frenético de las ovejas, sin que pudieran precisarse los detalles.

Se acercó uno de los peones:

—¿Qué pasa, don?...

Mi padre avizoraba la noche:

—No sé... El puma anduvo en el corral... ¡Bicho del diablo!... En fin, mañana veremos. Tal vez habrá que matarlo.

Los perros regresaron, y nos rodearon acezantes. Algo se rebeló dentro de mí. ¿Por qué matar a "Cholét"? ¿Por qué destruir su magnífica vitalidad? ¿No habría otro medio, acaso, de reprimir o torcer la salvaje llamada de su instinto que comenzaba a despertar?

La inquietud de la majada se apaciguó poco a poco. Hacía frío. Las estrellas titilaban azules y lejanas.

El viento traía furtivas fragancias desde quién sabe qué distantes regiones, leves rachas de aromas vegetales, olor de bosques remotos, de resinas perdidas.

Regresamos al dormitorio cuando las ovejas empezaron a bañar, buscándose, reconociéndose entre la prieta, tímida e indefensa multitud.

A la mañana siguiente comprobamos los estragos causados por el artero asesino. Seis ovejas, mordidas en la garganta, habían sucumbido en la primera incursión de "Cholet" por la huella sangrienta a que lo empujaba la fuerza ciega de la especie.

Mientras algunos peones descueraban las ovejas muertas, y otros afilaban las duras tijeras esquiladoras, rodeé el fogón y me acerqué al cubil en que dormía el felino. Ahí estaba, tendido en su rincón, perezoso y vigilante a la vez, mirándome con sus ardientes pupilas. Lo envolvía un olor agrio y fermentado, olor de fiera cautiva, de orines podridos.

Lo llamé:

—¡"Cholet"!...

Vino hacia mí. Apretóse contra mis bombachas, y acaricié la redonda y achatada cabeza. Al instante empezó a lijarme las manos con ásperas lengüetadas.

Me siguió como un perrillo. Cuando llegué al grupo formado por mi padre y los esquiladores, la presencia del puma produjo en ellos el revuelo que ya en otras ocasiones observara: una mezcla indefinible de curiosidad y temor. Moreira, sin perder de vista al felino que lo olfateaba, continuó hablando con mi padre:

—...No me creo de que valga la pena sacrificarlo, don... Hay una manera de domarlo para siempre. Sí..., sencillo: ¡castrarlo!

—Hombre..., ¡cierto!... Pero..., ¿quién?...

—Vaya... ¡Yo mismo!... Tengo "experiencia" en esto. ¡Mire!...

Sacó del bolsillo un estuche de cuero; lo abrió, y extrajo un pequeño y brillante instrumento. Parecía un puñalito de hoja corta y redondeada, y afiladísima, con el que se rasuró el grueso vello del antebrazo.

Mi padre callaba irresoluto. Dijo por fin:

—Bueno. Tentemos la capadura.

—Conforme, don... Pero habrá que estacar al bicho. Si no, ¿cómo?... Debe tener unas fuerzas fieras.

Miró hacia el corral. Gritó:

—¡Granate!...

Vino el rubio corriendo.

—Che Granate. Mira, prepara unas cuatro estacas, así de gruesas, y así de largas. Que sean firmes, Granate.

—Bueno, che... Pero Granate, no... ¡Granatti!

Reímos. Me acerqué a Moreira:

—Mire..., ¿por qué no me presta el cuchillito?...

El gauchito guardó el estuche:

—No, mocito. Podrías cortarte. Este no es cuchillo. Es un "bisturi"...

—¡Ah!

Dos peones salieron del corral transportando la primera oveja carneada. "Cholet", al verlos, se alejó del grupo, caída la cola, gacha la cabeza, como si tuviera conciencia de su culpa.

Mi madre y la vieja se preparaban bajo la enramada para charquear las ancas de las ovejas muertas. El resto habría de consumirse en churrascos o en comida para los perros y el puma.

Moreira dirigia mientras tanto los preparativos de la castradura. Primero, mandó a encerrar los perros en un brete. Hizo clavar las estacas detrás del fogón, en cruz, hasta que se hundieron profundamente en el suelo. Trajo en seguida un tiesto con agua en la que vació un poco de énebrina, revolviéndola con el facón hasta que el líquido tornóse blanquecino.

El gaucherío se agrupaba, curioso. El Zorro apareció con un lío de lazos trenzados que Moreira repartió entre los asistentes:

—Tú, Martínez..., y tú, Laguna..., las manos. Tú, Díaz..., y tú, Nazareno, las patas. El tirón, firme y simultáneo. Si no, el bicho va a disparar.

Me miró:

—Ya mocito..., ¡venga el puma!...

Me fui hacia el cubil y amarré el cuello de "Cholet" con una cuerda. Halé con él sin dificultad hasta ubicarlo en el centro de la estacada.

Me saltaba el corazón. El felino miraba confiado el grupo de hombres que lo rodeaba. Por indicación de Moreira, acaricié la robusta cabeza, entreteniéndolo, mientras el Zorro deslizaba en las cuatro patas las arteras lazadas.

Moreira alzó el brazo, y lo bajó de golpe. Apenas tuve tiempo para saltar. Los cuatro lazos se estiraron, repentinos, volteando de espaldas al puma que chicotó vanamente en el aire. En un cerrar de ojos los lazos fueron amarrados a las estacas, y las patas del felino se inmovilizaron en cruz a ras de tierra, mostrando el pelaje lechoso de los ijares y la redonda protuberancia de los testículos.

"Cholet" rugía de ira y de impotencia. Por los flan-

cos corríanle rabiosas ondulaciones de músculos que remataban en el potente cuello su salvaje vigor. Mas, fueron inútiles todas sus tentativas para zafarse de las tenaces cuerdas. Cayóle otro lazo en la garganta, y otro en las manos. Granate se apoderó de la fuerte cola que golpeaba como una tralla enloquecida, y la aplastó contra el suelo, torciéndola.

Moreira sacó entonces el bisturí, y lo quemó en una cerilla. Mojó con enebrina los ijares de la fiera, y se inclinó sobre ellos, arrodillándose, tranquilo, seguro, sin impresionarse por las frenéticas sacudidas.

Todos se agrupaban en torno. Era un espectáculo de extraño magnetismo. Sólo mi madre no quiso presenciario; se mantuvo bajo la enramada, con Anita en brazos, observando desde lejos.

El gauchito apretó en la mano izquierda los testículos del puma, presionando el vientre con el canto hasta hacerlos sobresalir. El bisturí rayó apenas la gruesa piel, que se abrió súbitamente en una boca de finos labios sangrientos.

Un ronco rugido. Una crispación contenida por los tensos lazos. Eso, y nada más, fué la salvaje protesta del felino. Moreira desolló las glándulas con admirable destreza, y de un rápido tajo cercenó el delgado pedúnculo que las unía al organismo. En lugar de la redonda y maciza prominencia quedó una funda vacía, desinflada, de donde apenas si fluía un hilillo de sangre.

El castrador contempló con detención los óvulos muertos. Los cogió del tallo y los columpló, encogiéndose de hombros. Los lanzó en seguida por encima de nuestras cabezas al techo del fogón. Ahí quedaron, pas-

to de ratas o de hormigas, o encarando la pronta podredumbre bajo la mordedura del viento.

"Cholet" seguía rugiendo y vibrando entre los lazos. Los cuatro gauchos, hincados junto a las estacas, no aflojaban la tensión de las delgadas, pero fuertes sogas.

Moreira se aproximó a mi padre:

—Ordene, don...

—Linda faena, Moreira. Y ahora..., ¿cómo soltamos al bicho?

—Y... sencillo. Cortando las lazadas.

—¡Diablo! Se van a joder los lazos.

—Y... ¿qué cuesta ponerle lazadas nuevas?

—Tiene razón. ¡Corte!

—Lindo no más... A ver, amigos. Cuando yo grite, corten los lazos junto a los garrones.

Cuatro gauchos desenvainaron los cuchillos. Otro sacó los lazos secundarios, y todos se aproximaron al felino que no cesaba de latigear el poderoso cuerpo lacerado.

Se oyó la ronca voz de Moreira:

—¡Aura!

Los cuatro facones relampaguearon en la súbita bajada. Los lazos fueron seccionados simultáneamente. Sonó como un disparo el seco restallido de las cuerdas cortadas. El felino, libre de las ataduras, se enderezó de un salto, y dejó de rugir. Todos los circunstantes se echaron atrás. Sólo los cuatro peones permanecieron agresivos, facón en mano, esperando tal vez la arremetida del puma.

Pero "Cholet" se limitó a girar sobre sí mismo, oliéndose los ijares. Parecía estupefacto, entontecido. A len-

tos pasos rompió el círculo que lo rodeaba, y se dirigió al cubil.

Fui a observarlo. Maullaba como un gato herido. Sus pupilas me parecieron de pronto tristes, despojadas de la ardiente furia habitual. Ahí estaba, echado, y a cada instante lamíase la cortadura, indefenso, anonadado, hundido en la profunda soledad de su desamparo que, por ser animal, no tenía consuelo.

La esquila empezó ese mismo día, después de almuerzo. Las ovejas fueron encerradas en los bretes, y de allí cada esquilador sacaba la suya para trasquillarla en el corral. Las gruesas tijeras cortaban y cortaban, incansables. Granate acarreaba los sucios y grandes vellones que amontonaba junto a los muros del fógón.

Primero una majada. Después otra. Y otra. La faena duró una semana. Salvo un incidente, afortunadamente trunco, el trabajo se efectuó en un clima de laboriosa cordialidad.

Una mañana mi padre entró en el corral con Anita prendida a su cuello. El gauchaje esquilaba, afanado, sin levantar cabeza. Mi padre saludó:

—¡Buen día!...

Todos mascullaron la respuesta, gachos los ojos. Todos, menos el mentado Laguna que enderezó el busto sin soltar la oveja sujeta entre las piernas, y miró, socarrón, el rostro fresco de la niña:

—Buenos..., suegro.

Mi padre se lo quedó mirando de hito en hito, y

apretó las cejas en un pliegue iracundo. Las soltó luego, y respondió, mordaz:

—¿Suegro?... ¿Sabe que no está mal?... ¡Eres el ave que necesito para que venga a escarbarme la mierda!...

Todos rieron. Abochornóse el aludido. En seguida tornóse pálido. Un relámpago de maldad crispó su rostro curtido y, soltando la oveja, avanzó hacia mi padre con las filosas tijeras empuñadas en las manos furibundas.

Mi padre dejó la niña en el suelo, y sacó el cuchillo. Mi madre apareció en la puerta del corral, y gritó. Un aleteo de tragedia vibró en el aire tranquilo. Dejé de respirar.

La voz de Moreira, amenazante y poderosa, clavó a Laguna en su sitio:

—¿Qué vas a hacer, desgraciado?... No eres hombre para el viejo. Y además ¡es tuya la culpa!...

Vino hacia el peón, rápido y decidido, y lo encaró con aspereza:

—...“Volvéte” al trabajo. No seas bagual... Don Artigas no aguanta bromas... ¡Debías saberlo!...

Laguna, sombrío y airado, no despegaba los labios, resistiendo la prudente sugerencia del compañero. Mas, las pullas de los otros desarmaron su ira, corriéndolo:

—¡Eh..., “poyo” Laguna..., no seas zonzo!... ¡“Volvé” a escarbar la oveja!...

—“Poyo”, no... Carancho, sí.

—“Mirále” las estacas, che.

—Y las plumas.

Y la voz pausada y sentenciosa de un viejo:

—¡Canejo!... Quien lo ve al gaucho malo.

Laguna, azorado y furioso, volvió a la faena. Cogió nuevamente a la oveja y se inclinó sobre ella, esquilándola con violencia inusitada.

Mi padre envainó tranquilamente el cuchillo. Salvo un leve temblor en las manos, nada en él revelaba emoción. Pero en su rostro persistía una dureza de metal forjado. Miró en torno, y al notar los ojos de Moreira clavados en los suyos, sonrió fugazmente:

—Gracias, Moreira.

El gauchito no respondió. Salimos del corral. Yo iba tomado de la mano de mi madre. La palpé fría y trémula.

Pude apreciar entonces el prestigio alcanzado por mi padre en la región, y el respeto que imponía su adusta presencia en el gaucherío indómito y soberbio. Una oleada de orgullo sacudió el fino ramaje de mis venas, y sin saber cómo me encontré marchando erguido junto a la estampa recia de ese hombre taciturno y animoso que era mi padre.

Pocos días después de la esquila llegó al puesto una caravana de seis carros pamperos tirados cada uno por tres parejas de grandes y robustos percherones. Venían en busca de la lana. Mandaba el arreo un pueblero vestido de gaucho, compadrito y charlatán, y cuya garrulería contrastaba notablemente con la silenciosa prestancia de los carreros. Era más bien pequeño, magro de labios y de corta nariz en un rostro redondo de extraordinaria movilidad.

Amarró su caballo en el palenque mientras los peones desuncían los largos tiros de los arneses, y vino ha-

cia la enramada haciendo tintinear las diminutas rodajas de los brillantes espolines. Estrechó con exagerada cordialidad la mano de mi padre y le golpeó el hombro. Mi padre frunció las cejas.

—Buen día, amigo..., ¿eh?... ¡Qué tal! Lindo día, ¿eh? Y... ¿sabe? Soy el agente de compras de la Compañía. La lana se ha ido a las nubes, amigo. En el boliche de Miranda supe de la suya... Vengo a “yevármela” toda. Y no diga no, ¿eh? Es para mandarla a “Uropa”, ¿sabe? Mire, para no discutir le voy a ofrecer el máximo...

Dijo una suma.

—¿Eh? ¿Qué le parece, amigo? Bastante, ¿no?... Si no la tiene enfardada, no importa. Traemos un “malacate” fenómeno... Y quiero desocuparme pronto. Mañana a más tardar... Tengo los carros “yenos”, y su lana es la última que tomo. ¿Qué día es hoy?...

Consultó una libreta.

—¡Ah!... Día de difuntos... El 6 debo estar en Neuquén.

Sacó un pañuelo y se limpió el sudor que empapaba su cuello. Mi padre meditaba. No obstante creí atisbar un leve destello de ironía en sus ojillos burlones:

—Sí. No está mal el precio. El doble del año pasado. Bueno. Ahí está la lana. Hágala enfardar. La pesaremos después.

El agente dió un salto, y se volvió hacia los carros. Gritó, manoteando:

—¡Eh! ¡Ramos!...

Tintineó la floja rastra de su tirador. Vino un carrero, y miró, socarrón.

—“Armá” el malacate, hermano. Hay que embalar esa lana. Y duro, hermano... Mira que...

Contempló el montón de lana, apreciando su volumen con mirada de entendido:

—...nos vamos mañana.

Rápidas impresiones me cruzaron la mente. Día de Difuntos... Día de Difuntos... Aquella mañana, como tantas otras veces, había ido con mi madre hasta la sepultura de mis hermanos. Allí estaban las piedras, y su peso hundía poco a poco la tierra. En los resquicios crecía el coirón.

Mi madre se arrodilló junto a las tumbas. Cerró los ojos, y oró, recogida. Me invadió una extraña sensación de aniquilamiento.

Bajo las piedras, ácidos ciegos no habrían de interrumpir su inexorable proceso sino hasta destruir definitivamente la cal de esos huesos tenaces. Algún día todo se habría transformado en tierra, en raíces mojas, en silencio.

Ahí estaban, bajo las piedras, acabándose. Sólo una capa de tierra me separaba de ellos. Sólo un poco de tierra. Y la eternidad. El viento movía los tallos del coirón. Vivaces lagartijas manchaban de oro y de esmeralda la superficie calcinada de las piedras, discurrendo presurosas entre negros excrementos de pájaros y musgos quemados por el sol.

Todo reflejaba desolación y abandono. Todo. Mas una tenue esperanza encendiósese de pronto en mi corazón. Mientras yo viviera, nunca morirían mis hermanos. Nunca, el recuerdo de sus rostros, el de sus nombres. Quizás si pasados muchos años se asomaran de nuevo a la vida por las pupilas inocentes de un niño de nues-

tra casta, y las fuerzas perennes de sus almas encontraren, otra vez, la vasija humana en qué latir...

La cháchara inagotable del forastero alejó de mí el furtivo y melancólico ensueño. Gesticulaba frente a mi padre, movedizo, voluble, saltando de un tema a otro, sin cansarse. Sus manos tenían vida propia. Hablaban un plástico y elocuente lenguaje. Se juntaban, se apartaban los pulgares erguidos como estacas, despojando a los índices de su misión de apuntar, y los dedos jugando en curiosas suertes de expresión. Sobre las palmas extendidas o ahuecadas caía la frente, la nariz, el mentón, la larga melena, rápida, frenéticamente. Las palabras se atropellaban en los labios mezquinos:

—Y entonces el desgraciado le arrimó una guantada. La hembra cayó... Llevé la mano al revólver, pero mi cuñado me sujetó:

—“No te “metás”, che... El sabrá por qué le pega”...

Mi padre se aburría. El forastero cortó el chorro de frases para estrecharse la rastra del tirador. Mi padre aprovechó la pausa, y se escabulló.

Los carreros armaron, mientras tanto, el malacate junto al montón de lana. Era un instrumento de simple estructura, guarnecido de palancas y escuadras de hierro, con el que empezaron a enfardar la lana. Hacíase la faena rápida y fácilmente. Un carrero alimentaba con lana el vientre esquelético del artefacto y otros hacían girar las palancas. Al cabo de un instante extraían un apretado fardo envuelto en arpillera y asegurado por tres anillos de zunchos relucientes.

El agente miraba y, cosa extraña, callaba. Tal vez

los carreros no constituyan un auditorio digno para él. Me acerqué:

—Oiga..., mire..., ¿cómo se llama usted?...

Instantáneamente las manos entraron en acción. Un grueso pulgar señaló el pecho, y los ojos se abrieron, inquisitivos:

—...¿Quién?... ¿Yo?...

Reí.

—¡Claro!

—Y... Carlitos "Castiyo".

—¡Ah! Y, ¿de qué parte es usted?

Las manos fueron a estrecharse en la rastra del tirador:

—Ah, purrete... La Vuelta de Rocha, ¿sabes?, junto al Riachuelo, en Buenos Aires, á un paso de Avellaneda. ¡Cómo deseo volver allá!... Ahí estarán los muchachos, Tomás, Enrique "El Pinzón". ¡Ah!..., la cerveza de "El Pescadito". ¡Ah!..., y los tangos, che... Los tangos compadrones, en la milonga...

—¿Tangos? ¿Qué son los tangos?

Las manos se elevaron escandalizadas.

—¿Sabes que "sos" salvaje?... ¿No conocés los tangos?... Pero, ¿es que no eres argentino?...

—No. Soy chileno.

Las manos se desmayaron desdenosas.

—¡Ah! Bueno. Es un baile.

Y me volvió las espaldas, despreciativo.

Al día siguiente partió la caravana de carros. En uno de ellos iba nuestra cosecha de lana: dos mil qui-

nientos kilos cuyo valor, en billetes azules, fué guardado por mi padre en una caja con llave.

Días después el Zorro trajo una carta de Adolfo recogida en el boliche de Miranda. Venía desde el sur, desde Sacanana, una estancia del Chubut. Allí Adolfo tuvo noticias del Mocho. Pero confusas, vagas. Allí había estado el ovejero, inverñando, para salir a principios de primavera con rumbo desconocido, arrastrado quizás por el nomadismo congénito de su especie.

La carta pasó de mano en mano. Su tono era más bien impersonal. Adolfo hablaba sin odio del Mocho, como si se tratara de alguien a quien no atañera propósito alguno. Mas ese tono descolorido era terrible en su frialdad. Tenía el hielo de la muerte. Adolfo, sin saberlo acaso, ya había consumado la venganza en su corazón. Hablaba sin odio, es cierto, pero era tal vez porque ya lo consideraba difunto. El acto material de aniquilarlo era cuestión de tiempo, de oportunidad, y estaría despojado de piedad y de toda pasión. Sería maquinal, vegetativo, fruto de un inconsciente impulso. Y para mí, también, la estampá miserable del ovejero empezó a borrarse del mundo de los vivos.

Cierto día vino a vernos Gustavo Délano. Regresaba a Chile con su mujer y su pequeña hija, cansado de la pampa, de la soledad, un poco enfermo y arruinado. Era más labriego que ovejero. Trató de cultivar la pampa, y el año anterior, la voladora destruyó los trigales que sus afanes y sudores hicieran brotar en la magra piel de la llanura. Ante su decisión de regresar,

Muerza le compró su escaso ganado, y una india, de las llamadas cautivas, su rancho de barro y chapa de zinc.

Le quedaba un carro que ofreció a mi padre en medio de grandes risotadas. Era contagioso su buen humor. Y por primera vez en mucho tiempo vi sonrisas en todos los rostros. Mi padre adquirió el carro, y el negocio fué sellado con una botella de caña. Mientras los dos hombres bebían y conversaban bajo la enramada, observé en los ojos de mi madre un leve destello de excitación. Comprendí lo que para su deseo de volver significaba un carro: ruedas sobre el camino; desplazamiento, regreso, que no sería tal sino la continuación de un viaje interrumpido, rumbo hacia la esperanza ahora, hacía los lares añorados, aun cuando atrás quedara el triste jalón de dos tumbas abandonadas.

Pasó la primavera, lenta, verde. Y el verano, adormecido y enervante.

A veces salía con mi padre. Alcanzábamos hasta el boliche del Caleufu. Mi padre conversaba con el gallego y bebía vasito tras vasito de caña. El licor lo tornaba sombrío. Regresábamos en silencio, paso a paso, y cuando el atardecer azulaba la pampa, el pesado galope de los caballos acortaba el camino. Llegábamos al puesto, y el hombre permanecía taciturno, hosco, aglándose por dentro en quién sabe qué designios. Mi madre, eternamente silenciosa, discurría como una sombra, atenta sin embargo a todo lo que pudiera solicitar su diligencia.

Un día. Y otro día. Y otro.

"Cholet", el puma castrado, había perdido la poderosa esbeltez de sus formas. Una gruesa y pesada somnolencia reemplazaba su antigua gracia aniquilada bajo el diestro bisturí de Moreira, el cantor. Dormía todo el tiempo, gordo, indolente, embrutecido. Ya ni jugaba con los perros. Se había vuelto casi despreciable.

Otro día. Y otro.

Volvieron a soplar los vientos de marzo, arrastrando pájaros y nubarrones. Vino de nuevo la lluvia. Y la nieve, con su blanco y silencioso sudario.

Luego, cierto triste mediodía, el Zorro atrapó en las proximidades del Cerro Redondo un pequeño guanaco extraviado en la nieve. Era tan frágil, tan delgado y leve que desesperamos de salvarlo. Durante un día y una noche agonizó junto al fogón, envuelto en cueros de oveja, cuidado por mi madre y por Anita que, solícita y afligida, no se despegaba de su lado.

Pero en aquella paupérrima estructura latía una extraordinaria vitalidad. Vivió y creció, amamantado por el mismo biberón que salvara a "Cholet" en el pasado invierno. Era dócil, tierno y asustadizo. Temblaba como azogado cuando alguien lo tocaba, y se estiraba en bruscos sacudones, mirando con sus brillantes pupilas engastadas como dos grandes esferas de azabache en el lechoso azulenco de la esclerótica. Había tanta dulzura en esa tímida mirada que las manos se tendían, inconscientes, a la caricia.

El Zorro sugirió el nombre: "Martín". Y así le llamamos desde el primer día.

Nieve. Nieve.

Una mañana de mayo desperté tarde. Nadie quedaba en el pabellón. Una blusa nueva y un par de gruesos calcetines tejidos asomaban bajo mi almohada. Me vestí, jubiloso, y me calcé las flamantes prendas.

Me encaminé hacia el fogón. Sobre la nieve immaculada fué quedando el rastro irreverente de mis botas. El viento cortaba como una navaja. Los caballos de los ovejeros, amarrados a los postes de la enramada, machacaban la nieve con sus cascos ateridos. De las anchas narices brotaban rítmicamente gruesos y fugaces penachos de vapor.

Entré. Y ante mis ojos presentóse el espectáculo de siempre: el fogón humoso, los muros negros y el conjunto de seres que circundaban la fogata, mateando. Mi madre, de pie junto a la angosta mesa, en un rincón, aplanchaba ciertas menudas ropas. Me puse a su lado. Sonreí, señalándome la blusa:

—Mamá..., ¿era para mí este regalo?...

Dejó la plancha sobre una piedra lisa que allí estaba, y me cogió de los hombros con ambas manos. Sentí resbalar por mi rostro la profunda caricia de su mirada. Una gota de luz brilló, lejana, en el fondo de las sombrías pupilas. Su voz fué un susurro:

—Sí, mi hijo... Sí..., para ti. ¿Y sabes por qué?...

—No, mamá.

—¿No lo adivinas?...

—No.

—Mi hijo..., ya eres un hombre. ¡Hoy cumples los diez años!...

Y me abrazó.

Sentí aletear mi corazón. Devolví el abrazo a mi madre, y, al hacerlo, reparé en lo abultado de su vientre, en sus cabellos de blanca ceniza, en su aparente pequeñez. Yo era, acaso, demasiado crecido para mi edad. Mas, sólo entonces, al comparar mi estatura con la suya, pude apreciar en mí las señales del tiempo, la fuga imperceptible de los años, la lenta destrucción de mi infancia.

Mi padre, la vieja, los ovejeros, continuaban sentados en torno al fuego, y mateaban en silencio. Nadie observó los abrazos. Ocupé mi lugar habitual, y me incorporé a la ronda de los amargos después de remover unos trozos de galleta en el jarro de leche que me sirvió mi madre.

La vida seguía su pausada corriente. A veces, en lo profundo del invierno, me detuve a contemplar la caída de la nieve. Las furtivas plumillas revoleaban en una atmósfera de ópalo, y se desplomaban silenciosamente, unas tras otras, como fantasmal invasión de blancos y livianos insectos muertos. Algo me apretaba el corazón entonces, algo helado, un tedio angustioso. Los secretos anhelos de mi madre maduraban dentro de mí, y sus brotes estallaban en sueños imposibles: conocer otras gentes, otras tierras, caminar.

La voz severa de mi padre rompía mi zozobra:

—¿Qué estás haciendo ahí, parado como un atorronte?... Ven..., que no te lleven los diablos. ¡Trenemos este lazo!...

Me inclinaba entonces sobre mi faena de aprendiz, trenzando los fuertes tientos cuya dureza me curtía las manos. Y la humilde labor me substraía a la obsesora y disolvente tristeza del paisaje hundido bajo la piel helada de la nieve.

Luego, cierta mañana de fines de julio, mi madre no pudo levantarse, postrada por singular enfermedad. Toda la noche estuvo quejándose, mas ni mi padre ni la vieja Carmen demostraron signos de alarma. Por mandato de mi padre permanecí en el fogón durante todo el día, pendiente de Anita, que a cada instante pugnaba por regresar al pabellón.

Había un humo horrible. La provisión de leña de chacay agotábase rápidamente, y había que mezclarla con bosta seca para hacerla rendir. Un tarro ahumado, lleno de agua, hervía en medio de las ascuas.

Mi padre no abandonaba el pabellón. La vieja iba y venía, tiritando.

Los ovejeros no salieron ese día: mateaban interminablemente, silenciosos, huraños. El Petiso cuidaba el fuego. El Zorro preparaba los churrascos.

Volvió a nevar al anochecer. Desde el fogón se oían los gritos de mi madre. Y la vieja iba y venía, arrebujada en gruesos chales constelados de brillantes y fugaces plúmulas de nieve.

Esa noche dormí con Anita en la cama de la vieja. La fogata, asistida por el abnegado Petiso, ardió hasta la madrugada. Me levanté, aterido, apenas clareó la cenicienta luz del día. Encucillada junto al fuego, la vieja lavaba en una jofaina ciertas ropas manchadas. El agua tenía un color rojizo.

—Doña Carmen..., ¿qué es eso?... ¿Sangre?...

—No pregunte tanto, hijito. Mejor será que vaya a saludar a su mamá.

—¿Se mejoró, entonces?...

La vieja continuó restregando las ropas. El insomnio amontonaba vejez en esos rasgos marchitos por la vida y el cansancio. No obstante, algo en ella revelaba satisfacción. Una chispa de maliciosa alegría destellaba en las pupilas opacas, contrastando con el desmayo de los párpados fatigados. Había un dejo de burla en sus palabras:

—Sí, sí..., cómo no. Vaya, no más...

Terminé de abrocharme las bombachas, y salí, envuelto en mi grueso poncho. El duro cristal de la nieve crujó bajo mis botas presurosas, saltando en leves agujas esmeriladas. Los afilados puñales del viento desollaban la piel.

Empujé suavemente la puerta del pabellón, abriéndola a medias, y atisé por el resquicio. Desde adentro venía envuelto en sombra un olor caliente y dulce, humeante, denso, olor a sangre, a vísceras. Y luego, el apagado vagido de una criatura.

Entré. Mi padre, sentado en su lecho, vigilaba el sueño de mi madre. Me acerqué en silencio, y contemplé largamente el rostro cárdeno y macerado de ella, sus canas revueltas, sus ojeras profundas y negras. A

su lado, bajo la misma cobija, abultaba un atado de ropas del que emergía una cabeza diminuta, rojiza, congestionada, de rasgos imprecisos, informes, apenas reveladores de la vida naciente que los animaba.

Esa pequeña cosa desvalida y plañidera, ese gusano tumefacto y ciego, era mi nuevo hermano. Otro eslabón en la infinita cadena de sangre que rodaba hacia el futuro, arrastrando quién sabe qué extraño bagaje de antiguas y misteriosas resonancias...

Si. Dos años habían transcurrido.

Mi pensamiento regresaba, liviano, aligerado, desde el fondo de ese tiempo ingrato.

Contemplé otra vez el alto y profundo cielo, quieto como una lámina de cobalto. Allá arriba, muy lejos, una bandada de patos cruzaba hacia el sur. Era una flecha oscura y rauda, fustigada por secreto designio.

El viento cimbraba las adustas matas de los chacayes; y me traía el isócrono golpe de la paleta con que la vieja Carmen aporreaba las ropas en el estero.

Empecé a hojear la libreta de Adrián, y poco a poco me fui hundiendo en la musical hojarasca de su poesía, nutrida de sentimiento, de añoranzas, de saudades. Un nombre de mujer — Magdalena — aparecía en cada página.

.....

¿Sabes que son veinte años, alma mía,
que han pasado por mí?...

Y otro:

Ya no existen, ya no existen
los rugosos troncos grandes,
donde siempre descansábamos
en las tardes otoñales...

Ya no existen los rugosos troncos grandes...

.....

ni el recuerdo de esos nombres,
de esas fechas, de esas tardes...

Sólo existe, sólo existe mi profunda pena grande...

Y otros. Y otros más, todavía.

Magdalena. Medité en ese nombre. Yo lo conocía. Más de una vez oílo mencionar a mis mayores. Era la hija única de un hermano de mi padre, una niña de igual edad que Adrián. Vivía en Chile, en Pucón, a orillas de un lago, y en su casa nos detuvimos algunos días, de pasada, cuando nos vinimos al Neuquén.

Torturé inútilmente mis recuerdos más lejanos, tratando de precisar alguno que me diera la sensación aproximada de sus rasgos. Sólo aparecieron imágenes borrosas, desleídas.

No. Sólo podía imaginarla. Pudorosa quizás, de negros ojos pensativos, y largas trenzas adolescentes. Era extraño. ¿Por qué su recuerdo llenó tan intensamente la corta vida de mi hermano? Adrián nunca retornó a Chile. Nunca más volvió a verla, ni recibió cartas o mensajes que pudieran atar su corazón a una amada tangible.

Era amor, simplemente. Un puro y gran amor romántico, amor al amor. Acaso sucediera que ni la mis-

ma niña supiera de esa pasión ideal, perdida en el silencio de un alma tierna y soñadora.

Tal vez Adrián trató inconscientemente de aferrarse al pasado, y preservarlo del olvido. En el amor a la niña adolescente condensó el amor a la tierra que dejaba atrás, y la adoración eterna por la mujer.

Guardé la libreta. Mas, dentro de mí, seguían vibrando los poemas como una canción triste y lejana, evocadora de una infinita melancolía por lo que no fué, por ese sueño roto, por esa ola trunca que no alcanzó a tenderse en playa alguna.

XIV

La noche de ese día, en el fogón.

A una señal de doña Carmen, el Petiso cogió el asador y lo clavó cuidadosamente en el suelo. El jugo se escurrió en hilillos a lo largo del churrasco, y empezó a caer en gruesos goterones.

Saqué mi "cabo blanco", y en el instante en que me preparaba para cortar una callente tajada, escuchóse afuera el ladrido de los perros.

Me lancé hacia la puerta. La perrada se perdía en las sombras, ladrando con furia. A poco disminuyó la intensidad de los ladridos para trocarse en jubilosa acogida.

¿Quién podría ser el visitante? No era posible adivinarlo. Sin embargo, un alegre presentimiento me fustigó el corazón.

Luego, el viento trajo la resonancia de un galope apresurado. Agucé el oído. Los rápidos cascos de dos caballos movían en las sombras ecos distantes.

La cabalgata brotó súbitamente del fondo de la noche, corriendo desatada hasta detenerse de golpe junto al fogón. Uno de los jinetes descabalgó de un salto. Aun antes de ver su rostro, un nombre subió a mi boca, y se escapó en un grito:

—¡Adolfo!

Dos potentes brazos me rodearon el cuello. Sentí en las mejillas la ruda caricia de una crecida y fuerte barba. Todos salieron. Mi madre abrazó al recién llegado, riendo y llorando. Decía:

—No es nada, mi hijo... No es nada... Es la alegría de volver a verte...

Hasta en las austeras pupilas de mi padre brilló una gota de alegre sorpresa. Sus manos sonaron jubilosas en la espalda de mi hermano.

Hubo un revuelo de abrazos en el fogón. Adolfo se prodigaba:

—Che Petiso... Zorro... Un abrazo, doña Carmen... Anita..., ¡qué grande y qué linda estás!... Vaya... vaya...

Se dió vuelta, mirando atentamente:

—Vaya..., ¿y Medrano?... ¿Dónde está Medrano?

Salió. Seguilo. Bajo la énamada, sujetando los caballos, estaba el llamado Medrano. Adolfo rebuscó algo en la montura, y regresó al instante con un saco, arrasando al compañero mientras el Petiso empezaba a desensillar las cabalgaduras.

—Aquí - está Medrano... Estanislao Medrano..., gran resero y gran amigo... Medrano, te presento a mi familia.

El desconocido saludó sobriamente, y sentóse junto al fuego. Adolfo abrió el saco, y empezó a repartir regalos, pañuelos, tiradores, cigarreras, blusas, y hasta una muñeca para Anita. Luego, tiró el saco vacío a un rincón. El Zorro murmuró, reticente:

—Y gracias... Pero..., parece que van a faltar regalos, mozo...

—¿Cómo?

—¿Y Carlitos? ¿Dónde deja a Carlitos?...

—¿Carlitos? ¿Quién es Carlitos?...

Y miró a todas las caras con ojos agrandados por la curiosidad. Una leve racha de rubor cruzó, fugaz, el rostro de mi madre:

—Es... tu nuevo hermano, mi hijo. Ahora tiene tres meses...

Adolfo brincó como un chivo. Y salió corriendo en dirección al pabellón. Regresó al cabo de cierto tiempo:

—Está durmiendo. Apenas pude verlo. Pero creo que se parece...

Bajó los ojos.

—...a Adrián.

Un breve y pesado silencio cayó sobre los circunstantes. Por algunos momentos escuchóse sólo el chirrido del churrasco que la vieja recalentaba. Mi madre continuó la frase interrumpida:

—...No podías saberlo... Dos años ausente..., es mucho. No sabíamos dónde escribirte... Pero, en fin, has vuelto...

Y Adolfo, mientras se aflojaba el tirador y se sacudía el polvo de las gastadas bombachas:

—Mamá..., sólo he pasado a verlos. Mañana partimos otra vez...

Reparé en la seguridad de su expresión. Hablaba como un hombre dueño ya de su destino. Luego, mientras churrasqueábamos en torno a la fogata, siguió hablando:

—Pero es éste mi último viaje. Ya he sufrido bastante... Mire...

Se acercó al candil. El vacilante resplandor dióle de lleno en el rostro. Había cambiado. Los mismos ras-

gos, sí, pero quemados, enjutos. La cara adolescente de otro tiempo habíase transformado en una expresión acentuada, ruda casi, curtida por el sol, por el viento, por quién sabe qué ingratas faenas. Hasta su voz era más ronca, más severa. Unas rayas blanquecinas rompían junto a las cejas el panorama tostado de la frente.

—¿Y eso?

—Cicatrices. El oficio es duro, señor... Hay que vivir con la mano en la cacha del revólver... Pero..., lo pasado, pasado. Vuelvo a repetir: es mi último viaje. Estamos a mediados de noviembre. Bien. A mediados de febrero estaré de vuelta. Definitivamente. Ahora sí que deseo regresar a Chile... He visto alambrar la pampa, señor. Por todas partes, cercas de alambre... En San Martín supe de muchos chilenos que se van... David Calderón entre otros... Estará de Dios que no encuentre al Mocho... Venda todo lo que pueda, señor... Y el resto lo arrearemos... He juntado algunos pesos...

De un bolsillo de la cotona extrajo un grueso rollo de billetes que entregó a mi madre:

—¡Aquí están!... No. No crea. Algo me resta..., lo suficiente para mí... Trajimos desde Sacanana a San Martín de los Andes un arreo de caballares. De ahí los llevarán a Chile por la región de los Lagos. En San Martín me contraté con don Arturo Irrarázabal, un caballero chileno, joven, más o menos de mi edad. Me pareció algo loco..., pero, en fin, paga bien..., ¿no es cierto, Medrano?... El y veinticinco reseros se fueron directamente a la ciudad de Neuquén, ahí nos esperarán. El camino pasaba cerca, y he venido a verlos...

Encendió un cigarrillo, y después de chupar un amargo cebado por la vieja, continuó:

—De Neuquén nos iremos a Tandil, una ciudad de la provincia de Buenos Aires... Iremos en ferrocarril... Y en ferrocarril regresaremos a Neuquén, con dos mil vacunos... Y de Neuquén, a Chile, por la pampa... Un arreo de dos meses. Mi contrato termina en la frontera. Me vuelvo desde Pino Hachado... Calculo estar de vuelta a mediados de febrero...

Se encogió de hombros:

—...¡Eso es todo!...

Mi padre meditaba. Mi madre, sumisa, no despegaba los labios. Su condición de mujer ataba sus deseos a la voluntad del esposo y del hijo ya fugado del alero materno.

Nadie hablaba. Allí, entre esos dos hombres, se decidía nuestro destino. El llamado Medrano permanecía taciturno, y mateaba en silencio. Era un gaucho tan joven como Adolfo, cenceño, pálido. Los ovejeros miraban expectantes, dejando transparentar una indudable tensión.

La voz de mi padre, breve, concisa, trizó la ansiedad del momento:

—¡Estará de Dios!... Bueno. Nos vamos... Desde mañana mismo empiezo a liquidar...

—Bien, señor... Le prometo estar de regreso en la fecha indicada..., o antes, quizás.

Senti en los hombros las manos de mi madre. Miré su pálido rostro envejecido, transfigurado ahora por el destello de una inefable serenidad. Mas, permaneció silenciosa, hundida acaso en la contemplación de antiguas e inusitadas imágenes, escuchando quizás el

eco de viejas resonancias perdidas. El recuerdo de mis hermanos vino furtivo y reavivó súbitamente la pátina de melancolía que su muerte enraizara en mi corazón como esas adherencias fungosas que el sol seca sobre las piedras y la humedad hace reverdecer.

El Zorro carraspeó. Se atuzó el rubio bigote, mordiéndose las guías, signo en él de preocupación:

—Escuche, don... Yo quisiera..., quiero decir..., con el Petiso...

Se hizo un lío.

—¡Hombre!... ¿Qué?...

—Bueno. Ya está. Hemos pensado comprarle el puesto si es que usted hace viaje... Y..., somos ovejeros, gauchos viejos ya. Nos costaría irnos de aquí. Tenemos algunos pesos... y ovejitas... ¿Dónde podríamos ir?... Somos como el coirón... La pampa nos sujeta. Para nosotros la pampa es el pasado y el presente... Y el futuro... Algún día seremos ricos, Petiso... Detrás de nosotros no hay nada..., sino en torno: la pampa, los mallines y, arriba, el cielo... ¿Qué hacerle, don? Somos así. No podemos cambiar...

Calló un instante. Luego, el tono mesurado se tornó humorístico:

—...¿Qué haríamos en el pueblo, Petiso?... ¿Qué dirían las hembras al ver tus bombachas, Petiso..., esas verdes..., esas que te pones los domingos para asombrar a las vacas?...

El Petiso parpadeó. Mi padre escuchaba regocijado:

—Es tuyo el puesto, Zorro... Es tuyo y del Petiso. No les cuesta nada. Se los regalo...

Miró los muros y el techo:

—Barro y totoras... No. No vale nada...

Los dos ovejeros contestaron a dúo:

—Gracias, don...

Mi fantasía, estimulada desde las primeras palabras de Adolfo, alzó el vuelo, forjando en mi alma la imagen imprecisa de un vago, pero ardiente anhelo. Tandil... Neuquén... Ciudades... ¿Cómo serían?

Cuando salimos del fogón hacia el dormitorio, mi confuso deseo tomó súbita forma. Cogi una mano de Adolfo, y la apreté fuertemente:

—Adolfo..., ¿es cierto que volverás dentro de dos meses?...

—Seguro, Patito... ¿Por qué?...

—Por nada... Pero...

Adolfo se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos. Me miró fijamente. Sus pupilas brillaron en la sombra:

—Patito..., ¿qué quieres?...

—Este...! ¿Por qué no me llevas contigo?...

Se irguió asombrado:

—¡Oh..., no!... Eres muy niño. No te imaginas lo que significa un arrêo... Privaciones..., hambre a veces..., peligros... No... no...

—No importa. Contigo soy capaz de ir hasta el fin del mundo. Además, ya no soy tan niño. Tengo diez años... Adolfo..., ¡llévame!... Tú me cuidarás...

Seguimos andando. Adolfo meditaba. Luego, en la misma puerta del fogón:

—Veremos... Pídele permiso al viejo... Yo, por mi parte, me encargaré de convencer a mi madre.

XV

Delante de nosotros, inquieta, nerviosa, galopaba mi pequeña tropilla.

En el arzón delantero de mi montura, un grueso poncho, arrollado, ablandaba su dura quilla. En el trasero, un saco apretado a mis riñones guardaba ropa interior, charqui, galleta, que la solicitud de mi madre me obligara a llevar.

Mi padre no había puesto objeción alguna a mi temblorosa petición. Apenas si lo pensó un momento:

—Bueno. Vaya con su hermano. ¡Hágase hombre!...

Mi madre no se sintió capaz de contrariar el permiso dado por mi padre. Mientras preparaba mis ropas me abrumaba con recomendaciones que yo casi no escuchaba, radiante y excitado por la perspectiva de la aventura.

Ni el más pequeño temor empañaba la alegría de mis preparativos. Además, ¿qué temor podría sentir? Abrí los ojos a la vida consciente desde los lomos de un caballo. Crecí endureciendo mis músculos en violentas cabalgatas, y la palabra fatiga no tenía sentido para mí.

Y ahora, entre Adolfo y Medrano, galopaba gozoso y confiado.

¡Tararán!... ¡Tararán!

Los cascos de los caballos machacaban el coirón sin dejar huellas en ese duro mar de pasto. Ibamos hacia el este, hacia la salida del sol, a galope largo y tendido, tan rápidamente como pudieran transportarnos los caballos.

Pronto, nombres desconocidos golpearon mi fantasía dándome sólo entonces la exacta sensación de viaje. A mediodía cruzamos un pequeño río: Chemehuin. Poco después, la salida de un vasto cañadón: Chichahuay.

En seguida, la pampa, la tierra lisa, verde, infinita.

Galopar... Galopar...

A la caída de la tarde llegamos a puesto en donde churrasqueamos y mateamos, acogidos por un viejo paisano solitario. Allí, bajo la clásica enramada, pasamos la noche envueltos en nuestros ponchos, las cabezas reclinadas en los duros recados.

Al día siguiente, de madrugada, seguimos viaje.

Galopar... Galopar...

Ya no ondulaciones del terreno, ni lomas, ni cañadas. Sólo la inmensa llanura hundida en los horizontes empolvados de sutiles nieblas, por donde el viento rodaba fustigando sus veloces olas transparentes.

Galopar... Galopar...

A veces un puesto asomaba en el horizonte el humo del fogón y el techo de totoras esfuminado en la distancia. Y esa visión, desvanecida apenas entrevista, más sugerente y poderosa, rompía, con su oferta de vida, la desolada superficie de la llanura interminable.

Sí, un puesto. Y majadas. Y avestruces, sobre los que Adolfo se lanzaba en brascas arremetidas cuando estaban a tiro. A veces nos deteníamos a contemplar la cacería. Otras, seguíamos galopando. Adolfo nos alcanzaba entonces, y nos decía mientras enrollaba las boleadoras en torno a la cintura:

—Es para probar las bolas, che..., para que no se pudran.

A media tarde nos detuvimos en un boliche destartado. Comimos sardinas y queso allí. Y mateamos. El infaltable gallego nos miraba con desconfianza, y nos regaló un churrasco, contento tal vez de vernos partir.

Seguíamos hacia el este. Rápidos. Tenaces. Galopando incansables por esa lámina monocroma que era la pampa, bordeando menucos, saltando zanjas, en demanda de los lejanos horizontes que parecían huir delante de nosotros.

Esa noche churrasqueamos y dormimos a plena pampa. Envuelto en mi poncho, la montura por almohada, contemplé largamente la constelada y alta noche de las llanuras, el tembloroso polvo de estrellas que titilaba en el obscuro lago del cielo. No sentía cansancio alguno. Mas mi sueño fué de piedra, denso, reparador.

Y al día siguiente, temprano, otra vez en camino. Llevábamos mucho andado cuando el sol empezó a levantar su enorme disco ardiente a ras de los lechosos confines.

Todo se volvió rojo súbitamente, la pampa, el cielo. Una fugaz y violenta marea volcó en la llanura sus tintas fuertes y rabiosas. Apenas un instante después, el oro nuevo del astro aquietaba la piel con su eterno resplandor de topació.

Galopar... Galopar...

Hacia el este. Lejos. Las duras fibras de un resto de charqui desmenuzáronse entre mis dientes. El hambre empezaba a morderme las entrañas. Pero me contenía.

A mi lado, inmunes a la fatiga y a la necesidad, galopaban Adolfo y Medrano.

Recordé a mi madre, a Anita, a los jugosos churascos. El corazón me daba vuelcos. Quizás si en el fondo de mi hubiera deseado regresar. Pero apreté los dientes, y me propuse resistir las quejas, pasara lo que pasara.

Era mediodía tal vez. Remontamos al paso una breve loma. Y desde su cima logré atisbar a la distancia un claro y cambiante espejeo. Parecía el reflejo del sol en movedizas aguas lejanas.

Detuve mi caballo y señalé el brillante resplandor:

—Adolfo..., ¡mira!

—Nada, Patito... Hemos llegado. Eso que ves brillar allá lejos son las chapas de zinc de las casas de Neuquén...

Sonrió, mostrando la blanca dentadura:

—...Bueno. Apurémonos... Allá vamos a churrasquear.

Clavé inconscientemente las espuelas en los flancos de mi caballo. Y avanzamos veloces hacia el pueblo que aparecía como una isla obscura emergiendo desde el inmenso llano verde.

XVI

En el único hotel del pueblo nos encontramos con los reseros que habían llegado el día anterior.

Almorzamos allí, y mientras Adolfo y Medrano se entrevistaban con el señor Irarrázabal para ultimar los detalles del viaje, salí a conocer la ciudad, después de sacudirme el polvo de las jornadas.

Con ojos agrandados por el asombro recorrí las dos o tres polvorientas calles.

La estación del ferrocarril levantaba su magra estructura de barro y chapa de zinc en un extremo del pueblo. Continuaban inmensas bodegas cuyos aleros protegían largos andenes en que se hacinaba una cantidad inconmensurable de fardos de lana. Más allá todavía, y al otro lado de los rieles también, vastos corrales repletos de reses mugidoras. Tres o cuatro hombres uniformados se afanaban, yendo y viniendo con papeles en las manos, manejando ese confuso maremágnum.

Durante largo rato me entretuve en contemplar los movimientos de avance y de retroceso que hacía un tren de carga a lo largo de las vías.

Han pasado muchos años desde entonces. La vida me ha hecho conocer urbes gigantescas, usinas poderosas, enormes fábricas, el adelanto técnico que la curiosidad y la inquietud del hombre han extraído de los fenómenos naturales o científicos. Apretáis un botón, y

una luz resplandeciente brilla para vosotros. Hacéis girar un dial, y un torrente de armonías lejanas, la voz de un hombre o de una mujer desconocidos, os envuelven en extrañas sugerencias. ¿No es acaso un milagro, una admirable maravilla todo eso?

Sin duda. Pero nada ha podido impresionarme con tal intensidad, después, como esa pequeña locomotora de Neuquén, con su cabina pintada de rojo, de bronce relucientes, de aceitadas y potentes bielas, manejada por ese hombre negro, de gorra, que apenas movía el complicado juego de palancas para arrastrar el pesado cortejo de carros rechinantes o los hacía retroceder con agrio golpe de metales fuertemente chocados.

Allí estuve mirando, fascinado, no sé cuánto tiempo. Alguien se detuvo de pronto a mi lado. Era un empleado del ferrocarril:

—¡Eh, mocito!... ¡Lárguese..., prontito no más!... A esta hora nadie puede entrar a este recinto...

Salí de la estación. Por las calles circulaba pintoresca muchedumbre: gauchos, indios, compadritos, algunas mujeres, que burbujeaban entrando y saliendo de los tres o cuatro grandes almacenes repletos de mercancías.

Por ahí estuve parado, contemplando el inquieto revuelo de la multitud. Algunos me empujaban al pasar. Nunca había visto tanta gente reunida y su observación me maravillaba.

Por aquel entonces Neuquén no tendría más de tres mil habitantes. Con ligeras diferencias, todas sus casas se asemejaban: muros de barro y chapa de zinc, y algunas, pocas, en las afueras, con techo de totoras.

Pero era la ciudad, la única que hasta entonces

vieran mis ojos, y el estar en ella colmaba mi anhelo. Mas, súbitamente, me sentí extranjero. Un vago temor se fué apoderando de mis sensaciones, y deseé vivamente la presencia de mi hermano.

Pasé, yendo de regreso al hotel, junto al cuartel de policía. En el umbral de la puerta, sentado en un taburete, remolón, perezoso, un "melico" descalzo tomaba mate, la pavita en el suelo. Era tal vez el centinela. Un sombrero de paja, de anchas y desflecadas alas, lo protegía de la mordedura del sol. Los pantalones remangados mostraban las gruesas y blancas pantorrillas recién lavadas. Por la guerrera desabrochada se le asomaba espesa y acre pelambrera. Era un soldado, sí, mas poco airoso.

En el ancho patio del hotel los reseros jugaban a la taba. Los recados yacían cabalgando un palenque situado en el interior de una pieza. Los caballos no estaban. El hotel cuidaba de ellos.

En un ancho corredor Adolfo conversaba con el señor Irarrázabal. Me acerqué. Adolfo me cogió de una mano:

—Don Arturo..., éste es Rafael.

Ya habían hablado de mí. Don Arturo era un mozalbete exageradamente cortés, fino, elegante, delicado. La fragilidad de su aspecto contrastaba con las rudas estampas de los reseros. Mas, su caballerosidad era como una especie de coraza que ponía instantánea distancia entre él y sus interlocutores. Me cayó mal su fingida solicitud:

—Ah, mi amiguito, ¿cómo va?...

Me rozó el mentón con sus largos dedos. Y continuó hablando con Adolfo:

—Mire, Artigas... Tal como le decía, mañana salimos con el tren. Ya tengo pagado el viaje completo. Cuarenta carros para los animales, uno para los reseros, y dos locomotoras. Mañana temprano..., digamos, a las seis... Avise a la gente para que no se vayan a retrasar. Irán con nosotros, fuera de los maquinistas, dos empleados del tren... Sí, eso es todo. Bueno, me retiro... Tengo que escribirle a mi madre.

Y se alejó sin esperar respuesta. Salí nuevamente a la calle. Vagabundee sin rumbo hasta que la noche empezó a caer sobre el pueblo. Me entretuve, aún, en observar a los policías que encendían en las esquinas grandes faroles de kerosén, bajándolos e izándolos por medio de altas poleas.

Regresé, aburrido, al hotel. Adolfo no estaba allí, ni Medrano, ni muchos otros.

Cené cuando los mozos sirvieron la comida. Y me acosté, luego, cansado de esperar.

Me despertó un bullicioso revuelo.

Amanecía. La puerta del dormitorio se abrió de golpe, y Adolfo, seguido de Medrano, apareció en el umbral:

—Ya, Patito, Es la hora. Vamos al tren...

Pero tartamudeaba. Y en su rostro congestionado por la embriaguez los ojos tenían un brillo demente.

Sentí de pronto un inmenso desconsuelo, como si una enfermedad incurable me hubiera envenenado repentinamente el corazón.

Mi hermano era un borracho.

Desde el fondo de un tiempo remoto vinieron las

palabras de mi madre, cristalizando su sagaz intuición: "...Temo por tu hermano Adolfo..., es puro instinto"...

Me sentí de repente terriblemente fatigado. Y solitario. Algo perdí en aquel momento, algo sutil e inapreciable, leve, indefinible. La fe, quizás. Pero mis sentimientos refluieron. Y en una playa distante y luminosa la imagen de mi madre me abrió su regazo de consuelo.

XVII

Ibamos en el último vagón.

El tren cortaba, veloz, la pampa. Llanos. Llanos. Llanos. Verdes, lisos, giraban en monótonas y obsesoras vorágines.

Al comienzo del viaje sentí un indecible malestar. Después, cansancio. En seguida, mis vísceras dejaron de hacer resistencia a la velocidad, y se fueron adaptando lentamente al desplazamiento.

Me amodorré.

Pasaron horas. Mi conciencia, sumergida en una turbia mezcla de sueño y vigilia, alzó de pronto sus finas antenas. El golpe seco, simultáneo, del convoy detenido bruscamente, terminó de despertarme. Miré por la ventanilla. Había una casa afuera, una estación de barro y zinc. El nombre del pueblo salió a encontrarme en un letrero parado, como un tero, en una sola pata: Río Negro. Era un pequeño pueblo de embarques. Ahí, como en todos los que encontramos a lo largo de la ruta, grandes bodegas y corrales innúmeros hablaban de la abundancia y la riqueza de una tierra inagotable.

Tres o cuatro paisanos desaprensivos, de amplias bombachas, observaban socarrones la pasada del tren.

Sonó un pitazo estridente, y el convoy reinició la marcha. Chillaron los ejes; chocaron, pertinaces, los to-

pes de los vagones, e instantáneamente caímos de nuevo en la pampa.

Adolfo dormía pesadamente en un extremo del vagón, de bruces sobre el marco de una ventanilla. Los demás se desparramaban en pequeños corrillos vocingleros.

Me agarró de nuevo el sueño.

Cerca de mediodía llegamos a otro pueblo: Chimpay.

Uno de los reseros administraba los víveres. Adolfo, recuperado, me trajo comida: charqui, queso y una botella de limonada.

Y nuevamente el traqueteo del viaje.

Y otro pueblo: Darwin.

Y otro: Chilforó.

Empezó a obscurecer. Los confines en fuga fueron cambiando de color: azules, violados, rojos, malvas. Y, pronto, la pampa no fué sino una rápida masa negra que corría hacia atrás. Vino entonces un empleado del tren, y encendió una linterna a kerosén en el centro del vagón.

Don Arturo no se dejaba ver. Tal vez dormía en la cabina de los conductores.

Adolfo me trajo galleta y asado frío.

Y otro pueblo en medio de la noche: Fortín Uno.

Hacía calor. La pequeña atmósfera tornábase pesada. Había olor a tabaco, a sudor, a campamento. Dime a observar el grupo de hombres que el azar de un viaje me hiciera conocer. Todos morenos, estampas recias, lentas, tocadas por las manos viriles de una vida dura e inclemente. Los rostros impasibles de dos o tres indios de gruesos labios negros, de altos pómulos em-

pedernidos y barbas retintas y mezquinas, moteaban de extatismo el revuelo de las conversaciones.

De tiempo en tiempo alguno alzaba la bota, y, al apretar el cónico vientre de cuero, un delgado chorro de vino golpeaba jubiloso los dientes o el paladar del bebedor, produciendo la sensación alegre de un hilillo de agua cayendo desde arriba sobre un lecho de piedra.

El humo del tabaco fué formando una niebla azulada, densa, translúcida.

El tren corría, corría. En mi cerebro resonaba el traqueteo del convoy, y mi cuerpo todo trataba de ajustarse a ese ritmo de obsesionante monotonía. Afuera corría la noche, la pampa y el oscuro cielo tachonado de altas y fugaces constelaciones.

Bajo la linterna velada por el humo, un grupo de hombres jugaba a las cartas. Hasta mi conciencia adormecida llegaban extrañas palabras filtradas por el sueño:

—...¡Envido!

—¡Truco!

—¡Flor... y truco!

.....

—¡Envido!

—¡Truco!

—¡Y retruco!...

Me dolían los músculos. No encontraba la posición adecuada. Me encogía, me estiraba, tendiéndome en los largos escaños.

Luego, otro pueblo hundido en la sombra: Río Colorado.

Una extraña impresión de aniquillamiento reinó en el vagón. Todos dormían, tirados en los asientos o acomodados en inverosímiles posturas. Un viejo roncaba

cerca de mí. Aspiraba por la boca, dificultosamente, como ahogándose, gruesas bocanadas de aire. Y durante largo rato permanecía inmóvil, sin respirar. Yo lo miraba sugestionado. Cuando mi tensión se hacía intolerable, soltaba entonces, suavemente, el aire aspirado. Y volvía a roncar.

Cambié de asiento. Durante largo rato observé un apretado enjambre de insectos que se golpeaba contra el vidrio de la linterna, atraídos por la fascinación de la luz que brillaba detrás. Después, me hundí en la bruma de un sueño invencible.

Me despertó una curiosa impresión de estabilidad. Abrí los ojos. El tren se había detenido. Afuera, otro pueblo vislumbrado claramente en la brillantez de la madrugada: Médanos.

Ahí nos detuvimos largo rato, esperando la cruzada de un tren que volvía a Neuquén. Cuando por fin pasó, estrepitoso y fulgurante, era ya de día.

Y otra vez la llanura girando en verdes remolinos apresados en el marco de las ventanillas. Mas el panorama ya no tenía la persistente monotonía de las tierras de adentro. Nos acercábamos a la costa. Durante horas corrimos a lo largo de un alambrado que encerraba ganado de selección: grandes vacunos de piel negra y manchas blancas, gruesos toros mugidores, ovejas recién esquiladas. Y, de tarde en tarde, estancias que parecían pueblos, esbozos de caminos que acusaban la mano del hombre agarrando la tiesa pelambre del llano.

Adolfo me trajo queso y charqui. Comí, porque no había otra cosa. Pero mi estómago reclamaba alimen-

tos calientes. Pasó un empleado del tren. Gritó sin detenerse:

—¡Bahía Blanca, próxima estación!... ¡Hay vía libre!... ¡Pasamos de largo!...

La mayoría de los reseros permaneció indiferente. Mas algunos se agitaron, y abrieron las ventanillas. Yo hice lo mismo. Saqué la cabeza, y un turbión de aire fresco, salino, vivificó mi pecho deprimido por el largo encierro en el tren.

A poco, una ciudad tendida en el llano empezó a surgir en el horizonte. Fuimos hacia ella, veloces. Era distinta a todos los pueblos que dejáramos atrás, con sus grandes casas de dos y tres pisos, y de una extensión que me pareció enorme.

Más allá de sus techos de zinc heridos por el sol, más allá de la sabana verde y familiar, una extraña faja de plata esmerilada separaba la tierra del cielo. Era el mar, el ancho, inmensurable mar.

Llegamos a la periferia de la ciudad. Pero nuestro convoy no se detuvo. Culebreó entre las vías, sorteando largos trenes inmóviles, vastas bodegas, corrales, construcciones, el edificio de la estación nutrida de gentes, de guardias, de peones.

Y seguimos entre humos, carboncillos disparados, pitazos, convoyes detenidos. Por los huecos furtivos de las calles que desembocaban perpendiculares a lo largo de la vía, logré atisbar al final de ellas, lejos, las bancadas de los muelles, las negras moles de los vapores, el oscilante bosque de los mástiles. Y pájaros, lentos pájaros blancos que volaban entre los palos, sin premura ni temor.

Bahía Blanca, sus anchas avenidas, sus albos edificios, sus negros suburbios fueron quedando atrás. Pasamos tangentes a ella. Apenas si rozamos un punto de sus arrabales para girar desde allí hacia el norte.

Luego ya no vi más el mar. Pero algo de su indefinible melancolía, algo de su disolvente fascinación quedó gravitando en mi alma con inusitado relieve.

El mar. Era la pampa prolongando en un desierto móvil ahora, la soledad de la llanura ilimitada. Era la materia escurridiza, veleidosa, golpeando con su agria resaca mi corazón vernacular, de raíces telúricas, enemigo de los adioses y de las despedidas.

A mediodía nos detuvimos, apenas un instante, en Belgrano, puerto militar. Mas no vi agua en parte alguna. Sólo soldados, escuadrones que hacían ejercicios, batallones en descanso, militares sueltos.

Y la pampa de nuevo, aprisionada ahora entre alambrados, poblada, moteada de ombúes solitarios.

Los reseros seguían jugando. Don Arturo no se dejaba ver. Y el tren corría, corría sin descanso, hacia el norte.

El largo viaje me fatigaba. No me lavaba desde el día anterior, y la noche pasada en el tren, durmiendo vestido, me había quebrantado los músculos. Todo mi cuerpo sincronizaba sus sensaciones al traqueteo del convoy. Mas, cuando el tren se detenía, la inercia, pugnando por conservar en mis órganos la sensación del movimiento, me producía un extraño malestar que cesaba cuando el tren se ponía de nuevo en marcha.

Atrás fueron quedando pequeños villorrios sin importancia. A media tarde nos detuvimos en Tres Arroyos. Ahí esperamos un convoy que venía del norte. Bajé hacia los andenes aprovechando esa pausa, y me lavé el rostro en un estropeado abrevadero para animales. Me sequé con mi pañuelo. El pañuelo quedó negro de tierra y polvillo de carbón.

Y otra vez el traqueteo.

Al atardecer, cuando el paisaje se hundía en opacas medias tintas, después de la rutilante puesta de sol, arribamos a otro pueblo: Juárez.

Y desde ahí el convoy entró en las sombras, rompiendo la noche con el jadeo de sus calderas y el brillante chisperío escapado del ardiente hogar y que volaba en medio de los gruesos penachos del humo.

Llegamos a Tandil en medio de la noche. La ciudad aparecía enteramente iluminada, reluciendo en la obscuridad como la pedrería de una joya. Era mi primer encuentro con la maravilla de la luz eléctrica.

Durante cuatro días permanecemos en Tandil, días de intensa faena, de carreras, de órdenes y contra-órdenes.

Sí. La ciudad era un extraño mundo fascinante. Yo no tenía nada que hacer, y la recorrí hasta en sus más ocultos rincones. Pero, a veces, el recuerdo del puesto me tocaba fugazmente el corazón, y la ciudad volvía-se tediosa, disolvente. Más de una vez las lágrimas rondaron mis párpados, y sólo la voluntad me hizo disimularlas.

Me encontraba con Adolfo en el hotel, a las horas de comida. En las noches se iba de jarana, con Medrano y otros, y regresaba al amanecer, bebido, oliendo a perfume, a caña, a prostituta. Yo lo sentía regresar, Pero me hacía el dormido, acaso deseando no hacerle presente la vergüenza que me invadía. Mas Adolfo no reparaba en nada. Se movía empujado por un sentimiento natural, despojado para él de todo cinismo y de toda impudicia.

Yo era muy niño, es cierto. Implacable y cruel quizás. No podía comprender entonces los vehementes impulsos de mi hermano, su ansiosa y dionisiaca vitalidad contenida durante tanto tiempo por la salvaje soledad de la pampa. La ciudad significaba para él la hembra fácil, el placer al alcance de la mano, la satisfacción inmediata de los instintos sofrenados por forzada continencia.

Casi sin quererlo, una idea pertinaz me hacía asociar el recuerdo de Adrián a la actual condición de Adolfo. Ahora me daba cuenta de lo distintos que siempre fueron. Adolfo, tumultuoso, mujeriego, atolondrado. Adrián, sentimental y taciturno, cultivando en la silenciosa tierra de su alma la rosa mística de un amor ideal.

Pero, en fin, era la vida.

Con el dinero que me diera mi madre compré, entre otras menudas cosas, algunas revistas. Por ellas supe de la guerra que por aquel tiempo empezaba a devastar la lejana y vieja Europa. Contéplé extasiado las fotografías de los grandes buques, de los aviones, de los soldados perdidos en el barro de las trincheras,

soldados barbudos, flacos, horribles, soldados muertos, pueblos arrasados, aterrados civiles fugitivos, niños, mujeres, viejos.

Luego, cierta madrugada el peonaje inició el carguío de los vagones. La novillada, traída la tarde anterior, resistíase a dejar los corrales donde permaneciera encerrada durante la noche. Los reseros, trepados en las barreras de hierro de los corrales, fustigaban poncho en mano las taimadas grupas, gritando y maldiciendo.

Una larga fila de animales subía a los carros por una rampa adecuada. Entraban, entraban, apretándose dentro del vagón hasta que ya era imposible introducir más. Los dos reseros apostados a la entrada sacudían los brazos entonces, y gritaban. El tren se ponía en marcha hasta que la boca del próximo vagón enfrentaba la estrecha rampa. Y así, interminablemente. Por allá, lejos, en los andenes, el señor Irarrázabal se paseaba conversando animadamente con dos caballeros.

Adolfo y Medrano, agarrados a la cerca, no cesaban de gritar. Yo permanecía junto a ellos, mareado por el cambiante oleaje de grupas, rabos, astas. Adolfo se inclinó de pronto hacia su compañero:

—Oye, Medrano...

—¿Qué?...

—Estos bichos van enfermos... ¡Mírale los hocicos!

—¡Qué va! No, che... ¡Resabiados, no más!

Adolfo levantó las cejas, escéptico. Y siguió gritando.

Pero la observación de mi hermano era cierta. De los húmedos hocicos de algunos novillos colgaban largos hilos de baba. A veces, un mugido se cortaba repentinamente por angustiosa tos que contraía los ijares en penosos espasmos y ponía brillo de fiebre en los grandes ojos congestionados.

Mas seguían pasando, cientos y cientos, entrando a los vagones en medio de gritos, de nubes de tierra, los pequeños cascos resbalando en las máculas de bosta fresca, cuyas penetrantes vaharadas subían en el aire caliente y denso.

Cuando el último novillo fué encerrado, nos reunimos en la estación premunidos de nuestros efectos. El largo convoy, con una locomotora en cada extremo, esperaba listo para partir. En aquellos tiempos no existían los horarios en esos ferrocarriles. O, mejor dicho, el horario del nuestro estaba supeditado a la voluntad y conveniencias del señor Irarrázabal. Porque..., ¡para eso pagaba!

Ultimados todos los trámites, subimos al vagón enganchado en la mitad del convoy, y, después de un prolongado golpeteo de topes entrechocados bruscamente, nos pusimos en marcha.

Ibamos de regreso hacia el sur, penosa, lentamente.

XVIII

De día y de noche, hacia el sur, sin parar, dejando atrás pueblos, tierras, cielos, viviendo en el vagón, comiendo allí, durmiendo.

Los empleados del tren recorríanlo por encima de los carros. Iban de una locomotora a otra, subiendo y bajando ciertas escalerillas de hierro adosadas a los extremos exteriores de los vagones, dentro de los cuales la masa mugidora se hacinaba en apretado rebaño para evitar las peligrosas oscilaciones del convoy.

Cierta mañana amanecimos en Bahía Blanca. De nuevo el mar, su aire de sol y de algas, su perdido horizonte.

El tren se detuvo largos instantes. Bajaron algunos reseros. Masticaba un duro trozo de charqui cuando me sobresaltó un ruidoso tumulto en el andén. Bajé. Reseros, guardas, curiosos, trepados en los vagones de carga atisbaban asombrados por entre las altas rejas laterales.

Subíme a un carro. Algunos novillos muertos yacían tirados en el piso. Otros se agitaban, volteados, pateando, en angustiosas convulsiones. El resto oscilaba, cayendo y levantándose, aterrorizado, bramador. Subí a otro vagón. El mismo espectáculo.

Don Arturo vino corriendo acompañado por el jefe de la estación. Se subieron a un carro. Y a otro. Y a otro.

El gaucherío se concentró en torno a ellos. El jefe de estación, un tipo flaco, avinagrado, ceñudo, miró a todos los rostros:

—¿Quién vigiló el carguío de los carros?...

Se hizo presente uno de los baqueanos, un gaucha viejo y reposado:

—Yo, don...

—¡La puta que lo parió!... No sabes que...

La mano del gaucha cayó instantáneamente sobre el pomo del facón, y creció en una punta trágica:

—¡La lengua la tienes pelada, desgraciado!... A mí "naides" me menta la mama... ¡Retira la palabra!

Rechazando airado a los reseros que quisieron sujetarlo, se acercó al jefe que miraba despreciativo. Repitió con voz amarga y solemne:

—¡Retírala, hijuna!

Don Arturo se interpuso entre los dos hombres:

—¡Cálmate, Jacinto!... ¡Aquí hay un malentendido!... No tienes culpa alguna...

Se volvió hacia el jefe:

—Me han engañado, señor. Me han vendido animales enfermos. Jacinto me lo advirtió, pero no le hice caso. ¡Malo está!... ¿Qué cuenta le voy a dar a mi padre?... ¡Carajo, me han engañado!

Se rascó la nuca, perplejo:

—Y ahora, ¿qué hago?... Bueno. ¿Qué le vamos a hacer?... ¡Ya, niños, descarguemos las reses muertas, y sigamos viaje..., ¡hasta que las velas no ardan!...

El jefe de estación frunció las cejas:

—¡Sí!... ¡Cómo no!... ¡Pero en Bahía no me descarga ni un solo bicho!... Siga, no más. Pare donde quiera, y bote lo que se le antoje. ¡Aquí, nada!

Don Arturo lo miró sorprendido:

—Hombre. ¡No me ponga dificultades! Además, hay que darle agua al arreo...

—Haga eso en Médanos. Voy a telegrafiar para allá. Queda cerca, y los corrales están provistos de grandes abrevaderos. Pero; ¡lo dicho!... ¡Aquí en Bahía, nada!... ¡Mire!

Un convoy entraba en la estación haciendo temblar el suelo:

—Ya tiene vía libre. Siga, si le acomoda.

Los finos labios de don Arturo se contrajeron en imperceptible mueca de desdén. Se dirigió a los reseros:

—¡Subamos, no más!...

Y agitó los brazos, haciendo señas al maquinista delantero, que esperaba la orden de partir, afirmado en la ventanilla de la cabina.

Dos horas después llegamos a Médanos. El jefe de estación, advertido por telégrafo desde Bahía Blanca, tenía antecedentes de lo ocurrido y no opuso inconveniente alguno para el descarguo de los animales muertos. Era un hombrecito rethoncho, de cara roja, y no terminaba de masticar algo que comía cuando llegamos. Usaba una corta chaqueta que le cubría un poco más abajo de los riñones, dejando en evidencia las abultadas y poco varoniles posaderas. Trepó penosamente a uno de los carros, y después de dar un rápido vistazo a los animales que se agitaban mugidores, adentro, masculló algunas órdenes a ciertos empleados que por allí vagaban, y se metió de nuevo en el edificio de la estación.

Empezó una lenta y fatigosa faena. Uno después de otro, sucesivamente, los carros fueron vaciados. Ba-

jaban los animales por las rampas de los corrales, y el gaucherío los hacía pasar por un corredor flanqueado de largas canoas con agua. Los animales sumergían los ansiosos belfos en el líquido, y a cada instante alzaban los anchos pescuezos, tragando con inusitada avidez. Hilillos de agua escurriéndose desde los húmedos hocicos pronto empaparon el suelo recalentado por el sol. Oleadas de vapor ascendían desde abajo confundiendo extraños olores: a tierra mojada, a bosta, a rebaño sudado.

Otro grupo de reseros descargaba mientras tanto la novillada muerta, tirándolos como sacos a lo largo de los andenes. El tren avanzaba y retrocedía a cortos trechos, con tenaces golpes de topes chocados.

Cuando la faena tocaba a su fin, y en los andenes se estiraba un largo tendal de animales aniquilados, apareció el jefe de estación, azorado, corriendo. Sus gordas posaderas subían y bajaban, rápida, rítmicamente:

—¡Eh..., canejo..., deténganse!...

Pero ya los últimos animales volvían a los vagones. Piteó la locomotora. Trepamos a nuestro carro. Don Arturo, de pie en la plataforma, encogióse de hombros ante la desesperación del jefe, los labios fruncidos en un pliegue sardónico.

El tren empezó a moverse. Me asomé por última vez a la ventanilla, y vi al hombre que agitaba los brazos, alzándolos en iracundo gesto.

Y otra vez la pampa, el horizonte fugitivo, rumbo hacia el oeste ahora.

Adolfo hablase encargado de verificar el número de animales caídos. Noventa y seis, entre muertos y mo-

ribundos, fueron los que se hacinaron en los andenes de Médanos.

Veinticinco horas nos demoramos desde Médanos hasta Neuquén, con largas paradillas en los pueblos para acopiar el carbón de los hogares insaciables, o reemplazar el agua de las calderas ávidas, o esperar el cruce de otros convoyes. Veinticinco horas rotas por las frecuentes inspecciones que don Arturo en persona hacía del arreo.

Pese a las precauciones tomadas, otros cuarenta animales llegaron muertos a Neuquén. Los demás, aunque hambrientos y enflaquecidos por el largo viaje, se mostraban en buenas condiciones, inquietos y animosos.

Mientras el arreo, cuidado por algunos peones sueltos, pastaba, recuperándose, en los llanos inmediatos a la ciudad, los reseros dedicaron esa tarde a prepararse para la travesía de la pampa. Adolfo me compró algunas mudas interiores, un par de bombachas, y, lo que me produjo gran satisfacción, una cantimplora de aluminio.

El sólo adquirió una bota vinera. Los demás compraron diversas cosas con el dinero que les anticipó don Arturo: facones, pañuelos y, la mayoría, botas que se apresuraron a cargar con vino.

Al atardecer de ese día los peones del hotel trajeron los caballos. El descanso los había tornado relucientes. Sentí una extraña alegría al ver de nuevo mi tropilla de malacaras. Era como si de repente se hubieran

velado las cambiantes imágenes atrapadas en el curso de ese tiempo movedizo e inestable, como si la sensación de constante desplazamiento que oprimía mi organismo se esfumase súbitamente, y entrara de nuevo en mis sentidos, aquietándolos, el silencioso palpitante de la tierra, su trémula y eterna emanación.

Al día siguiente, de madrugada, salimos de Neuquén. Junto a la lenta novillada, rezagándose, iba un rebaño de ovejas compradas a última hora por don Arturo para la alimentación de los troperos. Y dos o tres mulas cargueras. Y la caballada del gauchero, en medio de la cual mis malacaras destacaban las estrellas de sus frentes.

Don Arturo reunió a los capataces del arreo en los alrededores del pueblo, mientras la tropa, allá lejos, se desplazaba calmosamente, moviéndose como una mancha oscura flanqueada por impasibles jinetes.

—Jacinto..., ¿qué te parece?... ¿Por dónde nos vamos?... Yo no sé nada. Tú sabes..., es éste mi primer viaje..., ¡y creo que el último!...

—¿Por dónde?... Y, sencillito: por Picunlefu.

Saltaron los otros, baqueanos fogueados en el secreto de los abiertos laberintos de la pampa, expertos rumberos, sabios en el conocimiento de las huellas que cruzaban ese océano inmóvil e invariable, diestros en el derrotero de las vitales venas de agua, en los lentos y precisos signos de las constelaciones. Un error en el rumbo podía determinar grandes penalidades, peligros y, a veces, la muerte quizás.

Medrano trataba de argumentar, el enjuto rostro enrojecido por las trasnochadas y las libaciones recientes:

—No, Jacinto. ¡Estás loco!... Por Picunlefú vamos al norte. Sigamos el Limay.

—¡Macanas!... Por ahí vamos al sur.

Don Arturo observaba inquieto la discusión. Se dirigió a mi hermano:

—Mire, Artigas..., ¿qué dice usted?

Adolfo, trasnochado como Medrano, pestañeó rápidamente:

—Nada, señor. Soy nuevo en estos afanes. Nada sé de rumbos.

Intervino otro de los circunstantes, un gauchito de apellido Morena, vivo y movedizo, ataviado de pies a cabeza con unas ropas claras, casi blancas:

—Antes que nada, don..., debemos saber por dónde quiere entrar a Chile.

—Por Longuimay. Por Pino Hachado. Por ahí me dijo mi padre que lo hiciera.

—¡Bien bueno!... Conozco todo eso... Pero..., ¿por qué no entrar por Llamuco?... Está apenas más al sur, y se ahorra mucho tiempo. Lo mismo caemos en Curacautín... Sí, al sur..., pero con cuidado. Si nos torcemos un algo, damos en el Esprel. ¡Hijuna!... ¡Boque del diantre!... ¡Ahí sí que terminaba la novillada!

Esprel. Mi pensamiento voló hacia atrás, hacia un tiempo que me parecía lejanísimo, perdido en la bruma de un pasado de difícil resurrección. De labios de mi madre alguna vez oí ese nombre. Esprel. Por ahí

regresaríamos, un día, a la tierra de sus sueños y de sus esperanzas.

Don Arturo afirmó una mano en la culata del revólver mientras la otra recogía las riendas:

—Bueno. Prefiero eso.

—Lindo, no más... Entonces, Jacinto, che viejo..., ¿por qué no tiramos derecho a Catanlil?... He ido más de una vez. Y tengo una brújula..., y un mapa... ¡Aquí están!...

De uno de los bolsillos del amplio saco extrajo un instrumento parecido a un reloj, y un viejo papel sobajado y doblado en infinitos pliegues. Acerqué mi cabalgadura, y atisbé de soslayo el arrugado plano. No vi sino una confusión de rayas zigzagueantes.

Don Arturo quedóse pensativo. Tal vez lo impresionaron los trebejos de Morena. Dijo después de un momento:

—Jacinto..., ponte de acuerdo con este amigo para rumbear.

Medrano esbozó una protesta. Don Arturo cortó, autoritario:

—¡Nada...! ¡Lo dicho!... ¡Tiremos a Catanlil!

El grupo se deshizo. Y mientras galopábamos para juntarnos al arreo, Medrano rezongaba:

—¡Catanlil! ¡Desgraciado! A mí no me toman parecer. Vas a ver lo que es bueno, che. Vas a conocer La Travesía..., y no te digo más.

Clavó, furioso, los ijares de su caballo con la espuela gaucha, única, sola, amarrada sin talonera a la rústica bota de potro. No le hice caso. Quizás si en él hablaba, todavía, la caña de la noche anterior.

XIX

Pampa, inmensa y solitaria pampa, verde, gris, negra, vasta y desolada como el cielo. Por tu llanura interminable cruzó mi infancia medrosa y fatigada algunos días de su fugaz edad.

Supo de tus vientos tenaces, de tus soles duros, de tu piel sin ternura. Conoció tu distancia inclemente, tus horizontes sumergidos, tus noches cósmicas, tus constelaciones derrumbadas. Escuchó el canto de tus calandrias, el trino de tus zorzales, el rumor de tus ríos.

Vió tus taperas sugerentes, tus tolderíos de cuero, tus hombres traspasados por las flechas estoicas de las lejanías, impregnados de ausencia y de imposibles sueños.

Pudo atisbar la potencia latente de tus suelos, la tierra virgen de tus llanos esperando las manceras viriles, los rijosos arados, los ríos secos de los caminos, el colmenar de las ciudades.

Pampa, pampa, verde llanura inmensa, todo cabía en ti, el hombre, y su tristeza, y su esperanza.

Caminar hacia adelante. Seguir. Seguir. Diez días. Quince días. Levantarse al amanecer. Arrear el lento y tedioso rebaño. Detenerse desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, horas de canícula, y churras-

quear. Seguir hasta la entrada del sol, y churrasquear de nuevo. Y matear. Dormir envueltos en los ponchos mientras el arreo descansaba pastando o durmiendo, vigilado por dos equipos de rondas que se relevaban a medianoche para evitar el asalto de los pumas o el "barajuste" súbito.

Seguir. Seguir hacia el oeste, hacia la puesta del sol, tratando de alcanzar el extraño límite de un horizonte en fuga eterna.

Seguir, seguir, al paso de los caballos, estrellándolos a veces contra las grupas talmadas de algunos novillos remolones que se rezagaban mordisqueando los verdes matojos del coirón.

Tedío. Polvo. Sol. Y, de cuando en cuando, chubascos que nos empapaban, pese a la protección de los largos y gruesos ponchos. Los aguaceros, habitualmente de corta duración, limpiaban la atmósfera. Cuando el sol volvía a salir, un temblor de vida nueva corría por el arreo. Las grupas mojadas brillaban con fulgor de metales bruñidos, y hasta en los reseros se atenuaba el color de ceniza que el viaje había puesto sobre los rostros, sobre las vestimentas, sobre los recados.

A veces cruzábamos un río, o un estero delgado, o una laguna. Los animales bebían largamente, y había que atropellarlos para hacerlos salir del agua enturbada por el chapaleo de los cascos refocilados.

Siguiendo los consejos de Adolfo, en cada corriente renovaba el contenido de mi cantimplora. En cuanto a los reseros, nadie había usado la bota vinera. Los amargos bastaban para mantener el nivel hídrico de sus organismos, y guardaban el vino para las contin-

gencias posibles del viaje. Eran gentes precavidas, conocían su oficio y las eventualidades del vasto escenario en que transcurría su existencia.

Seguir, seguir, dejando atrás puestos esfumados en la distancia, boliches perdidos en la sabana inmensa, manadas de avestruces que se detenían un momento, curiosos, a contemplar el inusitado espectáculo del arreo, y escapaban de pronto en fugas rapidísimas. Adolfo, y otros más, corrían a veces tras ellos, probando las cabalgaduras y las boleadoras en una suerte de justa primitiva. Mi hermano era el más diestro tal vez. Y al contemplar su espléndida apostura, su poderosa y juvenil vitalidad, sentía oleadas de orgullo derramándose en la trama sutil de mis venas. Atenuábase en mí entonces, hasta desaparecer, el recuerdo ingrato de sus días en los pueblos. Ahora mi hermano se movía en un plano de sobriedad y de ascetismo, recuperándose, purificándose del fascinante veneno de la ciudad.

Seguir. Seguir por la huella invisible que el sol grababa en el terciopelo del coirón, hacia el oeste, lejos, persiguiendo el confin.

Insensiblemente, empujados por la brújula de Morena, nos fuimos adentrando en un panorama que se degradaba cada vez más. El pasto raleaba en un terreno hosco, invadido por los puños crispados del neneo. La pampa empezaba a ondularse en magras lomas calcinadas, inhóspitas, amenazantes. El polvo, ceniciento y liviano, nos envolvía en un halo de asfixiante densidad.

Encontramos todavía unas cuantas cañadas con agua y vegetación. Después, nada. Sólo un desierto inmenso y sin vida.

La mayoría de los reseros aparecían inquietos y recelosos. Sólo algunos conocían las regiones que atravesábamos, y la adustez del panorama los tornaba huraños y coléricos. Atropellaban los rezagos del arreo en medio de gritos y juramentos.

Los ojos de Medrano, circuidos por una máscara de polvo, relucían sardónicos. Hablaba con Adolfo:

—Aprieta los tientos, che... El compadrito Morena se ha metido en un brete... Pero no te asustes, che. Cien veces he pasado por aquí... Son cuatro días sin agua..., sólo cuatro..., pero no les diré nada. Racional el vino, che. Te hará falta...

Me miró:

—...Y tú, purrete, cuidado con el agua. La caramayola debe durarte cuatro días...

Se empinó en los estribos y avizoró hacia todos lados:

—¡Claro!... Lo que yo pensaba: estamos en Plaza Huencul. Mira allá, lejos...

Miramos. Un promontorio grisáceo rompía la línea del horizonte. Medrano siguió hablando:

—¡El cerro de Mesa!... Y más allá, La Travesía. La animalada va a sufrir, che... Ni agua..., ni pasto... ¡Baqueano compadrón!

Don Arturo cabalgaba junto a Morena, lleno de polvo y de sudor como todos, pero reservado y circunspecto. No hacía preguntas. Mas el gesto desdeñoso había desaparecido de su rostro, dejando en su lugar cansancio, hastío, tedio. Su naturaleza de gran señor le

impedía, no obstante, franquearse con esa tropa rústica, taciturna y orgullosa también.

Jacinto y Morena dirigían el arreo. Su preocupación se transparentaba, pese a su aparente confianza, en los leves giros que imprimían a la marcha de la tropa bajo la mirada reticente de Medrano.

Polvo. Sol. El lento caminar.

Ese día ya no encontramos agua. En la noche apenas si logramos juntar unos cuantos matojos de neneo con que asar a medias el churrasco. No hubo mate. La carne semicruda me provocó una sed irresistible, aumentada quizás por el hecho de no disponer de más agua que la contenida en mi cantimplora. Pero, advertido por Adolfo, sólo bebí algunos sorbos. La mayoría de los troperos echaron mano, discretamente, a las botas de vino.

Al otro día seguimos adentrándonos en el corazón del desierto. El cerro de Mesa quedó atrás. Delante de nosotros, y en torno, la desolada planicie cenicienta, quemada por el sol.

Hasta ese momento los animales soportaron la falta del agua y del pasto. Mas al tercer día los síntomas de la sed fueron evidentes en esa inmensa tropa martirizada. Empezaron a brillar con locura de fiebre las grandes pupilas enrojecidas. Las lenguas asomaron por los belfos reseco como hinchados y descoloridos peces de corcho. El andar se hizo trémulo y vacilante. A veces un ronco bramido corría por encima del arreo idiotizado, sumergido en una especie de irracional apatía.

En cuanto a nosotros, comíamos charqui, una sola vez, al atardecer, racionándolo.

El cuarto día se me acabó el agua. La marcha se hizo más lenta. Pero seguíamos adelante, siempre adelante, empujados por la costumbre y la voluntad.

Cayeron algunos novillos; atrapados por las manos descarnadas del desierto. Nos reunimos en torno al primero que se derrumbó, y, aun, Medrano trató de alzarlo agarrándolo por las astas. Pero el animal no pudo levantarse. Hipaba angustiosamente, los ojos en blanco, crispado por desesperadas convulsiones, agonizando, muriendo. Don Arturo miraba compasivo y entristecido la agonía del novillo. Mas el arreo no podía detenerse, y así fueron quedando, atrás, para convertirse lentamente en blancas osamentas, hitos calcinados de esa tierra hostil sin pájaros ni plantas. Alguna vez, acaso, los vientos llevaron hasta ella los vilanos vagabundos. Pero ni los cardos pudieron nutrir sus tallos agresivos en esos senos exhaustos. El viento y el sol quemaron la piel dura de la tierra, alejando toda manifestación de vida. Ahora, las pezuñas del arreo molían el suelo y lo aventaban en una nube sutil y persistente que cubría hasta lo más recóndito de nuestras vestimentas.

Sentí la tortura de la sed. Pero no dije nada, impresionado por la estoica reciedumbre de los troperos. Segulan arreando el sediento y famélico ganado, callados ahora, taciturnos, impenetrables.

Compensando las inclemencias del viaje, ante mis ojos maravillados aparecían y se desvanecían asombrosos y lejanos espejismos suspendidos en el aire, a

ras de tierra, en los distantes confines: eran lagos o bosques, o majestuosas catedrales.

La tensión se hizo insoportable durante el quinto día de travesía. Montado en mi caballo, tan cansado como yo mismo, cabalgaba a mujeriegas para atenuar el maltrato de mis músculos. Por un instante pensé en mi madre, en mi padre, en mis pequeños hermanos, en el puesto y su seguro reparo. Pero estaba tan cansado que ni siquiera tuve fuerzas para entristecerme. Todos mis recuerdos me parecían remotos, extraños, como si pertenecieran a una vida ajena. Acaso sucediera que mi corto pasado no fuera sino un sueño, y el destino de mi vida, caminar, caminar...

Hundido en estos confusos pensamientos, apenas si reparé en el súbito alboroto que crispó de repente el hasta entonces apático rebaño. Las orejas de mi malacara se alzaron de pronto como vibrantes antenas, y hube de acortar las riendas para sujetar la inquietud que avivó repentinamente el juego de sus cansadas patas.

Los reseros se desbandaron a un grito de Jacinto, circundando los flancos del arreo, que de repente había emprendido un pesado trote:

—¡Atajen, hermanos, el "barajuste"!...

Miré sorprendido hacia adelante, tratando de comprender la causa de tal desorden. Una delgada línea verde asomaba en el horizonte su cálida llamada. Era la vida, los mallines, el jugoso coirón.

Los animales habían venteado el agua, y no hubo maniobra que pudiera detenerlos. El compacto núcleo del arreo se abrió en ancha dispersión. El trote se convirtió en un galope desenfrenado, en un torrente de cascos enloquecidos y cuernos de amenazante embestida.

No pudimos hacer otra cosa que galopar detrás, sujetando apenas la disparada de nuestras propias cabalgaduras.

Al llegar al agua solté mi caballo. Descabalgué de un salto. Me olvidé de todo. Tendíme a la orilla, y en el mismo instante en que hundía mi rostro en la fresca corriente, una mano vigorosa me suspendió en el aire. Era Adolfo. Sus ojos brillaban en la cara quemada:

—Rafael..., estás loco. ¿Quieres morirte?... Hay que empezar a beber de a poquito.

Vigilado por él, llené mi cantimplora. Y a pequeños sorbos espaciados le fui entregando a mi organismo el agua necesaria.

Ojo de Agua. Tal era el nombre del lugar. Ciento ochenta y tres novillos perecieron a la orilla del riacho, ahitos de agua, abrumados por el esfuerzo de llegar hasta ella, las vísceras reventadas quizás por el exceso de líquido ingerido. Algunos no alcanzaron a salir del estero. Ahí murieron, ahogándose, pataleando, pisoteados por la sedienta y ávida tropa.

Permanecimos toda la tarde y la noche junto a unos matorrales de chacay, descansando y durmiendo, mientras lo que restaba del arreo pastaba en los alrededores cubiertos de espesos coironales. Ahí mis dientes volvieron a crujir en la sabrosa pella del churrasco, y mi lengua a paladear los calientes y aromáticos amargos. Ahí nos bañamos y lavamos nuestras ropas que el sol secaba apenas la tendíamos.

Morena exultaba, contento de haber sorteado con su brújula y su mapa las inclemencias del desierto que dejábamos atrás. Hasta don Arturo experimentaba satisfacción, pese a las grandes mermas sufridas por el arreo.

Al día siguiente continuamos viaje. Corrían los días de mediados de enero. Hacía calor, pero las noches eran frescas. Nos acercábamos paulatinamente al final de las jornadas.

Ya no volvieron a escasear las aguas ni los pastos. Seguíamos adelante, tediosa, lentamente, dejando atrás lugares de sugerente nombre: China Muerta... Lomas Coloradas... Tierra Grande...

Días después, una mañana, logré atisbar desde lo alto de un suave lomaje, ciertos picachos azules, lejanísimos, que desgarraban el filo del horizonte. Medrano cabalgaba a mi lado. Aclaró mi extrañeza:

—La cordillera, ché... Los Andes... Al otro lado está Chile...

Aun era la pampa. Pero el terreno subía sensiblemente. Las corrientes de agua eran cada vez más rápidas, y grandes piedras rompían la llanura con sus moles enhiestas.

Cierto día, muy de mañana, pasamos junto a un boliche, tal vez el último antes de la frontera. Los reseros compraron, de pasada, menudas prendas, sardinas, queso. Jacinto renovó la provisión de yerba y de sal. Yo adquirí un paquete de caramelos y un espejito de bolsillo; desde el fondo de su luna de azogue surgió

un rostro en el que apenas reconocí mis rasgos: enjuto, quemado, los ojos hundidos, los pómulos en punta, el cabello plumizo bajo la boina raída. Mas me sentía fuerte y vigoroso. Y rei. Mis dientes blanquearon en el paisaje curtido, casi negro, de mi cara.

Una majada perezosa desmañábase dentro del corral. Don Arturo quiso comprar algunas ovejas, pero el bolichero, un español diminuto y nervioso, negóse rotundamente:

—¡Que no, hombre!...

—Pero..., ¿por qué?

—Digo que no... ¿Por qué?... Están enfermas... ¡Corcho!...

Y anduvo de aquí para allá, agitando los brazos. Al observar en don Arturo un gesto de disgusto, lo tomó de un brazo con afectuosa violencia y lo llevó hacia detrás del boliche.

Lo seguimos. Un peón terminaba de carnear una oveja. El español tomó el cuchillo, y partió el pecho del animal. Se remangó los brazos de la cotona, y metió las manos, revolviendo las tibias y sangrantes vísceras. Extrajo el hígado del animal, un hígado enorme, monstruoso, del que emergían a cada instante asquerosos filamentos. El español tomó uno de ellos, y lo tiró. El repugnante parásito se enroscó como un resorte.

—¿Me cree ahora?... ¡Maldita sea!... ¡El "sahualpé" me ha jodido la majada!...

Medrano se aproximó:

—Oiga, don..., ¿hay pantanos por aquí?...

—¿Que si hay?... ¡Maldita sea!... No hay otra cosa.

—Bueno. Tendrá que echarles "cooper"... ¿Lo conoce?... Son unos polvos verdes, desinfectantes...

* * *

—¡Me cago en la mar!... ¡No le echo nada!... Todas las haré charqui... ¡Me cago en la mar!... ¡Y este otro año me voy!...

Era cómica la ira del hombre. Y aun reíamos cuando, a galope tendido, alcanzamos el arreo.

Caminamos dos o tres horas más. Por ahí, en medio de la pampa, junto a un hilo de agua, un rancho levantaba su estampa solitaria. Nada indicaba vida en él. Ni un perro. Ni un humo. Pero, tendida encima de una piedra, secándose al sol, una camisa blanca emanaba tal sugerencia que parecía temblar sacudida por una extraña palpitación de vida, desvaneciendo la sensación de abandono que entregaba la puerta cerrada de la tapera.

Churrasqueamos a mediodía, junto a una vertiente. El sol caía vertical, mas sus ardientes trallazos eran atemperados por el viento que agitaba sin cesar, en trémula vibración, el coirón de los vastos mallines.

El gaucherío circundaba los restos de la fogata, mateando. La cordillera alzaba, allá lejos, sus enhiestos y bravíos picachos. Jacinto murmuró:

—Mañana estaremos en Catanlil...

Nadie dijo nada. Adolfo se levantó de pronto, golpeándose la frente:

—Vaya..., tan presente que lo tenía, y se me fué a olvidar. Vuelvo al boliche, don Arturo. Desde ahí le pondré algunas letras a mi madre. Hace ya meses que nada sabe de nosotros...

Miró el cielo.

—...¡Al atardecer estaré de regreso!..

Medrano se levantó:

—¡Te acompaño, che!...

Hice lo mismo:

—¡Voy, también!...

Enfrenamos los caballos que pacían cerca, y apretamos las cinchas componiendo los recados. Adolfo des-
envolvió las boleadoras arrolladas en el arzón delan-
tero, y ajustólas en torno a su cintura. Sonrió:

—¡A lo mejor encontramos un choique!...

Y partimos al galope.

XX

Tararán... Tararán...

Llevábamos recorrido un largo trecho cuando, al bajar una loma, detuvimos el galope.

Un jinete solitario venía a nuestro encuentro desde el fondo del paisaje. Nada en él indicaba al caminante de paso. Era seguramente un ovejero, pues no llevaba carguero ni equipaje.

Más de una vez encontramos a lo largo del viaje jinetes desconocidos que se acercaban al arreo. Pedían noticias, cigarrillos, y aun compartieron en alguna ocasión nuestro alimento. Eran contactos breves, rápidos, de taciturna cordialidad.

Pero ahora, a este hombre solitario que se adelantaba hacia nosotros lo revestía un halo de siniestra decisión.

La distancia se fué acortando paulatinamente. Cien metros. Ochenta. Sesenta. Yo miraba. Miraba. No podía apartar mis pupilas, magnetizadas por extraño sortilegio, del oscuro e indeciso rostro que se aproximaba. Miraba, miraba, buscando no sé qué cambiante semejanza en el hombre que venía, quién sabe desde dónde, al encuentro de su terreno límite.

El corazón me dió un vuelco súbito. Se abrió en mi memoria la bruma de un tiempo lejano, y de ella emer-

gieron nítidamente los rasgos del Mocho, el asesino de Adrián.

Abrí la boca para gritar. Pero en ese mismo instante Adolfo detenía de golpe su caballo. Medrano lo imitó sin comprender. El ovejero, sin reconocernos todavía, hizo lo mismo... Treinta metros a lo más nos separaban de él.

El rostro de Adolfo, duro y helado, como de piedra, adquirió inusitada expresión de crueldad. Sus ojos pardos se tornaron negros, opacos, fijos como los de un muerto.

Me eché a temblar.

Adolfo sacó lentamente el revólver de la funda, y apuntó sin cambiar de expresión.

El ovejero hizo un gesto de asombro. Abrió los brazos, y los juntó de nuevo. Sólo en ese instante debió reconocernos, pues palideció intensamente. Quedóse quieto, paralizado por el terror.

Sentí una feroz alegría. Algo salvaje, inhumano me quemó desde adentro la piel.

Sonó un disparo. Mas el ovejero siguió erguido en la montura. Adolfo había errado. Tal vez una leve conmoción del caballo desvió la puntería. Y, al instante, el ovejero recuperó el movimiento. Dando un grito crispó las manos sobre las riendas y volvió la grupa de su caballo. La violencia del giro casi lo volteó. Y en un abrir y cerrar de ojos emprendió desatentada huida.

El revólver de Adolfo escupió frenéticamente los tiros restantes, ninguno de los cuales alcanzó al fugitivo.

Instantáneamente picamos detrás. Otro revólver apareció en las manos de Adolfo. Pero el blanco era demasiado móvil, y los mortíferos ladridos del arma se per-

dieron en la nube de polvo que levantaba la encarnizada persecución.

Sentí las piernas apretadas como tenazas en los flancos de mi montura. Los caballos volaban, acicateados sin piedad. Parecía que la ansiedad de los hombres se les hubiera transmitido.

Noté cómo el Mocho empezó a distanciarse sensiblemente. Algo me apretó el corazón, un impotente desaliento, el temor de que el ovejero lograra escapar a la venganza que por un instante llenó mi alma de implacable júbilo.

Los caballos empezaron a empaparse en sudor, desprendiendo tenues nieblas que arrastraba el cortante viento. Y escuché, despavorido, el resoplido inconfundible de la fatiga que aleteaba en los potentes pechos urgidos al máximo.

Mi pensamiento giraba en torno a un solo designio. Matar al Mocho. Matarlo. Sin misericordia. Sí. ¿Y cómo? Los revólveres de Adolfo ya no tenían balas. Pero en mi mente, nublada por la fiebre, empezó a insinuarse una idea confusa que, poco a poco, mientras la llanura se deslizaba fulgurante bajo los cascos desatados, fué enlazándose a imágenes precisas que se atropellaban dentro de mí. ¿Cómo darle forma al tumultuoso pensamiento que me ahogaba? Mis ojos atisbaron en brevísimo instante un carancho que, lejos, se dejaba ir y venir. Súbitamente mis ideas se asociaron, y el grito me brotó, triunfal:

—¡Las boleadoras!

Adolfo se encogió sobre la montura, y clavó a fondo las espuelas. El overo saltó, herido por el cruel aci-

cate, y nos rezagó de inmediato, acortando la distancia que lo separaba del que huía.

Ochenta metros. Sesenta. Cuarenta. Silbaron de pronto las boleadoras en las manos de Adolfo, y, con la furia de un proyectil, cortando el viento, se arrojaron súbitamente en torno al cuerpo agachado del ovejero, golpeándolo en la cabeza.

El hombre, maniatado por las cuerdas, se torció hacia un lado, y cayó, uno de los pies trabado en el anillo del estribo. El caballo siguió corriendo, enloquecido, arrastrando y pateando el miserable cuerpo derrotado, hasta desprenderse del macabro cargamento.

Desde lo alto de las cabalgaduras contemplamos los sangrientos despojos del ovejero. Miré el rostro de Adolfo. Sus rasgos, contraídos por la emoción, se soltaron en un gesto de profundo cansancio. Pero no dijo nada. Medrano miraba en silencio. Mas en sus ojos había un interrogante signo de asombro.

Allá lejos, el caballo del Mocho, detenido, pastaba tranquilamente.

Volvimos grupos y empezamos a alejarnos con lentitud. Atrás quedaba el pasado, próximo y distante a la vez, circuido de sangre y violencia, anillado por la melancolía y el recuerdo.

Delante, la esperanza. Y la quimera del porvenir.

Ibamos silenciosos, meditabundos, extraños al paisaje, al sol, al viento que agitaba, rizando, la verde pelambre del coirón.

Concepción. Febrero de 1946 - Julio de 1947.

F I N